

Un chaleco de acero



**Gustav
Hasford**

Un chaleco de acero

Gustav Hasford

1979

Traducción:

Jaime Zulaika

Portada y maquetación:

Demófilo

2019

*Libros libres
para una Cultura Libre*

p

Biblioteca Libre

OMEGALFA

2019

Ω

Desde sus páginas iniciales en el campamento de instrucción hasta el paroxismo final durante la batalla en la selva, «Un chaleco de acero» es una recreación brillante y salvaje del descenso a la barbarie que constituyó el trasfondo de la intervención norteamericana en Vietnam.

La crueldad, la deshumanización y el horror han convertido a los protagonistas en máquinas despiadadas dedicadas a matar y a sobrevivir en el seno de la guerra. Con una peculiar lógica interna, han terminado por asumir su condición humana como algo perfectamente subsidiario de sus instintos y reacciones primarias de hambre, odio y venganza.

Este cuadro sobrecogedor de la brutalidad bélica ha inspirado el film de Stanley Kubrick, «La chaqueta metálica».

Gustav Hasford

UN CHALECO
DE ACERO

*Dedicado a JOHN C. PENNINGTON, «Penny»,
cabo fotógrafo de combate, Primera División de la
Infantería de Marina*

Adiós a un soldado

Adiós, soldado, el de la ruda campaña (que nosotros compartimos), la rápida marcha, la vida de campamento, la feroz contienda de frentes opuestos, la larga maniobra, las batallas rojas con su carnicería, el estímulo, el juego fuerte, aterrador, hechizo del corazón valiente y viril, contigo y con los tuyos los trenes del tiempo llenos de guerra y expresión bélica.

Adiós, querido camarada, tu misión has cumplido, pero yo, más belicoso, yo y este espíritu beligerante que tengo, aún empecinado en nuestra campaña, a través de caminos inexplorados, plenos de enemigos emboscados, y a través de muchas aplastantes derrotas y numerosas crisis, a menudo frenado, aquí avanzando, siempre avanzando, una guerra libro, sí, una guerra, por dejar constancia de más fieras batallas de más peso.

Walt Whitman, *Tamborileo*, 1871

Ciertos rasgos formales de este libro hacen particularmente ardua su versión a otras lenguas. Citaré algunos: la abundancia de personajes con apodos; la jerga específica y a menudo críptica de un reducido grupo humano, los marines norteamericanos; y la riqueza cambiante de un habla popular que no siempre tiene justa equivalencia en otra. Traducir, que a veces se reduce a redactar con una partitura, entrañaba en este caso el problema frecuente de comprenderla y la necesidad constante de recrearla. Baste un botón de muestra: la palabra Crotch (figuradamente, genitales), que entre los infantes de marina designa a la Armada. No se me ha ocurrido nada mejor que Marrana para recoger a la vez la alusión despectiva y el temor reverencial que suscita lo mayúsculo.

Espero haber acertado en esto y en algo más.

El traductor

EL ESPÍRITU DE LA BAYONETA

*Creo que Vietnam fue lo que tuvimos
en lugar de una infancia feliz.*

Michael Herr, *Partes de guerra*

Los marines están buscando un puñado de buenos soldados...

El recluta dice que se llama Leonard Pratt.

El sargento de artillería Gerheim echa un vistazo al destripa-terrones flaco e inmediatamente le apoda «Patoso».

Pensamos que quizá quiere hacerse el gracioso. Nadie se ríe.

El amanecer. Marines verdes. Tres suboficiales instructores gritando: «¡EN FILA! ¡EN FILA! ¡SIN MOVERSE! ¡NO HABLAR!». Edificios de ladrillo rojo. Sauces recubiertos de un líquen tupido. Pilas largas e irregulares de civiles sudorosos, erguidos sobre el diseño de marcas amarillas pintadas en el suelo de cemento.

Centro de instrucción del Cuerpo de marines de los Estados Unidos en Parris Island, Carolina del Sur, una universidad de ocho semanas para los falsamente rudos y los temerarios, construido en un pantano de una isla, simétrica pero siniestra como un campamento de muerte en las afueras.

El sargento de artillería Gerheim escupe.

—Escuchad, piara. Más vale, gusanos, que empecéis a parecer reclutas del Cuerpo de marines de los Estados Unidos. No pensar ni por un segundo que sois marines. Simplemente acabáis de dejaros caer para recoger un uniforme de gala. ¿Entendido, chicas? Perdón por decirlo.

Un tejano menudo y correoso, con gafas de concha, al que los tíos llaman ya «Vaquero» dice:

—¿Eres tú, John Wayne?

—Soy yo.

Vaquero se quita su sombrero Stetson de color gris perla y se

abanica su cara sudorosa.

Me río. Años de clase de teatro han hecho de mí un imitador. Mi voz suena exactamente como la de John Wayne cuando digo:

—Me parece que no me va a gustar nada esta película.

Vaquero se ríe. Se da golpes en el muslo con su Stetson.

El sargento de artillería Gerheim también se ríe. El oficial de instrucción es un monstruito feo con caqui immaculado. Me apunta con el dedo índice entre mis ojos y dice:

—Tú. Sí... tú. Soldadito chistoso. Me gustas. Puedes venir a mi casa y follarte a mi hermana. —Hace una mueca burlona. Se le endurece la cara—. Saquito de escoria. Tengo tu nombre. Te tengo cogido. No vas a reírte. No vas a llorar. Aprenderás de pe a pa. Ya te enseñaré.

Leonard Pratt ríe entre dientes.

El sargento Gerheim se pone los puños en las caderas.

—Si vosotras, chicas, salís de mi isla, si sobrevivís a la instrucción de reclutas, seréis un arma, seréis ministros de la muerte, ansiosos de guerra. Y orgullosos. Hasta ese día sois vomitonas, sacos de escoria, la forma más baja de vida en la tierra. No sois siquiera humanos. No sois nada más, chicas, que un montón de bolitas de mierda anfibia.

Leonard cloquea.

—El soldadito Patoso cree que soy un tío muy gracioso. Cree que Parris Island es más divertido que una herida cabrona en el pecho.

La cara del montañés está congelada en una expresión permanente de bucólica inocencia.

—No vais a pasarlo nada bien aquí. A vosotros, gusanos, no va a divertir os formar filas derechas ni vais a disfrutar meneándoos la verga ni diciendo «señor» a tipos que no os gustan. Bien, chicas, esto no es teta de novicia. Yo hablaré y vo-

sotros haréis. El diez por ciento de los que estáis aquí no sobrevivirá. El diez por ciento, gusanos, vais a daros el piro o a intentar suicidaros, o vais a romperos el lomo en el curso de confianza o simplemente os volveréis putos majaras. Ahí está. Mi misión es descartar a todos los gandules que no quieran sudar en mi querido Cuerpo. Vais a ser abuelos. Los abuelos no se escaquean. Mis reclutas aprenderán a sobrevivir sin descansar. Como soy duro, no os voy a gustar. Pero cuanto más me odiéis, más aprenderéis. ¿Entendido, piara?

Algunos mascullan: «Sí. Sí. Sí, señor».

—No os oigo, chicas.

—Sí, señor.

—Sigo sin oíros, chicas. ¡Decidlo con un par de cojones!

—Sí, SEÑOR.

—Me dais por el culo. Cuerpo a tierra.

Nos tumbamos en la explanada caliente.

—No tenéis motivación. ¿Me habéis oído, gusanos? Escuchad. Yo os daré motivación. No tenéis espíritu de Cuerpo. Yo os daré ese espíritu. No tenéis tradiciones. Yo os las voy a dar. Y os enseñaré cómo se hace para estar a su altura.

El sargento Gerheim se pavonea, con su baqueta recta y las manos en las caderas.

«¡Arriba! ¡Arriba!».

Nos levantamos, sudando, con las rodillas doloridas y las manos manchadas de arenilla.

El sargento dice a sus tres suboficiales instructores:

—Qué inmundia piara. —Y nos dice a nosotros—: Estúpida escoria, sois demasiado lentos. Cuerpo a tierra.

Abajo. Arriba. Abajo. Arriba.

—¡A tierra! *Abajo.*

El sargento Gerheim pasa por encima de nuestros cuerpos tensos, pisotea dedos y asesta puntapiés en las costillas con la punta de su bota.

—Jesucristo. Estáis jadeando y resoplando, gusanos, como vuestra mami la primera vez que el viejo se la metió.

Dolor.

¡Arriba! ¡Arriba!

Arriba. Dolor de músculos.

Leonard Pratt sigue despatarrado sobre el cemento caliente.

El sargento Gerheim se acerca hasta él bailando, le mira desde arriba, empuja hacia la nuca de su cabeza calva el sombrero de campaña.

—Vamos, escoria, de pie.

Leonard se incorpora sobre una rodilla, titubea, luego se levanta, aspirando y espirando. Sonríe, burlón.

El sargento Gerheim da un puñetazo a Leonard en la nuez; un golpe fuerte. El puño grande del sargento aporrea el pecho de Leonard. Luego el estómago. Leonard se dobla de dolor.

—¡Talones juntos! ¡Posición de firme!

El sargento cruza la cara de Leonard con el revés de la mano. Sangre.

Leonard mantiene su sonrisa, junta los talones. Tiene los labios reventados, de color rosa y púrpura, y la boca ensangrentada, pero se encoge de hombros y exhibe una sonrisita como si el sargento de artillería Gerheim le acabara de dar un regalo de cumpleaños.

Durante las cuatro primeras semanas de instrucción Leonard sigue sonriendo, a pesar de que recibe más que su ración de palos. Aprendemos que los palos son un elemento rutinario en Parris Island. Y no por esa basura del soy-duro-contigo-

sólo porque-te-quiero que los civiles han visto en la película de Hollywood *The D.I* [¹], de Jack Webb, y en *The Sands of Iwo Jima* [²], de John Wayne. El sargento de artillería Gerheim y sus tres suboficiales instructores nos administran golpes brutales en la cara, el pecho, el estómago y la espalda. Con los puños. O las botas: nos pegan patadas en el culo, los riñones, las costillas, cualquier parte del cuerpo en que no se vea un cardenal morado y negro.

Pero aunque se las hace pasar canutas con calculada regularidad, no consigue educar a Leonard del modo que este régimen educa a los otros reclutas del pelotón 30-92. En la psicología de instituto enseñan que se puede lavar el cerebro a peces, cucarachas y hasta protozoos unicelulares. Pero no a Leonard.

Leonard se esfuerza más que ninguno.

Pero no hace nada a derechas.

Durante el día se tropieza y cae, pero nunca se queja.

Por la noche llora. Le susurro que se calle. Él deja de llorar.

A ningún recluta se le permite estar solo.

El primer día de nuestra quinta semana, el sargento Gerheim me larga una buena bronca.

Estoy inmóvil en el palacio de Gerheim, una habitación pequeña al fondo de la nave de la brigada.

—¿Crees en la Virgen María?

—¡NO señor! —respondo. Es una pega. Cualquier respuesta será incorrecta, y el sargento me zurrará más fuerte si me retracto.

Me golpea con el codo en el plexo solar.

¹ *El instructor.*

² *Las arenas de Iwo Jima.*

—Gusano —dice, y su puño rubrica la palabra. Yo estoy firme, con los talones juntos y los ojos mirando de frente, tragando gemidos e intentando no arrugarme—. Me das ganas de vomitar, escoria. Pagano de mierda. Más te vale gritar que amas a la Virgen María o te voy a sacar las tripas a patadas. —La cara del sargento está como a una pulgada de mi oreja izquierda—. ¡Mira de frente! —Un escupitajo me rocía la mejilla—. Quieres a la Virgen María, ¿verdad, soldado Chistoso? ¡Habla!

—¡Negativo, señor!

Espero. Sé que me va ordenar que le siga a los retretes. Lleva a la cabina de la ducha a los reclutas a los que quiere maltratar. Casi todos los días entran reclutas en los retretes con el sargento Gerheim y, como el suelo de la cabina de la ducha está mojado, se caen por accidente. El resbalón accidental es tan frecuente que cuando salen parece que les ha pasado un tractor por encima.

Está detrás de mí. Le oigo respirar.

—¿Qué has dicho, peludo?

—SEÑOR, EL SOLDADO HA DICHO: «¡NO SEÑOR, SEÑOR!».

La cara roja del sargento gira como una cobra hechizada por la música. Sus ojos taladran los míos; me invitan a mirarle; me desafían a mover mis ojos una fracción de centímetro.

—¿Has visto la luz? ¿La luz blanca? ¿La gran luz? La luz de guía... ¿tienes la visión?

—¡Señor, SÍ, señor!

—¿Quién es el jefe de tu brigada, escoria?

—¡Señor, el jefe de la brigada del soldado es el soldado Hamer, señor!

—Hamer, de frente y al centro.

Hamer corre al centro de la nave, se pone firme delante del sargento Gerheim. «¡Sí, señor!».

—Hamer, quedas destituido. El soldado Chistoso es ascendido a jefe de brigada.

Hamer vacila. «¡Sí, señor!».

—Vete.

Hamer da media vuelta, atraviesa corriendo la nave de la brigada, se reintegra a la fila delante de su catre y se pone firme. Yo digo:

—¡Señor, el soldado solicita permiso para hablar con el instructor, señor!

—Habla.

—¡Señor, el soldado no quiere ser jefe de brigada, señor!

El sargento Gerheim se pone los puños en las caderas. Echa hacia atrás de su cabeza calva su sombrero de campaña. Suspira.

—Nadie quiere mandar, gusano, pero alguien tiene que hacerlo. Tienes cerebro y tienes pelotas, así que el puesto es tuyo. El Cuerpo de marines no es una chusma como el ejército de tierra. Los marines mueren, para eso estamos aquí, pero el Cuerpo de marines vivirá para siempre, porque cada uno de sus miembros es un jefe cuando tiene que serlo... hasta un peludo.

El sargento se vuelve hacia Leonard.

—Soldado Patoso, el soldado Chistoso es tu nuevo compañero de litera. El soldado Chistoso es un chico muy listo. Te va a enseñar todo. Te enseñará a hacer pis.

Yo digo:

—¡Señor, el soldado preferiría estar con su compañero, soldado Vaquero, señor!

Vaquero y yo nos hemos hecho amigos porque cuando estás lejos de casa y cagado de miedo necesitas todos los amigos que puedas reunir y los necesitas inmediatamente. Vaquero es el único recluta que se ríe de mis chistes. Tiene sentido del

humor, lo que es inestimable en un sitio así, pero es serio cuando debe serlo, es un tío de fiar.

El sargento Gerheim suspira.

—¿Te mola el soldado Vaquero, maricón? ¿Se la mamas?

—¡Señor, negativo, señor!

—Putá madre. Entonces el soldado Chistoso será el compañero del soldado Patoso. El soldado Chistoso es idiota e ignorante, pero tiene agallas, y eso basta.

El sargento vuelve contoneándose a su «palacio», una habitación diminuta al fondo de la nave.

—Okey, chicas, preparados... ¡Montar!

Todos saltamos a nuestro catre y nos quedamos inmóviles.

—Cantad.

Cantamos:

Desde los pasos de Montezuma hasta las costas de Trípoli, lucharemos por la patria en el aire, mar y tierra.

Si el ejército y la armada se distraen mirando al cielo verán las calles guardadas por marines de este Cuerpo...

—Vale, piara, preparados... ¡Dormid!

* * *

La instrucción prosigue.

Enseño a Leonard todo lo que sé, desde cómo atar las botas negras de combate hasta el modo de armar y desarmar la M-14 semiautomática.

Le enseño a Leonard que los marines no andan a pasitos, ni

tampoco caminan. Los marines corren; avanzan al trote. O, si hay que cubrir una larga distancia, los marines esprintan, un pie detrás del otro, un paso a la vez, todo el tiempo que haga falta. Los marines trabajan duro. Sólo los mierdas esquivan el currelo, sólo los mierdas procuran escaquearse. Los marines son limpios, no mugrientos. Enseño a Leonard a valorar su fusil tanto como su vida. Le enseñé que la sangre hace crecer la hierba.

—Este chisme es un puñetero pedazo de hierro, efectivamente.

Los dedos torpes de Leonard montan el arma.

Me repugnan el tacto y el aspecto de la mía propia. El fusil es frío y pesado en mis manos.

—Piensa en él como en una herramienta, Leonard. Como un hacha en la granja.

Leonard sonrío.

—Vale. Tienes razón, Chistoso. —Me mira—. Me alegro de que me ayudes, Chisto. Eres un amigo. Sé que soy tardo. Siempre lo he sido. Nadie me ha ayudado nunca.

Me distancio.

—Eso suena a problema personal —digo. Mantengo los ojos fijos en mi arma.

El sargento Gerheim prosigue el asedio de Leonard Pratt, soldado raso. Le endilga flexiones suplementarias cada noche, le grita más alto que a todos los demás, dedica a su madre insultos más pintorescos.

Los demás, entretanto, no hemos sido olvidados. También sufrimos. Sufrimos por los errores de Leonard. Desfilamos, corremos, caminamos agachados y reptamos.

Jugamos a la guerra en el pantano. Cerca del lugar de la masacre de Purple Creek, donde seis reclutas se ahogaron duran-

te una marcha disciplinaria de noche en 1956, el sargento me ordena que trepe a un sauce. Soy un francotirador. Se supone que voy a disparar al pelotón. Me cuelgo de una rama. Si veo a un recluta lo bastante bien para decir quién es, es hombre muerto.

El pelotón ataca. Yo grito: «¡Hamer!», y Hamer cae muerto. El pelotón se desperdiga. Yo escudriño el monte bajo.

Un fantasma verde parpadea a través de una sombra. Veo su cara. Abro la boca. La rama se rompe. Caigo...

Choco contra el suelo arenoso. Miro hacia arriba.

Vaquero está de pie junto a mí.

—Bang, bang, estás muerto —dice. Y luego se ríe.

El sargento Gerheim se perfila sobre mí. Intento explicarle que la rama se ha roto.

—No puedes hablar, tirador. Estás muerto. El soldado Vaquero te acaba de quitar la vida.

El sargento Gerheim asciende a Vaquero a jefe de brigada.

Durante la sexta semana, el sargento nos ordena rodear a paso ligero la nave de la brigada, con el pene en la mano izquierda y el arma en la derecha, cantando:

Esto es mi rifle, ésta mi pistola, uno para el jaleo y la otra para la juerga. Y no quiero una tía superbuenas; lo único que quiero es esta metralleta.

El sargento nos ordena poner un nombre al fusil.

—Es el único coño que vais a tener. Los tiempos en que hurgabais con el dedo en las braguitas rosas de Mary Jane Coñopuerco se han terminado. Estáis casados con este trasto, este arma de hierro y de madera, y le seréis fiel.

Corremos. Y cantamos:

*Parece natural
pero no me fío
de que un coño esquimal
sea tan frío.*

Antes del rancho, el sargento nos cuenta que en la primera guerra mundial Blackjack Pershing dijo: «El arma más mortífera del mundo es un marine y su fusil». En Belleau Wood los marines fueron tan violentos que los soldados de infantería alemanes les apodaron *Teufel Hunden*, «perros del demonio».

El sargento nos explica que es importante que comprendamos que hay que controlar nuestro instinto asesino si queremos sobrevivir en combate. Nuestro fusil es solamente una herramienta; lo que mata es un corazón endurecido.

Hay que centrar nuestra voluntad de matar del mismo modo que nuestro fusil concentra una presión de fuego de cincuenta mil libras por centímetro cuadrado para propulsar un pedazo de plomo. Si el fusil no está bien limpio la explosión convergerá en un foco indebido y el arma estallará en pedazos. Si nuestros instintos asesinos no son limpios y fuertes, dudaremos en el momento de la verdad. No mataremos. Nos convertiremos en marines muertos. Y entonces estaremos en un mundo de mierda porque los marines no están autorizados a morir sin permiso; somos propiedad del gobierno.

El curso de confianza: nos deslizamos mano sobre mano por una cuerda que compone un ángulo de 45 grados desde una orilla a la otra de un estanque: el tobogán salvavidas. Colgados boca arriba, como monos, reptamos por la cuerda, la cabeza por delante.

Leonard cae dieciocho veces del tobogán salvavidas. Casi se ahoga. Llora. Sube a la torre. Vuelve a intentarlo. Cae de nuevo. Esta vez se hunde.

Vaquero y yo nos zambullimos en el estanque. Sacamos a Leonard del agua fangosa. Está inconsciente. Cuando vuelve en sí, llora.

De regreso a la nave el sargento Gerheim encaja un condón en la boca de una cantimplora y se la lanza a Leonard. La cantimplora le golpea en un costado de la cabeza. El sargento brama:

—¡Los marines no lloran!

Leonard recibe la orden de beber unos sorbitos de la cantimplora todos los días después del rancho.

Durante la instrucción de bayoneta el sargento Gerheim ejecuta un *ballet* agresivo. Nos derriba con una vara de metro y medio que tiene un acolchado espeso en ambos extremos. Jugamos a la guerra con estas varas. Nos golpeamos unos a otros sin piedad. Luego el sargento nos ordena calar bayonetas.

El sargento enseña técnicas eficaces de ataque a un recluta que se llama Bernard, un granjero del Maine que no levanta la voz. El fornido instructor le salta dos dientes al soldado Bernard con la culata de un fusil.

El sargento Gerheim explica que el propósito del adiestramiento con bayonetas es despertar nuestros instintos homicidas. El instinto de matar nos hará intrépidos y agresivos, como animales. Si alguna vez los mansos heredan la tierra los fuertes se la quitarán. El débil existe para ser devorado por el fuerte. Todo marine debe cargar su propio macuto. Cada marine debe ser el instrumento de su propia salvación. Es duro, pero ahí está.

El soldado Bernard, sangrando de la mandíbula y con la boca hecha una cavidad ensangrentada, demuestra que ha prestado atención. El soldado Bernard agarra su fusil e, incorporándose, clava la bayoneta en el muslo derecho del sargento Gerheim.

El sargento gruñe. Luego responde con un golpe vertical de culata, pero falla. Entonces cruza la cara del soldado Bernard con el puño.

El sargento se quita su cinturón y hace con él un rudimentario torniquete alrededor del muslo ensangrentado. Luego nombra jefe de brigada al soldado Bernard.

—Maldita sea, ¡por lo menos hay un gusano que sabe que el espíritu de la bayoneta es matar! Será un infante de marina cojonudo. Debería ser un puto general.

El último día de nuestra sexta semana despierto y encuentro mi fusil dentro del catre. Está a mi lado, debajo de la manta. No sé cómo ha llegado aquí.

No tengo la cabeza en mis obligaciones y olvido recordar a Leonard que se afeite.

Inspección. Toda la basura encima de la litera. El sargento señala que el soldado Patoso no se ha acercado bastante a la hoja de afeitar.

El sargento ordena a Leonard y a los jefes de brigada que entren en los retretes.

Allí, el sargento Gerheim nos ordena mear en la taza de un retrete.

—¡Talones juntos! ¡Firmes! Atención... ¡Mear!

Meamos.

El sargento agarra el cuello de Leonard por detrás y le obliga a ponerse de rodillas y le hunde la cabeza en el charco amarillo. Leonard forcejea. Borbotea. El pánico le presta fuerza; el sargento le mantiene sujeta la cabeza.

Cuando estamos seguros de que Leonard se ha ahogado, el sargento da a la bomba. Cuando el agua deja de correr, el sargento cesa la presión sobre el cuello de Leonard.

La imaginación del sargento Gerheim es a la vez cruel y

comprensiva, pero nada surte efecto. Leonard sigue jodiendo. Ahora, cada vez que comete un error, el sargento no castiga a Leonard. Castiga a todo el pelotón. Excluye a Leonard del castigo. Mientras él descansa, hacemos muchas, mogollón de flexiones de piernas en cuclillas y saltos laterales en el suelo.

Leonard me agarra del brazo cuando avanzamos por la fila del rancho con las bandejas de metal.

—No hago nada a derechas. Necesito ayuda. No quiero causaros problemas. Yo...

Le dejo plantado.

La primera noche de nuestra séptima semana de instrucción el pelotón da una sesión de manta a Leonard.

Medianoche.

El imaginaria está atento. El soldado Philips, Ratón, el recaudero de Gerheim, patrulla descalzo por la nave para vigilar al sargento.

En la oscuridad, cien reclutas caminan hacia el catre de Leonard. Leonard mantiene la sonrisita hasta dormido.

Los jefes de brigada llevan toallas y pastillas de jabón.

Cuatro reclutas lanzan una manta encima de Leonard. Sujetan las esquinas de la manta para que Leonard no pueda incorporarse y para amortiguar sus gritos.

Oigo la respiración fuerte de cien cuerpos sudorosos y oigo el zip y zap sordo cuando Vaquero y el soldado Bernard golpean a Leonard con pastillas de jabón envueltas en toallas.

Los gritos de Leonard son como el rebuzno de una mula enferma, oído a lo lejos. Se debate.

Los ojos del pelotón están fijos en mí. Los ojos me apuntan en la oscuridad, ojos como rubíes.

Leonard deja de chillar.

Yo titubeo.

Los ojos convergen sobre mí. Retrocedo.

Vaquero me pega en el pecho con su toalla y una pastilla de jabón.

Cojo la toalla como una honda, meto dentro el jabón y golpeo a Leonard, que ha dejado de moverse. Yace en silencio, aturdido, boqueando en busca de aire. Le golpeo más y más fuerte, y cuando siento que las lágrimas me asoman a los ojos, le pego más fuerte por ello.

Al día siguiente, formados en la explanada, Leonard no sonríe.

Cuando el sargento de artillería Gerheim pregunta: «¿Qué hacemos en la vida, chicas?», y contestamos: «¡Matar, matar, matar!», Leonard guarda silencio. Cuando nuestros suboficiales instructores preguntan: «¿Amamos a la Marrana, chicas? ¿Amamos el querido Cuerpo?», y el pelotón responde al unísono: «¡Gung ho! ¡Gung ho! ¡Gung ho!», Leonard no dice nada.

El tercer día de nuestra séptima semana vamos al campo de tiro y hacemos agujeros en dianas de papel. El sargento Gerheim se jacta de la excelente puntería de los exmarines Charles Whitman y Lee Harvey Oswald.

Hacia el final de la séptima semana Leonard se ha convertido en un recluta modelo. Llegamos a la conclusión de que su silencio es fruto de su concentración nueva e intensa. Día a día está más motivado, más enrollado. Su manejo de las armas es impecable ahora, pero sus ojos son cristal de leche. Leonard limpia su arma más que ningún otro recluta del pelotón. Todas las noches acaricia la culata de roble con aceite de linaza, igual que cientos de reclutas anteriores han acariciado la misma pieza de madera. Leonard mejora en todo, pero

guarda silencio. Hace lo que le mandan pero ya no forma parte del pelotón.

Vemos que al sargento Gerheim le molesta la actitud de Leonard. Le recuerda que el lema del Cuerpo de marines es *Semper fidelis*: «Siempre fiel». Le recuerda que «*Gung ho*» es una expresión china que significa «trabajar juntos».

El sargento Gerheim dice que es una tradición del Cuerpo de marines no abandonar nunca a sus muertos o heridos. El sargento procura no excederse cuando se abalanza sobre Leonard siempre que siga igual de enrollado. Hemos perdido ya siete reclutas, excluidos en aplicación del Artículo Ocho. Un chico de Kentucky que se llamaba Perkins se dio un tajo en las muñecas con su bayoneta. Al sargento Gerheim no le agradó ver a un recluta sangrando sobre el suelo limpio y reluciente de la nave. Al peludo le mandaron limpiar la zona, fregar la sangre y meter la bayoneta en su funda. Mientras Perkins pasaba el lampazo por el suelo, el sargento nos dictó una breve lección sobre los métodos más eficaces de suicidio. Luego permitió a Perkins ir a paso ligero a la enfermería.

El sargento deja a Leonard tranquilo y se ocupa de todos los demás.

Domingo.

Función de magia. Oficios religiosos de la fe de tu elección; y *tienes* que elegir, puesto que los oficios religiosos vienen detallados en los hermosos folletos a todo color que la Marrana distribuye a mami y a papi en la madre América, aun cuando el sargento Gerheim nos asegura que el Cuerpo de marines existió antes que Dios.

—Podéis dar el corazón a Jesús, pero vuestro culo pertenece al Cuerpo.

Después de la «función de magia», el rancho. Los jefes de brigada bendicen la mesa leyendo tarjetas colocadas en so-

portes encima de las mesas. Después: «¡Sentarse!».

Untamos de mantequilla rebanadas de pan y luego espolvoreamos azúcar sobre la mantequilla. Sacamos a hurtadillas los bocadillos del comedor, arriesgándonos a una paliza por la novedad de un rancho no programado. Nos importa una mierda; somos veteranos. Ahora, cuando el sargento y sus instructores nos zurren les decimos que nos encanta y que nos sacudan un poco más. Cuando el sargento ordena: «Muy bien, chicas, cincuenta extensiones en cuclillas. Y unos saltos laterales. Muchos, mogollón», nos reímos y lo hacemos.

Los instructores se enorgullecen de que empecemos a escapar a su control. El Cuerpo no quiere robots. El Cuerpo quiere asesinos. Quiere construir hombres indestructibles, hombres sin miedo. Los civiles pueden escoger entre someterse o resistir. Los instructores no dejan elección a los reclutas. Los marines combaten o no sobreviven. Ahí está. No hay escapeo.

Sólo faltan unos días para la graduación y los reclutas curtidos del pelotón 30-92 están dispuestos a comerse sus propias entrañas y a pedir otras luego. En el momento en que el comandante del Cuerpo de marines nos lo ordene, agarraremos por su pescuezo escuálido a los guerrilleros del Vietcong y a los regulares norvietnamitas, endurecidos por la batalla, y les arrancaremos su puta cabeza.

Tarde del domingo al sol. Restregamos nuestra ropa verde sobre una larga mesa de hormigón.

Por centésima vez, digo a Vaquero que quiero meterle el cainito a su hermana y que a ver qué quiere a cambio.

Por centésima vez. Vaquero responde: «¿Qué tienes?».

El sargento Gerheim se contonea alrededor de la mesa. Procura no cojear. Critica nuestro empleo del cepillo de fregar.

Nos la trae floja; estamos curtidísimos.

El sargento dice que ganó la Cruz de la Armada en Iwo Jima. Dice que la ganó por enseñar cómo se sangra a los jóvenes marines. Se supone que los marines sangran en charquitos limpios porque son disciplinados. Los civiles y los miembros de cuerpos inferiores lo pringan todo de sangre, como los que se mean en la cama.

No le escuchamos. Intercambiamos hablillas. El día de la colada es el único momento en que nos permiten hablar entre nosotros.

Philips, el Ratón negro y pico de oro del sargento Gerheim, está hablando a todo el mundo de los cien conejos que ha desvirgado.

Yo digo:

—Leonard habla con su fusil.

Una docena de reclutas levanta los ojos. Dudan. Algunos parecen mareados. Otros parecen asustados. Y otros escandalizados y furiosos, como si acabara de abofetear a un inválido.

Me fuerzo a hablar: «Leonard habla con su fusil». Nadie se mueve. Nadie dice nada.

—No creo que Leonard pueda aguantar. Creo que es un inútil por el Artículo Ocho.

Ahora todos los tíos que rodean la mesa están escuchando. Parecen confusos. Parece que sus ojos están fijos en un objeto distante, como si intentaran recordar un mal sueño.

El soldado Bernard asiente.

—Yo he tenido esa pesadilla. Mi... fusil me habla. —Vacila—. Y yo le he respondido.

—Eso es —dice Philips—. Sí. Fría. Es una voz fría. Creí que me estaba volviendo majaron perdido. Mi fusil me dijo...

El puño grande del sargento Gerheim manda la palabra siguiente de Philips por la garganta abajo y se la saca por el

agujero del culo. Philips está clavado al suelo. Está de espaldas. Con los labios aplastados. Gime.

El pelotón no mueve una pestaña.

El sargento apoya los puños en las caderas. Sus ojos, como los cañones de una escopeta, asoman por debajo del ala de su sombrero Oso Yogui de campaña.

—El soldado Patoso es un Artículo Ocho. ¿Me estáis oyendo? Si el soldado Patoso habla con su arma es porque está más loco que una cabra. Vosotros, gusanos, vais a olvidar ese mal rollo. Que el soldado Chistoso no excite vuestra imaginación. No quiero volver a oír una palabra. ¿Me habéis oído? Ni una palabra.

Noche en Parris Island. Estamos en formación hasta que el sargento Gerheim lanza su última orden del día: «Preparados para montar... Atencióoon... ¡Montar!». Luego nos quedamos tumbados de espaldas en ropa interior, firmes, presentando armas.

Rezamos nuestras oraciones:

Soy un recluta del Cuerpo de marines de los Estados Unidos. Sirvo en las fuerzas que defienden a mi país y mi forma de vida. Estoy dispuesto a darla en defensa de ambas cosas, y qué Dios me ayude... ¡Gung ho! ¡Gung ho! ¡Gung ho!

A continuación el Credo del Fusilero, del general de división del Cuerpo W. H. Rupertus:

Éste es mi fusil. Hay muchos parecidos pero éste es el mío. Mi fusil es mi mejor amigo. Es mi vida. Debo dominarlo como domino mi vida.

Mi fusil, sin mí, de nada sirve. Sin mi fusil soy un hombre inútil. Debo usarlo bien. Tengo que disparar mejor que el enemigo que intenta matarme. Debo dispararle antes de que él me dispare.

Así lo haré.

Por primera vez en semanas, Leonard habla. Su voz resuena cada vez más fuerte. Las cabezas se vuelven. Los cuerpos se mueven. La voz del pelotón decrece. Leonard está a punto de explotar. Escupe sus palabras desde algún lugar feo, profundo.

El sargento Gerheim está de imaginaria. Va hasta el catre de Leonard y se planta delante, con los puños en las caderas.

Leonard no ve al sargento. Las venas del cuello se le hinchan mientras vocifera:

MI fusil es humano, igual que yo, porque es mi vida. ASÍ que lo conoceré como a un hermano. Conoceré SUS accesorios, sus miras, su cañón.

Mantendré mi fusil limpio y dispuesto, igual que yo soy limpio y dispuesto. Cada uno será una parte del otro.

Seremos...

Ante Dios juro esta convicción. MI fusil y yo somos el dueño de nuestro enemigo. Somos los SALVADORES DE MI VIDA.

¡ASÍ SEA, HASTA QUE AMÉRICA CONSIGA LA VICTORIA Y NO HAYA ENEMIGO SINO PAZ!

Amén.

El sargento Gerheim propina una patada al catre de Leonard.

—Eh, tú... soldado Patoso...

—¿Qué? ¿Sí? ¡Sí, señor! —Se pone firme en su catre—. ¡Sí, sí, señor!

—¿Cómo se llama ese arma, gusano?

—¡Señor, el arma del soldado se llama Charlene, señor!

—Descanso, gusano —el sargento esboza una sonrisita—. Te estás convirtiendo en un recluta listo, soldado Patoso. El peludo más motivado de mi piara. Como que a lo mejor te permito ser fusilero de mi querido Cuerpo. Te tenía por un mierda, pero vas a ser un buen abuelo.

—¡SÍ, SÍ, señor!

Miro el fusil que cuelga de mi catre. Es un instrumento hermoso, de elegante diseño, sólido y simétrico. Mi fusil está limpio, aceitado, y funciona perfectamente. Un utensilio excelente. Lo toco.

El sargento Gerheim recorre la longitud de la nave.

—Todos vosotros, animales, podríais aprender del soldado Patoso. Está enrollado. Todos estáis enrollados. Mañana seréis marines. Preparaaados... ¡Dormir!

Día de la graduación. Mil nuevos marines se mantienen muy erguidos en la explanada, bronceados y flacos en su uniforme caqui inmaculado, presentando sus armas limpias.

Leonard es nombrado el recluta modelo del pelotón 30-92. Le regalan un uniforme de gala y le consienten lucirlo cuando los pelotones que se gradúan pasan revista. El general al mando de Parris Island estrecha la mano de Leonard y le felicita con un «Enhorabuena». Nuestro jefe de series prende una medalla de fusilero experto en el pecho de Leonard y el jefe de nuestra compañía concede a Leonard una mención por haber obtenido la puntuación de tiro más alta del batallón de instrucción.

A propuesta especial del sargento Gerheim, soy ascendido a soldado de primera clase. Después de que nuestro jefe de series me ha prendido la medalla de experto, el sargento Gerheim me regala dos galones rojo y verde y me explica que son sus antiguas franjas de soldado de primera.

Al pasar revista encabezo el desfile, erguido y orgulloso.

Vaquero recibe una medalla de experto y es elegido para llevar el banderín del pelotón.

El general al mando de Parris Island dice por el micrófono: «¿Habéis visto la luz? ¿La luz blanca? ¿La gran luz? ¿La luz de guía? ¿Tenéis la visión?».

Y vitoreamos, increíblemente felices.

El general canta. Nosotros también cantamos:

*Eh, marine, ¿has oído?
Eh, marine...
L. B. J. ha dado la consigna.
Eh, marine...
Di adiós a papi y a mami.
Eh, marine...
Vas a morir en Vietnam.
¡Eh, marine, ea!*

Después de la ceremonia de graduación nos asignan destino. Vaquero, Leonard, el soldado Bernard, Philips y la mayoría de los demás marines del pelotón 30-92 son destinados al ITR —Regimiento de Instrucción de Infantería³— para hacer la instrucción de infantería de marina.

Mi destino me ordena presentarme en la Escuela Básica de Periodismo Militar del Fuerte Benjamín Harrison, Indiana, después de graduarme en el ITR. Al sargento Gerheim le re-

³ Infantry Training Regiment.

pugna el hecho de que yo vaya a ser un corresponsal de guerra en lugar de un abuelo. Me llama barrigón, oficinista. Dice que los mierdas se escaquean.

En la explanada, en posición de descanso, al pie del monumento a la bandera izada de Iwo Jima, el sargento Gerheim dice:

—La lámpara humeante está encendida. Ya no sois gusanos. Hoy sois ya marines. Una vez marine, marine para siempre...
—Leonard suelta una carcajada.

Nuestra última noche en la isla.

Estoy de imaginaria.

Llevo pantalón de faena, camiseta interior, botas de campaña lustradas a escupitajos y un casco que ha sido pintado de plata.

El sargento Gerheim me da su reloj de pulsera y una linterna.
—Buenas noches, marine.

Voy y vengo por el pasillo de la nave, entre dos filas de cates perfectamente alineadas.

Un centenar de jóvenes marines respira en su pacífico sueño; cien supervivientes de los ciento veinte que había al principio.

Mañana, al amanecer, viajaremos estrujados en camiones de transporte al campamento Geiger de Carolina del Norte. Allí está el regimiento de instrucción de infantería. Todos los marines son abuelos, aunque algunos de nosotros obtendremos adicionales aptitudes militares. Después de la instrucción avanzada nos darán una jamada en la cantina y un permiso de fin de semana fuera de la base, y luego recibiremos nuestro destino permanente.

La nave está tan silenciosa como una funeraria a medianoche. Sólo interrumpe el silencio el *cric-cric* de los muelles de

las camas y una tos ocasional.

Casi estoy relajándome cuando oigo una voz. Algún recluta está hablando en sueños.

Me detengo. Escucho. Una segunda voz. Dos tíos deben de estar de palique. Si el sargento les oye me mete un buen puro. Corro hacia el sonido.

Es Leonard. Leonard está hablando con su fusil. Pero hay otra voz. Un susurro. Un gemido frío y seductor. Es la voz de una mujer.

El fusil de Leonard no está colgado del catre. Lo tiene en las manos, lo abraza. «Vale, vale, *¡te quiero!*». En voz muy baja: «Te he dado los mejores meses de mi vida. Y ahora tú...». Enciendo la linterna. Leonard no me hace el menor caso. «*¡Te quiero! ¿No lo entiendes? Puedo hacerlo. ¡Haré lo que sea!*».

Las palabras de Leonard resuenan en la nave. Los catres crujen. Alguien se remueve en el suyo. Un recluta se incorpora y se frota los ojos.

Vigilo el extremo de la nave. Espero a que la luz se encienda en el interior del palacio de Gerheim.

Toco el hombro de Leonard.

—Eh, cierra el pico, Leonard. El sargento Gerheim me va a deslomar.

Leonard se incorpora. Me mira. Se quita la camiseta y se la ata alrededor de la cara para vendarse los ojos. Empieza a desmontar el arma.

—Es la primera vez que la he visto desnuda.

Se arranca la camiseta de los ojos. Sus dedos continúan desarmando el fusil. Luego, suavemente, acaricia cada pieza.

—Mira este precioso seguro del gatillo. ¿Has visto alguna vez un metal más bonito? —Empieza a ensamblar los componentes de acero—. El conector es maravilloso...

Leonard sigue farfullando mientras sus dedos adiestrados recomponen la maquinaria de metal negro.

Me acuerdo de Vanessa, mi chica en la vida civil. Estamos a la orilla de un río, envueltos en un viejo saco de dormir, y la estoy follando frenéticamente. Pero mi fantasía favorita ha perdido sabor. Pensar en los muslos de Vanessa, en sus pezones oscuros y sus labios llenos ya no me la empinan. Supongo que debe ser el nitrato potásico que nos dan en la comida, según dicen.

Leonard mete la mano debajo de la almohada y saca un cargador. Lo introduce Suavemente en su arma, en Charlene.

—Leonard... ¿de dónde has sacado esa munición?

Ahora hay un montón de reclutas sentados, cuchicheando «¿Qué pasa?» unos a otros.

La luz del sargento Gerheim inunda el extremo de la nave.

—Muy bien, Leonard, vamos.

Estoy decidido a salvar mi pellejo, si puedo, puesto que Leonard está perdido de todas maneras. La última vez que el sargento pilló a un recluta con munición real —una sola bala— le ordenó cavar una tumba de tres metros de largo y tres de profundidad. El pelotón entero tuvo que romper filas para el «entierro». Digo:

—En buen lío te has metido, Leonard.

Las luces del techo estallan. La nave está bañada en luz.

—¿Qué es este rollo de mierda? Por los clavos de Cristo, ¿qué estáis haciendo, animales, en mi dormitorio?

El sargento se me acerca como un perro rabioso. Su voz corta en dos la nave:

—Han interrumpido mi hermoso sueño, chicas. Ya «sabéis» lo que eso significa. ¿Me habéis oído, piara? ¡Significa QUE UN RECLUTA HA OFRECIDO VOLUNTARIO SU CORAZÓN TIERNO PARA UN SACRIFICIO HUMANO!

Leonard salta de su catre y hace frente al sargento Gerheim. Ahora todo el pelotón está despierto. Todos esperamos para ver lo que va a hacer el sargento Gerheim, convencidos de que valdrá la pena presenciarlo.

—Soldado Chistoso. Caramierda. De frente y al centro.

Muevo el culo.

—¡Sí, sí, señor!

—Okey, gusano, habla. ¿Por qué el soldado Patoso no está en su catre después de apagar las luces? ¿Por qué el soldado Patoso tiene ese arma en las manos? ¿Por qué no le has sacado las tripas a patadas?

—Señor, es el deber del soldado informar al instructor de que el soldado... Patoso... tiene un cargador entero y ha pasado el seguro y cargado, señor.

El sargento Gerheim mira a Leonard y asiente. Suspira. El sargento de artillería Gerheim está algo más que un poquito ridículo con su ropa interior blanca y sus zapatillas de ducha, con una tira de goma entre dos dedos, y sus piernas peludas y antebrazos tatuados y una panza de cerveza y una cara de buey crudo y, en su cabeza calva, su sombrero de campaña, de color marrón y verde.

Nuestro instructor jefe concentra sus considerables poderes de intimidación en su mejor voz de John-Wayne-en-la-cimadel-Suribachi⁴:

—Escúchame, soldado Patoso. Vas a dejar el arma encima del catre y...

—¡No! ¡No es suya! ¡Es mía! ¿Me oye? ¡Es mía! ¡La quiero!

El sargento de artillería Gerheim no puede controlarse más tiempo.

—Escúchame bien, puto pedazo asqueroso de mierda. «Vas»

⁴ El monte Suribachi, en Iwo Jima, fue el emplazamiento de una victoria americana sobre los japoneses en la segunda guerra mundial.

a entregarme ese arma o te corto las pelotas Y TE LAS HAGO TRAGAR POR ESA GARGANTA ESCUÁLIDA. ¿Me HAS OÍDO, MARINE? ¡VAS A ESCUPIR TU PUTA ALMA DE UN PUÑETAZO!

Leonard apunta al corazón del sargento, acaricia el seguro del gatillo y luego el gatillo mismo...

El sargento recupera de pronto la calma. Sus ojos y su porte son los de un vagabundo que ha encontrado su casa. Es un hombre con completo dominio de sí mismo y del mundo en que vive. La cara es aterradora y, sin embargo, hermosa en el momento en que aflora el lado oscuro. Sonríe. No es una sonrisa amistosa, sino una sonrisa maligna, como si el sargento fuese un hombre lobo que descubre los colmillos.

—Soldado Patoso, estoy orgulloso...

Bang.

La culata de acero golpea el hombro de Leonard.

Una bala de 7,62 milímetros, de gran velocidad y funda de cobre, derriba al sargento de artillería Gerheim.

Cae.

Todos le miramos fijamente. Nadie se mueve.

El sargento se sienta en el suelo como si nada hubiera ocurrido. Por un segundo, nos tranquilizamos. Leonard ha errado el tiro. Luego sangre oscura mana a chorros de un agujerito en el pecho del sargento. La sangre roja florece en su camiseta blanca como una flor hermosa. Los ojos de insecto del sargento observan fijos la rosa sangrienta de su pecho, fascinado. Levanta los ojos hacia Leonard. Bizquea. Después se serena. La sonrisa de licántropo se ha helado en sus labios.

Mi situación de autoridad subalterna como imaginaria me obliga a actuar.

—Oye, Leonard, todos somos tus colegas, tío, tus hermanos. Soy tu compañero de litera, ¿no? Yo...

—Claro —dice Vaquero—. Tranquilo, Leonard. No quere-

mos hacerte ningún daño.

—Afirmativo —dice el soldado Bernard.

Leonard no oye.

—¿Habéis visto cómo la miraba? ¿Habéis visto? Yo sabía lo que estaba pensando... Ese cerdo gordo y sucio...

—Leonard...

—Podemos mataros. Lo sabéis —Leonard acaricia su fusil—. ¿No sabéis que Charlene y yo podemos mataros a todos?

Leonard me apunta con el fusil a la cara.

No miro el fusil. Miro a los ojos de Leonard. Sé que es demasiado débil para controlar su instrumento de muerte. Es un corazón duro el que mata, no el arma. Leonard es un instrumento deficiente para el poder que fluye a través de él. El error del sargento Gerheim ha sido no darse cuenta de que Leonard era como un fusil de cristal que estallaría en pedazos al dispararse. Leonard no es lo bastante duro para controlar el poder de una explosión interior que propulsa la fría y negra bala de su voluntad.

Leonard nos lanza una sonrisita, la sonrisa final que exhibe la cara de los muertos, la terrible mueca de la calavera.

La sonrisita se torna una mirada de sorpresa y luego de confusión y luego de terror cuando el arma de Leonard se desplaza hacia arriba y hacia atrás y el cañón negro de metal entra en su boca.

—¡No! No...

Bang.

Leonard yace muerto en el suelo. Su cabeza es ahora un amasijo espantoso de sangre, huesos faciales, fluidos nasales, dientes desgajados y jirones de carne desgarrada.

Los civiles exigirán aún otra investigación, por supuesto. Pero en el curso de la misma los reclutas del pelotón 30-92 declararán que el soldado Pratt, aunque sumamente motivado,

era una nulidad que no merecía ser un marine de nuestro querido Cuerpo.

El sargento Gerheim todavía sonrío. Era un instructor excelente. Morir, para eso estamos aquí, hubiera dicho él: la sangre hace crecer la hierba. Si pudiera hablar, el sargento de artillería Gerheim explicaría a Leonard por qué las armas que amamos no devuelven el amor. Y diría: «Bravo».

Apago las luces del techo.

Digo:

—Preparados para montar. —Y luego—: ¡Montar!

El pelotón se tiende sobre cien catres.

Tengo frío y me siento solo. No lo estoy. En todo Parris Island hay miles y miles de compañeros. Y en todo el mundo cientos de miles.

Intento dormir...

En mi catre, sostengo el fusil en mis brazos. Me habla. Del metal y la madera salen palabras que fluyen por mis manos. El arma me dice lo que debo hacer.

Mi fusil es un sólido instrumento de muerte. Es acero negro. Nuestro cuerpo humano es una bolsa de sangre, fácil de perforar y que se vacía rápido, pero nuestros duros instrumentos de muerte son irrompibles.

Sostengo mi fusil en posición de presentar armas, suavemente, como si fuera una reliquia sagrada, una varita mágica de piezas entrelazadas de hierro y de plata, culata de teca, balas de oro, un cerrojo de cristal, joyas en la mira. Mi arma me obedece. Estrecharé a Vanessa, mi fusil. La estrecharé. La estrecharé un ratito. Me esconderé en este sueño oscuro todo el tiempo que pueda.

Sangre mana del cañón de mi fusil y asciende hasta mis manos. La sangre avanza. La sangre estalla en fragmentos vivos. Cada uno es una araña. Millones de diminutas arañas

rojas de sangre están escalando mis brazos, cruzan por mi cara, entran en mi boca...

Silencio. En la oscuridad, cien hombres respiran al unísono.

Miro a Vaquero, luego al soldado Bernard. Ellos comprenden. Exhiben en la cara frías sonrisas de muerte. Asienten.

Los marines recién forjados de mi pelotón permanecen firmes, horizontales en sus catres, con el fusil cruzado sobre el pecho.

Los marines esperan, cien jóvenes hombres lobo con armas en la mano.

Entono:

Éste es mi fusil.

Hay muchos parecidos pero éste es el mío.

RECUENTO

He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, famélicas, histéricas, desnudas...

Allen Ginsberg, *Aullido*

Un sicótico es un tipo que acaba de descubrir lo que está pasando.

William S. Burroughs.

Tet: el año del mono.

Volatín y yo pasamos la Nochevieja lunar vietnamita de 1968 en el PX ⁵ de la colina Libertad, cerca de Da Nang. Me han ordenado que escriba un editorial sobre el Centro de Recreo de Colina Libertad, en la Colina 327, para la revista *Leatherneck* ⁶. Soy un corresponsal de guerra destinado en la Primera División de Marina. Mi trabajo consiste en escribir crónicas optimistas que son repartidas a los corresponsales civiles, muy bien pagados, que se arre juntan con sus sirvientas eurasiáticas en grandes hoteles de Da Nang. Los diez corresponsales de la Oficina de Información de la Primera División son, contra su voluntad, relaciones públicas de la guerra en general y del Cuerpo de marines en particular. Esta mañana mi oficial ha decidido que se podría escribir un artículo muy sugestivo sobre la Colina 327, teniendo en cuenta el hecho de que fue la primera posición ocupada por las fuerzas americanas. El comandante Lynch piensa que merezco un descanso antes de volver a la OFI ⁷ de Phu Bai. Mis tres últimas operaciones de campaña han sido bien jodidas; en el campo de combate, un corresponsal de los marines es un combatiente más. Volatín me sigue a todas partes como un crío. Es un fotógrafo de guerra. Nunca ha estado en el cacao. Cree que soy un marine duro.

Entramos en un cine que parece un almacén y vemos a John Wayne en *The Green Berets* ⁸, un serial sobre el amor a las armas. Estamos en las filas de delante, cerca de algunos abuelos. Están despatarrados sobre sus asientos y apoyan sus botas barroas contra los asientos delanteros. Son barbudos, sucios,

⁵ Abreviatura de Post Exchange: Cantina militar.

⁶ Soldado de infantería de marina. Literalmente cuello de cuero.

⁷ Oficina de Información.

⁸ Los boinas verdes

están fuera de servicio y parecen flacos y salvajes, el aspecto que tiene un ser humano después de haber sobrevivido a una larga estancia en la selva, el páramo, los matorrales.

Apoyo mis botas en los asientos y vemos a John Wayne a la cabeza de los boinas verdes. John Wayne es un soldado precioso, bien afeitado, con botas que relucen como cristal negro, muy chulo con su uniforme de campaña a rayas de tigre y hecho a la medida. Inspirados por él, los combatientes caídos del cielo luchan cuerpo a cuerpo con todos los Victor Charlie del sureste asiático. Grita una orden a un actor oriental que interpretó a *Mr. Sulu* en *Star Trek*. Sulu, que ahora hace de oficial *Arvin*⁹, recita una frase con gran convicción: «Primero mata... a todos los cerdos cong... luego vete a casa». El público de marines se parte de risa. Es la película más divertida que hemos visto en mucho tiempo.

Más tarde, al final de la película, John Wayne sale a la puesta de sol con una huerfanita que tiene agallas. Los abuelos ríen y silban y amenazan con mearse encima. El sol se pone en el mar del sur de China —en el este—, lo que hace que el final sea tan exacto como el resto de la cinta.

La mayor parte de los marines del público son muñecos bien afeitados que nunca van al campo de combate. Llevan botas lustradas a salivazos, uniformes almidonados y gafas de la Fuerza Aérea. Miran a los abuelos como si fueran los Ángeles del Infierno en el *ballet*.

Cuando la pantalla ha perdido su color y las luces de arriba se han encendido, uno de los muñecos, dice:

—Putos abuelos... No son más que animales...

Los abuelos se vuelven. Uno se pone de pie. Se acerca adonde los muñecos están sentados.

Ellos se ríen e intercambian puñetazos y se burlan de la cara

⁹ Derivación de las siglas NVA North Vietnam Army: Ejército norvietnamita.

furiosa del abuelo. Luego se callan. Miran la cara del abuelo. Él sonríe ahora. Sonríe como un hombre que conoce un terrible secreto.

Los muñecos no le piden que explique por qué sonríe así. No quieren saberlo.

Otro abuelo se pone en pie de un salto, golpea en el brazo a su compañero sonriente y dice:

—Eh, que les den por el culo, Fiera. No ha sido nada. No vamos a perder el tiempo con esos carapochas.

El marine sonriente da un paso adelante, pero el más bajo se interpone en su camino.

Los muñecos aprovechan la pausa del abuelo sonriente. Caminan hacia atrás por el pasillo hasta alcanzar la puerta y salen rápidamente a la luz natural.

Digo:

—Jodé. Y luego dicen que los abuelos son asesinos. A mí no me lo parecéis, chicas.

El abuelo sonriente ha dejado de sonreír. Dice:

—Okey, hijo de puta...

—Quieto, Fiera —dice el marine bajito—. Conozco a este mierda.

Vaquero y yo nos enganchamos, luchamos y cambiamos puñetazos y golpes en la espalda. Decimos:

—Eh, mamón, ¿dónde has estado? ¿Cómo te ha ido? ¿Te has tirado a alguna? Sólo a tu hermana. Bueno, mejor mi hermana que mi madre, aunque mam no está mal.

—Eh, Chistoso, esperaba no volver a verte, tío mierda. Esperaba que el fantasma del artillero Gerheim te tendría en Parris Island para siempre, dándote un poquito de motivación.

Yo me río.

—Vaquero, gilipollas. Tienes pinta de salvaje. Si no hubiera

sabido que eres un muñeco nato me habría asustado.

Vaquero refunfuña.

—Éste es Fiera. Él sí es un salvaje.

El grandullón se está hurgando en la nariz.

—Más vale que te lo creas, mamonazo.

Una canana con balas de ametralladora cruza el pecho del marine y le confiere el aspecto de un gran bandido mejicano.

Digo:

—Éste es Volatín. No es una tienda de fotos ambulante. Es un fotógrafo.

—¿Tú eres fotógrafo?

Muevo la cabeza.

—Soy corresponsal de guerra.

Fiera esboza una sonrisa de desprecio que descubre caninos podridos.

—¿Has visto mucha guerra?

Del cuello le cuelga un collar compuesto de orejas humanas.

—Eh, no me sueltes ese rollo, caraculo. Mi jefe es un mamonazo. He estado en tantas operaciones que cualquier tío del Cuerpo Ojo. Ahora estoy de escaqueo. Mi oficina está en Phu Bai.

—¿Sí? —Vaquero me da un puñetazo en el pecho—. En nuestra zona. La uno-cinco. La compañía Delta, la peor de las peores, la más chungueta de las chunguetas, la más dura de las duras. Hemos venido a dedo esta mañana. Merecemos un escaqueo porque nuestra brigada se ha cargado mogollón de Víctor Charlies. Somos quitavidas y rompecorazones, tío. Preguntar por la brigada Lusthog, del primer pelotón. Les llenamos de agujeros, colega. Les metemos plomo.

Sonrío.

—El sargento Gerheim estaría orgulloso.

—Sí —dice Vaquero, asintiendo con la cabeza—. Sí, supongo. —Aparta la vista—. Odio Vietnam. Ni siquiera tienen caballos aquí. Jodé, no hay un solo caballo en todo Vietnam.

Vaquero se vuelve y nos presenta a su brigada: Alice, un negro tan grande como Fiera; Donlon, el radio; el cabo Stutten, capo del tercer piquete; Doc Jay, el sanitario de la brigada; T. H. E. Piedra; y el jefe de la brigada Lusthog, Loco Earl.

Loco Earl lleva un M-16 colgado del hombro, pero en las manos tiene un fusil Red Ryder de aire comprimido. Es tan escuálido como un superviviente de un campamento de muerte, y su cara consiste en una nariz larga y puntiaguda, con una mejilla hundida a cada lado. Le agrandan los ojos unas gafas gruesas, y una patilla de sus gafas de sol grises, de intendencia de marina, ha sido retorcida hacia atrás con demasiado alambre. Dice: «En marcha», y los abuelos empiezan a recoger sus pertrechos, sus M-16, sus lanzagranadas M-79 y sus fusiles de asalto AK-47 capturados, sus mochilas, sus chalecos antibalas y sus cascos. Fiera recoge una ametralladora M-60 y encaja la culata en la cadera de forma que el cañón negro sobresalga en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Fiera gruñe. Loco Earl se dirige a Vaquero y dice:

—Mejor que nos vayamos, hermano. Mister Retaco nos va a despellejar si llegamos tarde.

Vaquero está recogiendo su equipo.

—Afirmativo, Loco. Pero tienes que hablar con Chistoso, tío. Estuvimos juntos en la isla. Escribirá sobre ti y te hará famoso.

Loco Earl me mira. No hay expresión en su cara.

—Ahí está. Me llaman Loco Earl. Los viscosos me aman hasta que les vuelo la tapa de los sesos. Luego ya no me quieren.

Sonrío.

—Ahí está.

Loco Earl sonríe, levanta los dos pulgares hacia arriba, dice: «Andando, Vaquero», y saca a su brigada fuera del cine.

Vaquero me pega en el hombro.

— ese es mi intrépido jefe, colega. Yo mando el primer piquete. Pronto ser  jefe de brigada. Estoy esperando a que se carguen a Loco. O a lo mejor se vuelve majara de verdad. Así llegó Loco a capo. Antes el jefe era Stoke. El superabuelo. Se volvió loco de atar. Pronto me tocar  el turno.

—Eh, no te acojones, Vaquero. Ya sabes que eres un gili. Que no sabes cuidarte t  solito.  Te acuerdas lo fácil que te cac  cuando el sargento Gerheim me mandó jugar a la emboscada? La Marrana debería pagarle el vuelo a tu vieja para que pueda acompañarte al bosque.

Vaquero da unos pasos hacia la puerta, se vuelve, dice adiós con la mano, sonrisita.

Hago con la mano el gesto de meterle el dedo.

Cuando Vaquero y su brigada se han ido, Volatín y yo vemos una historieta de dibujos animados de la Pantera Rosa. Luego recogemos nuestras armas y nos encaminamos al PX, que parece otro almacén. Compramos la bazofia; la jamada.

Mientras esperamos para pagarla con los vales militares, él intenta encontrar las palabras.

—Chisto, quiero... Quiero salir. Quiero ir al frente. Llevo casi tres meses de servicio. Tres meses. Lo  nico que hago es sacar fotos de apretones de manos en ceremonias de condecoración. Es un rollo chungo. Una colegiala podría hacer mi currelo.

Entrega su vale a una bonita cajera vietnamita.

—Calma, Volatín. M ntate el rollo t  mismo. Pronto estarás en el frente.

—Vamos, Chisto,  chame un cable. Ll vame a Phu Bai,  va-

le?

—Bien —digo—. Y luego te limpian el forro el primer día y la culpa es mía. Tu vieja me buscará cuando vuelva al Mundo. Me montará un buen cristo. Negativo, Volatín. No soy sargento, sólo cabo primero. No soy responsable de tus pelotas.

—Sí eres. Yo soy un simple cabo.

Volatín y yo damos una vuelta por el USO¹⁰ e intercambiamos unos cuantos chistes verdes con las chicas de la Cruz Roja, que nos miran con los ojos como platos y nos dan donuts. Les preguntamos si con eso creen satisfacernos la lujuria, y nos explican que sólo merecemos el agujero de un donut.

En el USO hay toneles y toneles de cartas que nos han escrito niños desde el Mundo:

Queridos soldados en Alerta Roja:

Nos han dicho que los hombres de Vietnam, vivos o muertos, son los más valientes. Todos estamos tratando de ayudarlos a volver a vuestra casa. Compraremos bonos. Ayudamos a la Cruz Roja a ayudar a los soldados. Os ayudaremos a volver a ti y a tus compañeros. Si es posible, enviaremos regalos.

Desde tu país,

CHERI

Querido amigo en batalla:

Tengo ocho años. Tengo un hermano. Y una hermana. Tiene que ser triste estar allí lejos.

Con mis saludos,

JEFF

¹⁰ United Service Organization

Querido americano:

Ojalá pudiera verte en lugar de hablarte por escrito. Tenemos un perro, y es una monada. Es negro y tiene el pelo largo. Yo me llamo Lori. Siempre te recordaré en mis oraciones. Diles a todos que les quiero y te quiero a ti también, así que adiós.

Tu amiga,

LORI

Volatín lee las cartas en voz alta. Todavía consiguen conmovirle.

Para mí, las cartas son como calzado para los muertos, que no andan.

Al anoecer, Volatín y yo hacemos dedo para volver al barracón de la OFI en el área del cuartel general de la Primera División de Marina.

Volatín escribe una carta a su madre.

Yo cojo mi rotulador negro y tacho con una gruesa A el número 59 escrito en el muslo torneado de una mujer de tamaño natural, desnuda, que he dibujado en el tabique de contrachapado que hay detrás de mi catre. Hay una versión más pequeña de la misma mujer en la espalda de mi chaleco antibalas.

Casi todos los marines de Vietnam llevan un calendario de descuento. Algunos son dibujos de rotulador en el chaleco antibalas. Otros están dibujados en el casco. Otros son tatuajes. Otros son dibujos mimeográficos de Snoopy, con su cuerpo de *beagle* perfilado con tinta azul pálido. Los diseños varían, pero el más popular es el de una niña-mujer cortada en piezas como un rompecabezas. Cada día se tacha con tinta un fragmento nuevo de su deliciosa anatomía, y la región pú-

bica se reserva, por supuesto, para los últimos días de servicio.

Sentado en mi catre, escribo a máquina mi relato sobre la Colina 327, el oasis del militar, sobre que todos nosotros, excelentes jóvenes norteamericanos, tenemos asegurada nuestra ración diaria de condumio y sobre que los que tienen la suerte de visitar la retaguardia van a ver a John Wayne descuartizar con golpes de karate a un Víctor Charlie que muere en una película en technicolor sobre algún otro Vietnam.

El artículo que escribo actualmente es una obra maestra. Hace falta talento para convencer a la gente de que la guerra es una hermosa experiencia. Venid, venid todos al exótico Vietnam, la perla del sureste asiático. Sed el primer chico de tu grupo que consigue una muerte confirmada.

Me tumbo en el catre. Intento dormir.

El sol poniente tiñe de naranja los arrozales que se extienden al otro lado de nuestra alambrada.

Medianoche. En Dogpatch, en la ciudad, los viscosos están lanzando fuegos artificiales para celebrar el Año Nuevo vietnamita. Volatín y yo estamos sentados en la techumbre de hojalata de nuestro barracón para ver los fuegos de artificio más impresionantes sobre el aeródromo de Da Nang. Del cielo oscuro están cayendo cohetes de ciento veintidós milímetros. Abro una lata B-3 y comemos galletas John Wayne, untándolas de mermelada de piña.

Volatín dice, masticando:

—Creí que iba a haber una tregua a cuenta de que el Tet es su gran fiesta.

Me encojo de hombros.

—Bueno, me figuro que sólo porque es fiesta no vas a dejar de disparar a alguien al que te quieres cargar desde hace mu-

cho.

De repente un ssssúmmm...

Aproximándose.

Salto del tejado.

Volatín se pone de pie, con la boca abierta. Me mira desde arriba como si yo estuviera loco. «¿Qué...?».

Un cohete se estrella contra el suelo, a cincuenta metros.

Volatín cae del tejado.

Le ayudo a ponerse de pie. Le empujo. Se zambulle en un búnker de sacos terreros.

Todo alrededor de la colina naranja balas trazadoras de ametralladora flamean hacia el cielo. Salen morteros. Sale artillería. Entran cohetes. Toda clase de ruidos. Las bengalas estallan en el cielo sobre los arrozales. Las bengalas descienden columpiándose, brillantes, suspendidas de pequeños paracaídas.

Escucho unos instantes y luego agarro a Volatín y tiro de él hasta el barracón. «Coge tu arma».

Cojo mi M-16. Introduzco un cargador. Lanzo a Volatín una cartuchera de cargadores llenos.

—Pon el seguro y carga, recluta. Seguro y carga.

—Pero eso va contra las ordenanzas.

—Hazlo.

Fuera, personal de los cuarteles generales de los barracones circundantes se precipitan sobre fosos de tiro en el perímetro. Se acurrucan en ropa interior dentro de los hoyos húmedos. Miran a través de la alambrada.

En el aeródromo de Da Nang, los cohetes de Victor Charlie llueven sobre los corrales de hormigón donde la sección aérea de la marina estaciona sus cazabombarderos Phantom F 4. Los cohetes destellan como *flashes*. Los *flashes* revientan y

les sigue el sonido de tambores.

La Oficina de Información en la colina es un carnaval con actores verdes; muchos, mogollón. Los milicos de carrera se están comportando como jefes sin miedo. Los novatos están a punto de mearse en los pantalones. Todo el mundo habla. Todo el mundo se pasea y mira, se pasea y mira. Casi todos estos tíos no han estado nunca en el cacao. La violencia no les excita como a mí, porque no la entienden como yo la entiendo. Tienen miedo. La muerte no es amiga suya todavía. Así que no saben lo que se supone que deben decir. No saben lo que se espera que hagan.

El comandante Lynch, nuestro oficial al mando, entra y nos enrolla. Nos dice que Victor Charlie ha aprovechado la fiesta del Tet para desencadenar una ofensiva en todo Vietnam. Todos los objetivos militares de importancia han sido atacados. En Saigón, brigadas suicidas han invadido la embajada de Estados Unidos. Está a punto de caer Khe Sanh, un segundo Dien Bien Phu. El término «zona segura» ya no tiene ningún significado. A sólo cincuenta metros, en la colina, cerca de la residencia del general en jefe, una brigada de zapadores vietcong ha volado un centro de comunicaciones con una carga metida en un morral. Nuestro enemigo «derrotado» está asesinando golpes demoledores.

Todo el mundo empieza a hablar a la vez.

El comandante Lynch está sereno. De pie en el centro del caos, intenta impartirnos órdenes. Nadie le escucha. Nos obliga a escuchar. Escuche palabras como balas de ametralladora.

—Abrochaos los chalecos antibalas. Ponte ese casco, marine. Cargad las armas pero no pongáis un cartucho en la recámara. Que todo cristo cierre la puta boca. ¡Chistoso!

—Sí, sí, señor.

El comandante Lynch está delante de la bandera del Cuerpo

de marines: rojo sangre, con un águila, el globo terráqueo y una ancla de oro, y el lema SEMPER FIDELIS. Me da golpecitos en el pecho con el dedo.

—Chistoso, quítate esa maldita insignia. ¿Qué van a pensar si te matan luciendo un símbolo de paz?

—¡Sí, sí, señor!

—Suba a Phu Bai. El capitán Enero necesitará a toda su gente.

Volatín da un paso adelante.

—¿Señor? ¿Puedo ir con Chistoso?

—¿Qué? Desaparece.

—Soy Compton, señor. El cabo Compton. De Photo. Quiero estar en el fregado.

—Permiso concedido. Y bienvenido a bordo.

El comandante se vuelve y empieza a chillar a los novatos. Yo digo:

—Señor, no creo que...

El comandante se vuelve hacia mí, irritado.

—¿Todavía aquí? Esfúmate, Chistoso. Y llévate a ese nuevo. Tú respondes de él.

El comandante se aleja y comienza a impartir órdenes para la defensa de la Oficina de Información de la Primera División de Marina.

Caos en el aeródromo de Da Nang; cohetes enemigos se han cargado barracones, marines y *jets* Phantom. Hablo con un muñeco de gafas gruesas. Está leyendo un cómic. Utilizando mi voz como instrumento, le convengo de que soy un oficial y de que porto un mensaje personal para el jefe del Cuerpo de marines. A Volatín y a mí nos clasifican en situación prioritaria y tenemos que esperar solamente nueve horas para viajar apretujados en la panza cavernosa de un Hércules C-130 de

transporte con un centenar de marines profesionales.

Miles de pies abajo, Vietnam es una estrecha franja de mierda de dragón seca sobre la que Dios ha desperdigado tanques de juguete, aviones y un montón de árboles, moscas y marines.

Cuando descendemos para aterrizar en la base de combate de Phu Bai, Volatín abraza sus tres Nikon como a bebés negros de metal. Me río.

—Cuando los abuelos sepan que ha llegado el famoso Volatín, sabrán que la guerra habrá terminado.

Él lanza una sonrisita.

Volatín se ganó el apodo la noche en que cayó de las vigas del Thunderbird Club, la cantina de los alistados en la zona de los cuarteles generales de la Primera División de Marina. Un cómico australiano y dos gordinflonas bailarinas del vientre estaban divirtiéndose a un público que presenciaba el espectáculo de pie. Volatín tenía un par de tragos, pero yo también había bebido los míos y no pude frenarle. Estábamos al fondo, cerca de la entrada, y Volatín decidió que la única manera de echar un buen vistazo a las bailarinas semidesnudas era trepar hasta las vigas y reptar por encima del tropel de marines.

El general Motors y su estado mayor se habían presentado a ver la función. A veces lo hacían. Al general Motors le gustaba mantenerse en contacto con sus marines.

Volatín cayó de las vigas como una bomba verde, destrozando la mesa del general, derramando cerveza, aplastando galletas y sentando de culo en el suelo al general y a cuatro oficiales del estado mayor.

Cientos de alistados, presumiendo que Volatín era algún extraño género de proyectil de mortero, formaron un inmenso tapiz verde. Luego empezaron a alzarse cabezas.

Los oficiales de estado mayor levantaron a Volatín sin miramientos y empezaron a llamar a gritos a la policía militar. El general Motors levantó la mano y se hizo el silencio. A diferencia de muchos generales del Cuerpo, el general Motors parecía exactamente un general de marines, con los ojos tan grises como el metal de un arma y una cara tosca pero sensible: una cara auténtica de hombre de cromagnon. Tenía el uniforme almidonado y las mangas remangadas pulcramente.

Allí plantado, Volatín miraba al general y sonreía como un maldito idiota. Se tambaleó. Trató de andar pero no pudo. Ya le costaba bastante trabajo quedarse quieto en un sitio.

El general Motors ordenó que retirasen la mesa rota. Luego ofreció su silla a Volatín.

Volatín dudó, miró al general, luego a los oficiales de su estado mayor, que todavía estaban cabreados, después a mí y después al general de nuevo. Esbozó una sonrisita y se sentó en la silla plegable de metal.

El general asintió y se sentó en el suelo, al lado de Volatín. Con un gesto de la mano ordenó a sus oficiales que se sentaran detrás de él en el suelo, y ellos lo hicieron, todavía cabreados.

Con otro gesto de la mano el general ordenó a los artistas que reanudaran el espectáculo.

El cómico australiano y las sudorosas bailarinas titubearon.

Volatín se levantó.

Dio un par de tumbos y se desplomó en el suelo, al lado del general. Rodeó con el brazo los hombros del militar. El general Motors le miró sin expresión. Volatín dijo:

—Eh, tío, yo sé volar. ¿Me ha visto volar? —Hizo una pausa—. ¿Usted cree... que estoy borracho? O sea, ¿estoy curda o estoy curda? —Miró en torno—. ¿Chisto? ¿Dónde está Chistoso? —Pero yo seguía tropezándome contra muñecos furiosos—. Chistoso es mi compadre, señor. Los alistados

somos ligues difíciles, ¿sabe? Indudablemente. Estoy enamorado de esas mujeres sexi. Entendido... —Se puso serio—. ¿Quién me va a pasar la alambrada? ¿Señor? ¿Dónde está Chistoso? —Miró alrededor, pero no me vio—. Me voy a caer en la alambrada. O a volar por los aires. ¿Señor? ¿SEÑOR? Voy a pisar una mina. Tengo que encontrar a mi compadre, señor. No quiero enredarme otra vez en la alambrada. ¡CHISTOSO!

El general Motors miró a Volatín y sonrió.

—No te preocupes, hijo. Los marines no abandonan nunca a sus heridos.

Volatín miró al general como los borrachos miran a la gente que dice cosas que ellos no comprenden. Luego sonrió. Asintió. «Sí, sí, señor».

El cómico australiano y las chicas jamonas prosiguieron su número, que consistía fundamentalmente en los dobles sentidos del cómico cada vez que una de ellas asomaba una tetaza blanda de su diminuto traje dorado. El número fue un éxito grandioso.

Para cuando terminó, Volatín sólo se tenía en pie si había una pared en que apoyarse. El general Motors le cogió por el brazo, se lo pasó por encima de los hombros, ayudó a Volatín a salir del club, y, dejando a la zaga a los oficiales de su estado mayor, le ayudó a bajar dando traspiés por la colina y a recorrer el camino estrecho que cruzaba la alambrada.

Al salir del Thunderbird Club, los alistados observaron la escenita, sonrieron, la aprobaron y dijeron: «Decente. Cojono».

Y también: «Ahí está».

Ahora el Hercules C-130 rueda por la pista hasta detenerse. La puerta del pesado avión desciende y choca contra el suelo: Volatín y yo saltamos con los demás pasajeros.

Hay tres C-130 averiados reunidos en el lado de babor del

aeródromo. En el lado de estribor está la carrocería destripada de otro C-130 achicharrado que todavía humea. Hombres con trajes espaciales de papel de estaño están rociando de espuma blanca el metal retorcido.

Volatín y yo abandonamos a paso ligero el aeródromo y apencamos por una carretera de tierra con manchas recientes de aceite hasta llegar al perímetro de la base de combate de Phu Bai, como a una milla del aeródromo y a treinta y cuatro de la zona desmilitarizada.

Phu Bai es un extenso barrizal dividido en secciones por hileras perfectamente alineadas de barracones de madera. La construcción más voluminosa de Phu Bai es el cuartel general de la Tercera División de Marina. El gran edificio de madera se alza como un símbolo de nuestro poder y como un templo para quienes aman el poder.

Nos detenemos en el búnker de guardia. Un policía militar, grande y estúpido, nos ordena descargar nuestras armas. Saco el cargador de mi M-16. Volatín hace lo mismo. Sostengo la mirada del poli grandullón para afirmar mis principios. Está garabateando con un rechoncho lápiz amarillo en una hoja sujeta por un clip.

De repente el tipo asesta a Volatín un golpe en el pecho con su porra de nogal. «¿Eres novato?». Volatín asiente.

—Tengo un trabajito para ti. Me vas a rellenar sacos de arena para mi búnker.

El policía militar señala con el pulgar el búnker de guardia en el centro de la carretera. A la garita le falta un buen cacho. Un proyectil de mortero ha destruido una capa de sacos y ha rajado una segunda, que derrama arena.

Yo digo:

—Viene conmigo.

Con una mueca despectiva, el sargento se endereza dentro de su flamante y limpio uniforme estadounidense, su casco blanco con Policía Militar estarcido en los costados, su cinturón blanco con hebilla dorada que ostenta el águila, el globo y el ancla, su reluciente y nueva pistola automática del 45 y sus botas negras, lustradas a salivazos, del ejército americano. El P. M. grandullón y estúpido está engrendidamente entronizado en su poder de exigir lo trivial.

—Él hará lo que yo diga, cojonazos. Cabo. —Con la punta de la porra se toca los galones negros de metal al cuello—. Soy sargento.

Asiento.

—Afirmativo. Es afirmativo, puto milico. Pero este chico es sólo un cabo de tropa. Y recibe las órdenes de mí.

El poli grandullón y estúpido se encoge de hombros.

—Okey, okey, cojonazos. Puedes decirle a él lo que tiene que hacer. Pero tú vas a llenarme los sacos de arena, cabo primero. Muchos, cantidad.

Miro al suelo. Una explosión va creciendo en mi interior. Experimento miedo, una tensión terrible a medida que la presión crece y crece, y luego liberación, alivio.

—No, estúpido patán. Negativo, puto cerdo. No me vas a endilgar ese currelo por la cara. ¿Sabes por qué? ¿Sabes?

Vuelvo a meter el cargador en la M-16 y corro el cerrojo, alojando una bala.

Ahora estoy sonriendo. Estoy sonriendo mientras clavo el silenciador en la barriguita del P. M. grandullón y estúpido y luego espero a que haga un sonido, un solo sonido o simplemente el menor movimiento, para apretar el gatillo.

El poli grandullón abre la boca. No tiene nada que añadir.

Ya no creo que quiera que le rellene los sacos terreros.

El lápiz y la hoja caen.

Después, caminando de espaldas, el grandullón estúpido se refugia en su búnker, con la boca abierta y las manos en alto.

* * *

Volatín está demasiado asustado durante un rato para decir algo. Yo digo:

—Te acostumbrarás a este sitio. Cambiarás. Entenderás.

Él sigue callado. Caminamos. Luego:

—No era un farol. Hubieras matado a ese tío. Por nada.

—Ahí está —digo.

Volatín me mira como si estuviera viendo algo nuevo.

—¿Es todo así? O sea, te estabas riendo. Como...

—No es algo de lo que se pueda hablar. No hay manera de explicar este tipo de cosas. Lo entenderás después de haber estado en el jaleo, después de tu primera baja confirmada.

Él guarda silencio. Sus preguntas son silenciosas.

—Tranquilo —digo—. No te hagas ilusiones, Volatín, esto es una carnicería. En este mundo de mierda no tendrás tiempo de entender. Te conviertes en lo que haces. Más vale que aprendas a dejarte llevar. Es cosa tuya.

Volatín asiente, pero no contesta. Sé lo que siente.

La Oficina de Información para Fuerzas Especiales Rayos X, una unidad destinada a cubrir elementos de la Primera División temporalmente incorporados a la Tercera, es un pequeño barracón de madera, construido con maderos de 2 por 4 pulgadas y un trabajo de esclavos. Techado por láminas de chapa galvanizada y con las paredes forradas de tela metálica, el barracón está concebido para protegernos del calor. Los *Sea-*

*bees*¹¹ han clavado ponchos de plástico verde en los cuatro lados del barracón. Las polvorientas cortinas se enrollan durante el chaparrón monzónico.

Vagabundo Chile y Daytona Dave están haciendo *fleetnicks* delante del barracón de la OFI. Vagabundo Chile es un chicano curtido del este de Los Ángeles y Daytona Dave es un surfista despreocupado de una familia rica de Florida. No tienen absolutamente nada en común. Son inseparables.

Alrededor de unos cien abuelos se han apretujado en cada pedazo de sombra disponible en la zona. Cada uno ha recibido un *fleetnick*, un impreso con espacios para todos los datos biográficos necesarios a fin de enviar una fotografía del soldado al periódico de su ciudad.

Daytona Dave saca las fotos con una Nikon negra mientras Vagabundo Chile dice:

—Sonríe, escoria. Di: «mierda». El siguiente.

El siguiente de la cola está arrodillado junto a un huerfanito vietnamita de sexo indeterminado. Vagabundo Chile deposita una chokolatina de goma en la mano del abuelo. «Sonríe, escoria. Di: “mierda”. El siguiente».

Daytona Dave saca la foto.

Vagabundo Chile arrebatata el *fleetnick* del abuelo con una mano y la chokolatina con la otra. «¡El siguiente!».

El huérfano dice:

—¡Eh, marine cojonudo! ¡Tú! ¡Tú! ¿Me das el chupa-chupa?

El huérfano agarra la chokolatina y se la quita de la mano a Vagabundo Chile. Muerde la tableta; es de goma. Intenta arrancar el papel; no puede. «¡Chupa-chupa chungal!».

Vagabundo Chile le arrebatata la chokolatina de goma y se la

¹¹ Batallones de construcción de la armada, CB.

tira al soldado siguiente de la fila.

—¡Vamos, moveros! ¿No queréis ser famosos, tíos? Probablemente alguno de vosotros se ha cargado a la familia de este crío, pero al volver a casa vais a ser el marine forzado con un corazón de oro.

Yo digo, con mi voz de John Wayne:

—Oye, forastero. ¿Otra vez liándola?

Vagabundo Chile se vuelve, me ve y sonrío.

—Eh, Chistoso, ¿qué pasa?¹² Esto puede ser liarla, tío, jodé que sí puede ser. Estos huérfanos babosos son duros de pelar. Creo que la mitad son marines vietcong.

El huérfano se aleja, refunfuñando, dando patadas en la carretera. Luego, como para demostrar lo que dice Vagabundo, se detiene. Se da media vuelta y nos levanta el dedo de cada mano. Y sigue andando.

Daytona Dave se ríe.

—Ese chaval dirige un piquete NVA¹³. Alguien le ha limpiado el forro.

Sonrío.

—Estáis haciendo un trabajo guapo, chicas. Los dos sois muñecos de nacimiento.

Vagabundo Chile se encoge de hombros.

—Eh, colega, la Marrana no manda a la guerra a los tíos con cojones. Son demasiado duros. Hacen quedar mal a los abuelos.

—¿Os balean?

—Afirmativo —dice Daytona Dave—. Todas las noches. Un par de tiros. Por jugar con nosotros. Por supuesto, tengo tantas bajas confirmadas que he perdido la cuenta. Nadie me

¹² En español en el original.

¹³ North Vietnamese Army: Ejército norvietnamita.

cree porque los babosos se llevan a rastras a sus muertos. Creo que esos viscosos se comen a sus bajas. Hay sangre por todas partes, pero nada de muerte confirmada. Y aquí me tienes, un héroe, y el capitán Enero me endilga currelos gilipollas con este mejicanito fantasmón.

—¡CABO CHISTOSO!

—¡SEÑOR! Nos vemos, gente. Vamos, Volatín.

Vagabundo Chile pega en el pecho a Daytona Dave.

—Trota hasta la ciudad y lígame un huérfano bonito, tío, pero que sea uno sucio, un mugriento de verdad.

—¡CHISTOSO!

—¡Sí, sí, SEÑOR!

El capitán Enero está en su cubículo de contrachapado al fondo del barracón de la OFI. El capitán Enero es el tipo de oficial que masca una pipa apagada porque cree que una pipa contribuye a darle una figura paternal. Está jugando al Monopoly con Talión. Talión tiene más T. E. —tiempo en— que cualquier otro pringao de nuestra unidad. El capitán Enero no es el capitán Queeg, pero tampoco es Humphrey Bogart. Recoge su zapatito de plata y lo mueve hasta Baltic Avenue, zampándose todas las propiedades que están en el camino.

—Compro el Baltic. Y dos casas.

El capitán Enero extiende la mano para recoger los títulos blancos y rojos de Baltic Avenue.

—Esto es otro monopolio, sargento.

Coloca diminutas casas verdes sobre el tablero.

—Chistoso, te has cascado unas buenas vacaciones en Da Nang y estoy seguro de que ahora estás enrollado para volver al frente. Vete a Hue. El NVA ha invadido la ciudad. El uno-uno está en el fregado.

Yo titubeo.

—Señor, ¿sabe el capitán por casualidad quién se ha follado mi artículo sobre la dotación *howitzer*¹⁴ que liquidó a una brigada entera del NVA con bombas de fragmentación? Unos muñecos de Da Nang me han dicho que un coronel se ha cargado mi artículo. Algún coronel dijo que lo de esas bombas era un producto de mi imaginación, porque la Convención de Ginebra ha decretado que son «inhumanas» y los combatientes norteamericanos son incapaces de ser inhumanos.

Talión gruñe.

—¿Inhumanos? Bonita palabra. Esa metralla fléchette deja a los babosos hechos pura mierda. Ahí está.

—Oh, coño —dice el capitán Enero. Tira una tarjeta sobre la mesa de campaña. —«Vas a la cárcel, directamente a la cárcel, no sigues avanzando, no cobras doscientos dólares»—. El capitán mete en la cárcel su zapatito de plata—. Sé quién se folló ese artículo, Chistoso. Lo que no sé es quién está informando a reporteros hostiles cada vez que hay un incidente adverso, como el de ese Victor Charlie blanco, en misión de reconocimiento, que se ventilaron la semana pasada. El general Motors está dispuesto a degradarme por esa filtración en nuestro sistema de seguridad. Si tú hablas, yo hablo. ¿Hace?

—No. No, capitán. No es importante.

—¡Cojonudo! ¡Ojos de serpiente! No te apures, Chistoso. Tengo un buen rollo para ti.

El capitán Enero coge un sobre de correo militar y saca un pedazo de papel escrito con letras elegantes.

—Enhorabuena, sargento Chistoso.

Me tiende el papel.

¹⁴ Tipo de cañón de baja velocidad, de boca y enorme ángulo de tiro.

A TODOS LOS DESTINATARIOS DE ESTA NOTIFICACIÓN, SALUDOS: HAGO SABER QUE DEPOSITANDO ESPECIAL CONFIANZA EN LA FIDELIDAD DE JAMES T. DAVIS, 2 306 777/4312, LE NOMBRO SARGENTO DEL CUERPO DE MARINES DE LOS ESTADOS UNIDOS...

Miro fijamente el pedazo de papel. Luego dejo la orden sobre la mesa de campaña del capitán Enero.

—Chungo. Ni de coña, señor.

El capitán Enero detiene su zapatito de plata en mitad del recorrido.

—¿Cómo has dicho, sargento?

—Señor, ascendí por puro genio militar al grado de cabo, como Hitler y Napoleón, según dicen. Pero no soy un sargento. Supongo que en el fondo soy un pringao.

—Sargento Chistoso, no digas gilipolleces. Ganaste un ascenso meritorio en Parris Island. Tienes un expediente excelente en combate. Llevas suficiente tiempo en activo. Mereces este ascenso. Es la única guerra que tenemos, sargento. Tu carrera en los marines...

—No, señor. Bombardeamos a esa gente y luego les sacamos fotos. Mis artículos son balas de papel lanzadas contra el corazón negro y feo del comunismo. He luchado para limpiar el mundo de hipocresía. Hemos encontrado el enemigo, y somos nosotros. La guerra es un buen negocio: invierta a su hijo. Vietnam significa no tener que decir nunca que lo sientes. Arbeit Macht Frei...-

—¡Sargento!

—Negativo, señor. Chungo. Soy un cabo. Puede mandarme al calabozo, señor, ya lo sé. Enciérreme en la prisión naval de Portsmouth hasta que me pudra, pero que me pudra como un cabo, señor. Usted sabe que cumplo mi trabajo. Escribo que

Nam es el Eldorado asiático, poblado por un pueblo primitivo, pero majo y resuelto. La guerra es un ruidoso desayuno. Es divertido comerlo. La guerra te hace mejores chequeos. Te cura el cáncer... para siempre. Yo no mato. Escribo. Los abuelos matan; yo sólo miro. Sólo soy un joven doctor Goebels. No soy un sargento —añado—. Señor.

El zapatito de plata del capitán Enero aterriza en Oriental Avenue. Hay un minúsculo hotel rojo de plástico en Oriental Avenue. El capitán Enero hace una mueca y luego cuenta treinta y cinco dólares en vales del ejército. Entrega a Talión los billetitos vistosos y luego le pasa los dados.

—Sargento, la próxima vez que te vea llevarás los galones que indican tu graduación o me voy a encargar de joderte la vida. ¿Quieres ser un abuelo? Si no, te quitas del uniforme esa insignia de paz no autorizada.

Yo no digo nada.

El capitán Enero mira a Volatín.

—¿Quién es éste? Esfúmate, marine.

Volatín tartamudea. Yo digo:

—Es el cabo Compton, señor. El novato de Photo.

—Guapísimo. Bienvenido a bordo, marine. Chistoso, ronca aquí esta noche y sal para Hue por la mañana. Mañana esperamos a Walter Cronkite, o sea que estaremos ocupados. Necesitaré aquí a Vagabundo Chile y a Daytona. Pero tu trabajo es importante también. El general Motors me lo ha dicho personalmente. Necesitamos fotografías claras y buenas. Y titulares de impacto. Consígueme fotos de población civil indígena que haya sido ejecutada con las manos atadas a la espalda, gente que haya sido enterrada viva, sacerdotes degollados, bebés muertos... ya sabes lo que quiero. Hazme buenos recuentos de cuerpos. Y no te olvides de calcular el número de muertes. Y Chistoso...

—¿Sí, señor?

—Ni siquiera te molestes en fotografiar cuerpos desnudos a menos que estén mutilados.

—Sí, sí, señor.

—Y Chistoso...

—¿Sí, señor?

—Córtate el pelo.

—Sí, sí, señor.

Cuando Talión juega su cochecito de plata, el capitán Enero dice:

—¡Tres casas! ¡Tres casas! ¡Puto Park Place! Son... ¡ochenta dólares!

Talión cuenta todo su dinero.

—Me retiro, capitán. Le debo siete verdes.

El capitán Enero rastrilla el montoncito de vales del ejército, con una sonrisita cabrona en la cara.

—No entiendes de negocios, Talión. Si tuviéramos generales de Marina que entendiesen de negocios la guerra habría acabado. El secreto para ganarla está en las relaciones públicas. Harry S. Truman dijo una vez que el Cuerpo de marines tiene una maquinaria de propaganda casi igual a la de Stalin. Tenía razón. En la guerra, la verdad es la primera baja. Los corresponsales son más eficaces que la tropa. La tropa se limita a matar al enemigo. Lo único que importa es escribir, fotografiar. Puede ser que la historia se escriba con sangre e hierro, pero se imprime con tinta. Los abuelos son un buen espectáculo, pero les hacemos ser lo que son. A los cuerpos inferiores les hace gracia que cada pelotón de marines entre en combate acompañado de un pelotón de fotógrafos del Cuerpo. Afirmativo. Los marines se baten más duro porque tienen que estar a la altura de leyendas más grandes.

El capitán Enero tira de un paquete voluminoso que está en

el suelo junto a su mesa.

—Y éste es el resultado final de toda nuestra industria. A mi mujer le gusta interesarse por mi trabajo. Me ha pedido un *souvenir*. Le voy a enviar un vietcong.

La expresión de Volatín es tan graciosa que tengo que apartar la vista para no reírme a carcajadas.

—¿Señor?

—¿Sí, sargento?

—¿Dónde está el Jefazo?

—Primer Camisa ha ido a Da Nang para un R & R¹⁵. Puedes verle cuando vuelvas de Hue. —El capitán Enero consulta su reloj—. Las diecisiete. Hora del rancho.

En el camino hacia el rancho Volatín y yo nos reunimos con Vagabundo Chile, Daytona Dave y Talión en el barracón de alistados del OFI. Paso a Volatín una guerrera de la 101 Aerotransportada llena de parches. La mía tiene insignias de la Primera Caballería Aérea. Elijo dos juegos de galones del ejército de tierra y me los sujeto sobre la guerrera. Ahora somos Especiales 5: sargentos del ejército de tierra. Vagabundo Chile, Daytona Dave y Talión son sargentos de la Novena División de Infantería.

Tomamos el rancho en el refectorio del ejército de tierra. Aquí se come en serio. Tarta, rosbif, helado, chocolate; a todo pasto. En nuestro comedor dan cacao de polvos y mierda pinchada en un palo —rebanadas de carne de vaca—, con manteca de cacahuets y jalea de postre.

—¿Cuándo vuelve el Jefazo?

Vagabundo Chile dice:

—Bo, quizá mañana. ¿Enero te está follando otra vez?

Asiento.

¹⁵ Rest and Recuperation, es decir, un permiso militar.

—Ese puto galones. Está loco. Está completamente majara. Cada vez que le veo está más colgado. Ahora va a mandarle a su mujer un vietcong fiambre.

Daytona dice:

—Ahí está. Pero el Jefazo también es un galones.

—Pero es un tío legal. La Marrana puede ser su casa, y el tío te obliga a apencar, pero no te pringa con currelos de mierda. Te deja respirar siempre que puede. Jefazo no es un chusquero; es un marine de carrera. Los chusqueros son una raza. Son tíos que abusan de una autoridad que no merecen tener. Hay cantidad de chusqueros civiles.

El sargento de comedor, con un gran habano en la boca, examina las insignias de sargentos instructores.

El sargento de comedor, con su gran habano, nos arranca de las manos la bandeja reluciente y nos echa del refectorio.

Nos retiramos al comedor de marines, donde comemos mierda pinchada en un palo y bebemos cacao tibio y hablamos de que Tierra, por lo menos, podría habernos pasado algunas sobras, puesto que en definitiva es lo único que come el Cuerpo de marines.

Después del rancho jugamos al pillapilla al volver al barracón. Riendo y respirando fuerte, hacemos una pausa para desenrollar los ponchos verdes de plástico clavados en el exterior del barracón. De noche los ponchos mantendrán la luz dentro y la lluvia fuera.

Tendidos en los catres, nos contamos los chismes. En el techo, el lema del corresponsal de guerra en letras mayúsculas de seis pulgadas:

EL PRIMERO EN PARTIR, EL ÚLTIMO EN SABER, DEFENDEREMOS HASTA LA MUERTE NUESTRO DERECHO A ESTAR DESINFORMADOS.

Talión cuenta sus batallas a Volatín:

—Enero me ordena jugar al Monopoly. Todo el puto día. Cada día de la puta semana. No hay nada más ruin que un chusquero. Me joden vivo, tío, pero no digo una palabra. No digo ni pío. Talión es un cabronazo, acuérdate, novato. Cuando Luke el amarillo te zurra la espalda y los Phantoms le entierran con botes de napalm, eso es Talión. Cuando jodes a la gente lo pagas tarde o temprano, sólo que peor. Los chusqueros me tienen follado. Pero Talión llegará tarde o temprano. Haría lo que sea por que llegue.

Me río.

—Talión, tú odias a los chusqueros porque eres uno.

Talión enciende un porro.

—Tú eres el que te llevas de puta madre con ellos, Chistoso. Los chusqueros se entienden con los suyos.

—Negativo. Tienen miedo de hablarme porque tengo muchas ope.

—¿Operaciones? Mierda. —Talión se vuelve hacia Volatín—. Chistoso cree que el fregado está en la ciudad. Nunca ha estado en el cacao. Es difícil hablar de esto. Como en Hastings...

Vagabundo Chile le interrumpe:

—Tú no estuviste en la operación Hastings, Talión. Ni siquiera estabas de servicio.

—Oh, come mierda y muérete, puto sudaca. Eres un muñeco. Yo estuve allí, tío. Estuve en el sarao con los abuelos, tío. Esa gente tiene bemoles, ¿sabes? Son tíos muy duros. Cuando has estado con ellos en la juerga, eres su colega a partir de entonces, ¿te enteras?

Gruño.

—Batallitas.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo llevas de servicio, Chistoso? A

ver, ¿cuánto T. E. tienes? ¿Cuánto puto tiempo llevas? Treinta meses, muñeco. He estado treinta meses de servicio. He estado en el rollo, tío.

Yo digo:

—No le hagas caso, Volatín. Dice caca de la vaca. A veces se cree John Wayne.

—Afirmativo —dice Talión—. Escúchale a Chisto, novato. Sabe una mierda... muy poco. Y si alguna vez se entera lo habrá aprendido de mí. Simplemente recuerda que nunca ha estado en la mierda. No tiene la vista.

Volatín alza los ojos.

—¿La qué?

—La vista de mil metros. Un marine la tiene después de haber estado mucho tiempo en el tomate. Es como si hubieras visto... más allá. Yo la tengo. Todos los marines la tienen. Tú también la tendrás.

Volatín dice:

—¿Yo también?

Talión da unas cuántas chupadas al porro y se lo pasa a Vagabundo Chile.

—Yo era ateo cuando era novato, hace mucho tiempo... — Talión saca su mechero del bolsillo del pecho y se lo da a Volatín—. ¿Ves? Ahí dice: «Tú y yo, Dios, ¿vale?». —Talión suelta una risita. Parece que intenta concentrar la mirada en un objeto distante—. Sí, nadie es ateo en una zorrera¹⁶. Te pones a rezar.

Volatín me mira, sonrío, devuelve el mechero a Talión.

—Hay mucho que aprender, sí.

Estoy desmondando un listón de una caja de municiones con

¹⁶ Foxhole. Término militar que designa a un foso excavado en tierra para proporcionar cobijo contra el fuego a un hombre en combate.

mi cuchillo de selva. Estoy tallando una bayoneta de madera.

Daytona Dave dice:

—¿Te acuerdas del chaval que quería comerse la chocolati-
na? Me ha mordido. He bajado a la ciudad, a buscar algunos
huérfanos, y ese Victor Charlie me ha tendido una embosca-
da. Ha salido corriendo y me ha pegado un mordisco de cojo-
nes en la mano —Daytona levanta la izquierda y muestra
marcas de diente que forman una medialuna roja—. El crío
dice que nuestro chupa-chupa es chungo. Seguro que me ha
pegado la rabia.

Vagabundo Chile sonrío. Se vuelve hacia Volatín.

—Ahí está, novato. Sabrás que eres veterano cuando en lugar
de tirar latas de ración C a los críos empieces a tirarlas contra
ellos.

Yo digo:

—Tengo que volver al cacao. Hace semanas que no oigo un
tiro con mala leche. ¿Cómo nos vamos a acostumbrar a vivir
en el Mundo algún día? Jodé, un día sin sangre nos parece un
día sin sol.

Vagabundo Chile dice:

—No te apures. La mamasan que nos hace la colada nos
cuenta cosas que no saben ni los chusqueros de Inteligencia.
Dice que el puto ejército norvietnamita está atrincherado en-
tero dentro de una antigua fortaleza que llaman la Ciudadela.
No vas a volver, Chistoso. Victor Charlie te va a perforar el
corazón. La Marrana te mandará el culo para casa en una caja
de aluminio de trescientos dólares, muy chulo, como un
chusquero, con la guerrera de gala. Pero sin gorra blanca. Y
sin pantalones. No te ponen pantalones. Tus amigos del colé
y todos los parientes que nunca te han gustado irán de todas
formas a tu entierro y dirán que eras un buen cristiano y que
diñaste como un héroe derrotando al comunismo, y tú estarás
ahí tumbado, con el culo frío, más tieso que un poste.

Daytona se incorpora.

A veces puedes hacer el héroe un rato, si te olvidas del pellejo el tiempo necesario, si te importa un cojón. Pero los civiles no saben lo que hacer, así que ponen estatuas en el parque para que las palomas les caguen encima. Los civiles no saben. No quieren saber.

Yo digo:

—Estáis amargados, tíos. ¿No os gusta el estilo de vida americano?

Vagabundo Chile mueve la cabeza.

—Ningún Victor Charlie ha violado a mi hermana. Ho Chi Minh nunca bombardeó Pearl Harbor. Estamos presos aquí. Somos prisioneros de la guerra. Nos han quitado la libertad y se la han dado a los viscosos, pero los viscosos no la quieren. Prefieren estar vivos que ser libres.

Gruño.

—Ahí está.

Con mi rotulador borro un pedazo de muslo de la mujer desnuda silueteada en la espalda de mi chaleco antibalas. El número 58 desaparece. Me quedan cincuenta y siete días y un despertar en activo.

Medianoche. El aburrimiento se vuelve insoportable. Vagabundo Chile propone que matemos el tiempo limpiándoles el forro a las peludas.

Exclamo:

—¡Carrera de ratas!

Vagabundo salta de su catre de lona y corre a un rincón. Saca una chocolatina del bolsillo. «Ésta es la de verdad». Arranca el papel de estraza. Parte el chocolate en trocitos. En el rincón, a seis pulgadas del suelo, hemos clavado un listón de caja de municiones para formar un hoyo triangular. Hay un

agujerito en el tablero chamuscado. Vagabundo pone los pedazos de chocolate debajo del tablero. Luego apaga las luces.

Lanzo a Volatín una de mis botas. Por supuesto, no sabe qué hacer con ella. «¿Qué...?».

Chssss.

Esperamos emboscados. Cinco. Diez minutos. Quince. Entonces las ratas vietcong salen reptando de sus agujeros. Nos quedamos inmóviles. Las ratas se deslizan por los pares, bajan por el tabique, saltan al suelo de contrachapado, haciendo ruiditos sordos y avanzando en la oscuridad sin miedo.

Vagabundo Chile espera hasta que el avance converge en el rincón. Luego salta de su catre y enciende de golpe las luces del techo.

Todos, menos Volatín, estamos de pie en ese mismo segundo, formando un semicírculo en torno al rincón.

Las ratas pitan y zumban, clavando en la madera sus patitas rosadas para propulsarse. Dos o tres escapan, tan valientes, o tan aterradas —los motivos son indiferentes en situaciones así— que nos pasan por encima de los pies o entre las piernas y el mortal desfiladero de botas cuidadosamente alertas y bayonetas punzantes.

Pero la mayoría se agrupa debajo del tablero.

Talión saca una lata de combustible de su taquilla de bambú. Vierte el líquido en el agujerito del tablero.

Daytona Dave enciende una cerilla. «¡Fuego en el hoyo!». Introduce la cerilla encendida en el rincón.

La madera, con un fummm, prende.

Las ratas salen en desbandada de debajo del tablero como metralla de una granada roedora.

Las ratas están en llamas. Son como animalillos kamikazes que zumban llameantes por el suelo de contrachapado y corren por debajo de los catres, por encima del equipo, en círcu-

los, que corren cada vez más rápido y sin una dirección determinada, excepto hacia algún lugar en que no haya fuego.

—¡COGEDLAS! —chilla Talión, como un lunático—. ¡COGEDLAS! ¡COGEDLAS!

Parte a una rata en dos con su machete.

Vagabundo Chile sujeta a otra por el rabo y, mientras el bicho chilla, la mata a golpes de bota.

Lanzo mi cuchillo a una rata que está en el otro extremo del barracón. El gran cuchillo no alcanza su objetivo y se clava en el suelo.

Volatín no sabe qué hacer.

Daytona Dave carga a uno y otro lado con la bayoneta calada, y apunta a una rata que arde como un piloto en un combate aéreo. Daytona sigue la carrera enloquecida y errática del bicho, franqueando todos los obstáculos y ganándole terreno a cada paso. Le asesta un culatazo y luego le clava la bayoneta una vez y otra y otra.

—¡Ésta es baja confirmada!

Y, tan de repente como ha comenzado, la batalla ha concluido.

Después de la carrera de ratas todo el mundo se desploma. Daytona respira fuerte y rápido.

—Puf. Una buena remesa. Duras de pelar. Creí que me iba a dar un puto ataque cardíaco.

Talión tose y rezonga.

—Eh, novato, ¿cuántas bajas confirmadas?

Volatín sigue sentado en su catre de lona, con mi bota en la mano.

—Esto... ninguno. Todo ha sido tan rápido.

Talión se ríe.

—Bueno, a veces es divertido matar algo a lo que ves. Más

vale que espabiles, nuevo. La próxima vez las ratas tendrán armas.

Daytona Dave se está secando la cara con una camiseta sucia.

—El novato se apañará bien. Déjale que descanse. Volatín no tiene instinto asesino, eso es todo. Por lo que a mí respecta, tengo como cincuenta confirmadas. Pero todo el mundo sabe que las ratas cong se llevan a rastras a sus muertos.

Todos lanzamos cosas a Daytona Dave.

Descansamos un rato y luego recogemos las ratas achicharradas y las sacamos fuera para celebrar un entierro en la oscuridad.

Algunos tíos del pelotón de intendencia que viven en el barracón de al lado salen a dar el pésame.

El cabo Winslow Slavin, capo de fontaneros, se acerca con un mugriento mono verde de vuelo. El mono está todo raído, cubierto de manchas de pintura y lamparones de aceite.

—¿Sólo seis? Qué mierda. Anoche mis tíos engancharon diecisiete. Confirmadas.

Yo digo:

—A mí me parece una brigada de muñecos. Los muñecos matan muñecos. Estas ratas son marines vietcong. Abuelos con las pelotas negras.

Recojo del suelo una de las ratas. Me vuelvo hacia los fontaneros. Levanto al bicho y lo beso.

Talión se ríe, coge una rata muerta y le arranca de un mordisco la punta del rabo. Luego, tragándola, dice:

—Uuum... Está riquísima.

Esboza una sonrisita. Se agacha, coge otra rata, se la ofrece a Volatín.

Volatín se queda paralizado. No puede hablar. Simplemente mira al animal.

Talión se ríe.

—¿Qué pasa, nuevo? ¿No quieres ser un asesino?

Enterramos las ratas enemigas con plenos honores militares; cavamos una tumba de poco fondo y las tiramos dentro.

Cantamos:

*Ven a cantar nuestra canción,
entra en la familia...
MIC... KEY... MOUSE.
Mickey Mouse, Mickey Mouse.*

—Dios mío —dice Talión, mirando al cielo nublado—. Estas ratas han muerto como marines. Concédeles un descanso. Aaa-mén.

Todos coreamos: «Aaa-mén».

Después del entierro insultamos un poco más a los fontaneros y luego volvemos a nuestro barracón. Nos tumbamos despiertos en el catre. Hablamos de la batalla y del entierro un largo rato.

Luego intentamos dormir.

Una hora después. Está lloviendo. Enrollamos los ponchos de plástico y rezamos por el día siguiente. La lluvia monzónica es fría y pesada y llega sin aviso. Agua impulsada por el viento fustiga los ponchos colgados alrededor del barracón para protegernos del clima.

La terrible caída de los proyectiles...

Se acerca.

—Mierda —dice alguien. Nadie se mueve.

Volatín pregunta:

—¿Es eso...?

—Ahí está —respondo.

Las explosiones comienzan en algún lugar fuera de la alambrada y entran como las pisadas de un monstruo. Los detonaciones se están volviendo golpes sordos. Tum. Tum. TUM. Y entonces suena un silbido y un estruendo.

BANG.

El tamborileo rítmico de la lluvia es interrumpido por el fragor y el ruido metálico de metralla que cae sobre el tejado de chapa.

Todos estamos en nuestro catre con las armas en la mano, como tantas partes de un mismo cuerpo; incluso Volatín, que ha empezado a enterarse.

Azotados por la lluvia fría, trotamos hacia nuestro búnker.

En el perímetro, las ametralladoras M-60 están tableteando, los lanzagranadas M-79 crepitan y los morteros retumban escupiendo proyectiles.

Las bengalas centellean a lo largo de la alambrada, hermosos racimos de fuego verde.

Nos acurrucamos codo con codo, en ropa interior mojada, dentro del foso húmedo de sacos terreros, sintiendo el peso de la oscuridad, tan indefensos como hombres de las cavernas que se esconden de un monstruo.

—Espero que sólo se estén divirtiendo —digo—. Espero que no derriben la alambrada. No estoy preparado para esta mierda.

Fuera de nuestro búnker: BANG, BANG, BANG. Y la lluvia que cae.

Cada uno de nosotros está esperando que el pepinazo siguiente le machaque la cabeza; el mortero es un agente fortuito de muerte.

Un grito.

Aguardo un momento de silencio y salgo a gatas para echar una ojeada. Hay alguien caído. El silbido de un cañonazo me obliga a refugiarme en el búnker. Espero a que el proyectil explote.

BANG.

Salgo a gatas, me levanto y corro hacia el herido. Es uno de los fontaneros.

—¿Eres de intendencia? ¿Dónde está Winslow?

El hombre está gimiendo.

—¡Me muero! ¡Me muero!

Yo le zarandeo.

—¿Dónde está Winslow?

—Allí —señala—. Venía a ayudarme...

Volatín y Vagabundo Chile salen, y Volatín me ayuda a transportar al búnker al fontanero. Vagabundo trota en busca de un hombre de sanidad.

Dejamos al herido con Daytona y Talión y corremos a través de la lluvia en busca de Winslow.

Está en el barro, fuera del barracón, hecho pedazos.

Los morteros cesan. Las ametralladoras del perímetro reducen su actividad a breves ráfagas. Aun así, las líneas de abuelos continúan lanzando racimos de estrellas verdes por si Victor Charlie planea desencadenar un ataque por tierra.

Alguien extiende un poncho sobre Winslow. La lluvia repiquetea en la lámina de plástico verde. Digo:

—Hacen falta agallas para hacer lo que ha hecho. Si le miráis ahora esas tripas al aire seguro que hay cantidad.

Nadie dice nada.

Después de que los fantasmas verdes del registro de tumbas han metido a Winslow en una bolsa funeraria y se lo han llevado, volvemos al barracón. Nos dejamos caer sobre el catre, derrengados. Digo:

—Bueno, Volatín, ahora ya has oído un tiro con mala leche.

Con la ropa interior empapada, Volatín está sentado en su catre. Tiene algo en la mano. Lo está mirando.

Me incorporo.

—Eh, Volatín, ¿qué es eso? ¿Te has ligado un pedazo de metralla? —No hay respuesta—. ¿Volatín? ¿Te han dado?

Talión gruñe.

—¿Qué pasa, novato? ¿Ese par de balas te han puesto nervioso?

Volatín levanta los ojos con una nueva cara. Tiene los labios retorcidos en una sonrisa fría y sardónica. Los gruñidos rompen su respiración penosa. Gruñe. Tiene los labios mojados de saliva. Mira a Talión. El objeto que Volatín tiene en la mano es un pedazo de carne, de la carne de Winslow, de un feo color amarillo, tan grande como una galleta John Wayne, mojado de sangre. Todos lo miramos durante un largo tiempo.

Volatín se mete el pedazo de carne en la boca, lo posa en la lengua y creemos que va a vomitar. Pero él aprieta los dientes. Después cierra los ojos y se lo traga. Yo apago las luces.

Amanecer. El calor del día llega rápidamente, secando los charcos barrocos que ha dejado la lluvia monzónica. Volatín y yo vamos a la pista de aterrizaje de Phu Bai. Esperamos a un helicóptero de evacuación.

Diez minutos más tarde llega cargado un Jolly Green gigantesco.

Soldados del cuerpo de sanidad suben corriendo la rampa en

la trasera del aparato vibrante y reaparecen inmediatamente, transportando camillas de lona. Sobre las camillas hay hombres convertidos en jirones sangrientos. Volatín y yo subimos al helicóptero. Levantamos una camilla y bajamos por la rampa de metal. El helicóptero ya empieza a despegar.

Depositamos la camilla en el suelo, al lado de las otras, donde los camilleros están separando a los vivos de los muertos, cambiando vendajes y aplicando botellas de plasma.

Volatín y yo corremos hacia el espacio de aire removido de costado, por debajo de las aspas, en un tomado de viento caliente y grava que escuece. Nos detenemos, agachados, y levantamos los pulgares.

El piloto es un marciano invasor, con un traje de vuelo naranja y un casco espacial verde oliva. Su cara es una sombra detrás de una visera verde oscura. Nos hace la señal de pulgares en alto. Rodeamos el heli hasta la rampa de carga y el artillero de puerta nos ayuda con la mano a entrar en la panza de la máquina vibrante en el momento mismo en que despegamos.

Hue se encuentra a ocho millas de vuelo hacia el norte. Abajo, Vietnam es un centón de verdes y amarillos. Es un país hermoso, sobre todo visto desde el aire. Vietnam es como una página de un libro ilustrado de Marco Polo. Su superficie está tachonada de hoyos de proyectil, y las fumigaciones de napalm han calcinado vastas extensiones de tierra, pero el paisaje cicatriza con belleza.

Mis oídos saltan. Me aprieto la nariz con los dedos e inflo las mejillas. Volatín me imita. Estamos sentados sobre fardos de bolsas funerarias de lona verde.

Al avistar Hue, el artillero fuma marihuana y dispara su ametralladora M-60 contra un campesino abajo, en los arrozales. El artillero tiene el pelo largo y un bigote tupido, y sólo lleva encima una camiseta hawaiana desabrochada. En la camiseta hay cien bailarines de huía amarillos.

El villorrio a nuestros pies se encuentra en una zona de fuego libre; aquí todo el mundo puede disparar en cualquier momento y por cualquier motivo. Vemos correr al campesino por los bancales de agua. El campesino sabe únicamente que su familia necesita arroz para comer. Sabe solamente que las balas le están despedazando.

Cae, y el artillero suelta una risita.

El helicóptero aterriza en una zona de aterrizaje próxima a la Autopista 1, a una milla al sur de Hue. La ZA está repleta de heridos que caminan, estuches de camillas y bolsas de cadáveres. Antes de que Volatín y yo hayamos salido de la ZA, el helicóptero, cargado de heridos, está de nuevo en el aire, de regreso a Phu Bai.

Esperamos a un convoy de transporte por zona peligrosa en una estación de gasolina bombardeada. Pasan las horas. Mediodía. Me quito el chaleco antibalas. Saco de mi mochila del NVA mi vieja y andrajosa camisa de *boy scout*. Me la pongo para que el sol no me despelleje. Sobre el cuello raído, galones de sargento tan picados que ha desaparecido el esmalte negro y el latón asoma. Sobre el bolsillo superior derecho, un rectángulo de tela que reza: Primera División de Marina, CORRESPONSAL. Y en vietnamita: BAO CHI.

Sentados sobre una ostra amarilla, acribillada de balas, que ostenta la inscripción SHELL OIL, bebemos coca-colas que cuestan cinco dólares la botella. La mamasan que nos las vende lleva un sombrero cónico blanco. Grazna y charla como un viejo mirlo. Nos enseña sus dientes negros. Está muy orgullosa de sus dientes. Sólo una vida entera comiendo arecas puede ponerte los dientes tan negros como los suyos. No entendemos una palabra de su cháchara de cotorra, pero la expresión de su cara dice claramente: «Bueno, los americanos son gilipollas, pero son muy ricos».

Circula la trola popular de que las viejas mamasans de Víctor Charlie venden coca-colas con cristal molido dentro. Al beber, nos preguntamos si será verdad.

Dos Duster pasan lentamente. Los hombres que van a bordo no hacen caso de nuestro pulgar.

Una hora después, un Mighty Mite pasa zumbando a ochenta millas por hora, la velocidad máxima del pequeño *jeep*. No hay suerte.

Luego aparece un convoy precedido por dos tanques Patton M-48. Treinta camiones grandes pasan rugiendo a toda velocidad. Otros dos tanques Patton forman escolta de seguridad tras los pasos de Charlie.

El primer tanque acelera al pasar por delante.

El segundo reduce la marcha, corcovea y se detiene tras una sacudida. En la torreta hay un tanquista rubio que no lleva casco ni camiseta. Nos hace señal de acercarnos. Nos ponemos los chalecos antibalas. Recogemos nuestro equipo y lo lanzamos encima del tanque. Luego Volatín y yo trepamos a la mole de metal caliente y vibrante.

En una escotilla, abajo, junto a nuestros pies, está el conductor. Su cabeza sobresale lo justo para permitirle ver; tiene las manos en los mandos. El conductor tira de ellos y el tanque da un bandazo hacia adelante, brinca, traquetea cada vez más aprisa. El bramido de un motor diesel de ochocientos caballos de potencia acelera hasta alcanzar un estruendo rítmico de poder mecánico.

Volatín y yo nos recostamos contra la torreta caliente. Colgamos como monos del largo cañón de noventa milímetros. El aire fresco de la velocidad es delicioso después de las horas expuestos al horno amarillo de 48 grados vietnamitas. Nuestras camisas empapadas de sudor están frías. Van desfilando: barracones vietnamitas, estanques con patos blancos, tumbas circulares con pintura descascarillada y descolorida, e

interminables, relucientes parcelas de agua esmeralda recién plantadas de arroz.

Es un día precioso. Me alegro mucho de estar vivo y entero. Estoy en un mundo de mierda, sí, pero estoy vivo. Y no tengo miedo. Viajar en el tanque me produce un escalofrío de poder y bienestar. ¿Quién se atreve a disparar al hombre que cabalga al tigre?

Es un hermoso tanque. Pintado sobre el cañón largo: DRAGÓN NEGRO. Exterminamos parásitos caseros. Ondeando en una antena de radio, una bandera confederada hecha jirones. Los vehículos militares son bellos porque se construyen con arreglo a diseños funcionales que los hacen reales, sólidos, sin artificio. El tanque posee la belleza de las líneas duras; son cincuenta toneladas de blindaje rodante sobre orugas, como correas de reloj de acero. El tanque es nuestra protección, que rueda y rueda para siempre, y de su estrépito emana la oscura poesía metálica del hierro y las armas.

De repente el tanque se desplaza hacia la izquierda. Volatín y yo chocamos fuertemente contra la torreta. Metal tritura a metal. El tanque tropieza con un bache, gira bruscamente a la derecha y se detiene en seco, lanzándonos hacia delante. Volatín y yo nos agarramos al cañón y decimos: «Hijo de puta...».

El jefe rubio del tanque sale por la escotilla de la torreta y se apea de un salto por la parte posterior.

El conductor ha estacionado la máquina fuera de la carretera. Detrás, a cincuenta metros, un búfalo de agua yace sobre el lomo, con las patas extendidas. El animal emite mugidos y mueve sus astas curvas. En el centro de la carretera veo un cuerpo muy pequeño, boca abajo.

Civiles vietnamitas salen charlando de sus chozas al borde del camino, mirando y señalando. Los civiles se congregan para ver cómo sus salvadores americanos han destripado a un

niño.

El tanquista rubio habla a los vietnamitas civiles en francés. Después, cuando vuelve hacia el tanque es perseguido por un anciano papasan. Hay lágrimas en los ojos del viejo. El papasan consumido agita sus puños huesudos y dirige maldiciones asiáticas a la espalda del jefe del tanque. Los civiles vietnamitas enmudecen. Otro niño ha muerto y, aunque sea muy triste y doloroso, aceptan el hecho.

El tanquista rubio sube al tanque e introduce las piernas por la escotilla de la torreta.

—Hierro, puto caraculo. Conduce este trasto como un tanque y no como si fuera un maldito coche deportivo. Te has cargado a esa niña, ciego idiota. Jodé, si hasta yo la he visto por ese puto periscopio. Iba montada en la grupa del búfalo...

El conductor se vuelve, con expresión dura.

—No los he visto, patrón. ¿En qué estaban pensando para cruzarse así por delante? ¿No saben esos pepinos que los tanques tienen preferencia?

Tiene la cara cubierta de una fina película de aceite y de sudor; le ha entrado hierro en el alma y se ha convertido en un componente de su máquina, que suda aceite para lubricar las marchas.

El tanquista rubio dice:

—Otra putada así, Hierro, y te convierto en abuelo.

El conductor vuelve la vista hacia el frente.

—Sí, sí, señor. Tendré cuidado, teniente.

Volatín pregunta:

—¿Hemos matado a esa niña, señor? ¿Por qué le gritaba el viejo?

Volatín parece mareado.

El teniente rubio saca un bolígrafo y una libretita verdes del

bolsillo de la cadera. Escribe algo en la libreta.

—¿El abuelo de la cría? Estaba gritando que necesita su búfalo. Quería una indemnización. Quería que le pagásemos el bicho.

Volatín no dice nada.

El tanquista rubio grita a Hierro:

—Arranca, ciego hijo de puta.

Y el tanque prosigue la ruta.

En las afueras de Hue vemos la primera señal de la batalla: una catedral, que data de siglos, es ahora un montón de piedras en ruinas, acribillada de balas, derrumbado el techo y con las paredes perforadas por los proyectiles.

La entrada en Hue, la tercera ciudad más grande de Vietnam, es una extraña experiencia. Nuestra guerra se ha desarrollado en los arrozales, en aldeas donde la construcción mayor era una choza de bambú. Al ver los efectos de la guerra en una ciudad vietnamita me siento como un novato.

El tiempo es desapacible, pero la ciudad es hermosa. Hue ha sido bonita durante tanto tiempo que ni siquiera la guerra y el mal tiempo pueden afearla.

Calles vacías. Todos los edificios han sido alcanzados por algún tipo de artillería. El suelo todavía está mojado de la lluvia de la noche anterior. El aire es frío. Una niebla blanca envuelve a toda la ciudad. Y el sol se está poniendo.

Rebasamos un tanque desventrado por granadas B-40, propulsadas por cohetes. En el cañón destrozado de noventa milímetros: DRAGÓN NEGRO.

Cincuenta metros más allá sobrepasamos dos grandes camiones inutilizados. Uno de ellos está volcado hacia un lado. La cabina del camión es un amasijo roto de acero retorcido y mellado. El segundo se ha incendiado y es tan sólo un esque-

leto de hierro negro. Los parabrisas de los dos vehículos están remachados de brillantes anillos de orificios de bala.

Al pasar por delante del instituto Quoc Hoc doy un golpe en el brazo a Volatín.

—Ho Chi Minh estudió ahí —digo—. Me pregunto si el tío Ho jugaría al baloncesto universitario. Me pregunto a qué chica llevaría al baile del instituto.

Volatín sonrío.

Se oyen tiros, a lo lejos. Balas sueltas. Breves ráfagas de armas automáticas. La lucha ha cesado, de momento. Los tiros que oímos son de algún abuelo que está probando suerte.

El tanque se detiene cerca de la Universidad de Hue y Volatín y yo nos apeamos. La universidad es ahora un centro de reunión para refugiados en camino hacia Phu Bai. Familias enteras con todas sus pertenencias han ocupado las aulas y los pasillos desde el comienzo de la batalla. Los refugiados están demasiado exhaustos para seguir corriendo. Tienen un aspecto frío y agotado, el que uno tiene cuando la muerte se te asienta en la cara y te asfixia durante tanto tiempo que pierdes las ganas de gritar. Fuera, las mujeres cocinan ollas de arroz. Por todo el suelo hay montículos de excrementos humanos.

Decimos adiós al teniente rubio y su tanque retumba y se aleja. Las bandas de acero del tanque aplastan unos ladrillos arrojados a la calle por las explosiones.

Volatín y yo miramos al otro lado del Río de Perfumes. Contemplamos la Ciudadela. El río es feo. El río es fangoso. El puente colgante de acero —el Puente de Aguas Doradas— ha caído, volado por hombres rana enemigos. Vigas arrancadas sobresalen del agua oscura como los huesos rotos de una serpiente de mar.

Una granada de mano explota a lo lejos, dentro de la Ciudadela.

Volatín y yo nos encaminamos hacia el MAM-V, Mando de Asistencia Militar, Vietnam, recinto cercado.

—Esto es precioso —dice Volatín.

—Era. Realmente precioso. He estado aquí un par de veces para entregas de condecoraciones. El general Cushman estuvo aquí. Le saqué una foto y él sacó una foto de mí sacándole una foto. Y también estuvo Ky, todo peripuesto con su guerrera de aviación de seda negra, estrellas de general por todas partes y una gorra negra con estrellas plateadas de su graduación. Tenía una de esas pistolas con cachas de nácar y llevaba un fular púrpura. Parecía un *playboy* japonés. El fulano se lo montaba muy bien. Creía en un Vietnam para los vietnamitas. Creo que por eso le echamos de una patada. Pero estaba elegantísimo aquel día. Tendrías que haber visto a las colegialas con sus *ao dais*, rojo y blanco, y sus sombrillitas...

—¿Dónde están ahora? Me refiero a las chicas.

—Muertas, me figuro. ¿No sabías que hay una leyenda de que Hue se alzó de un charco de barro como una flor de loto?

—¡Mira!

Una brigada de *arvins*¹⁷ están saqueando una mansión. Los *arvins* del Ejército de la República de Vietnam tienen una pinta rara porque todo el equipo les queda demasiado grande. Con uniformes holgados y cascos de una talla superior parecen niños jugando a la guerra.

Digo:

—Decente. Cojonudo. Un escaqueo, Volatín. Recuerda esto: cada vez que veas a un *arvin* estás a salvo de Victor Charlie. Los *arvins* corren como conejos al primer indicio de violencia. Un pelotón de infantería *arvin* es tan peligroso como un club de jardinería de señoras tirando malvaviscos. No te creas

¹⁷ Soldados del ejército de la República del Vietnam. El nombre procede de las iniciales de Army of the Republic of the Vietnam.

ese cuento de que son cobardes. Simplemente odian la Máquina Verde más que nosotros. Les reclutó el gobierno de Saigón, reclutado por los milis que nos reclutaron a nosotros y que fueron reclutados por los milis que creen que pueden comprar la guerra. Y los *arvins* no son tontos. No lo son cuando están haciendo algo que les gusta, como robar. Creen sinceramente que las joyas y el dinero son suministros militares esenciales. Así que estamos a salvo hasta que no empiecen a gritar: «¡Muchos congs, muchos congs!» y huyan. Pero cuidado. Los *arvins* disparan a gallinas, a los cerdos ajenos y a los árboles. Disparan a cualquier cosa menos a transistores, coca-colas, gafas de sol, dinero y el enemigo.

—¿No les paga su gobierno?

Sonrío.

—El dinero es su gobierno.

El sol se ha puesto. Volatín y yo trotamos. Un centinela nos da el alto; le digo que se vaya a hacer puñetas.

Cincuenta y seis días y un despertar.

Por la mañana despertamos dentro del recinto cercado del MAM-V. Un edificio blanco de dos plantas con paredes perforadas de balas. Lo rodea un muro de sacos de arena y una alambrada.

Recogemos nuestro equipo y nos preparamos para partir mientras un coronel lee un bando del alcalde militar de Hue. El bando advierte de que los saqueadores serán fusilados *in situ*. Una docena de corresponsales de guerra civiles están sentados en el suelo, muertos de sueño, escuchando a medias, bostezando. Entonces el coronel añade un comentario personal. Alguien ha concedido un Corazón Rojo¹⁸ a un ganso grande y blanco que ha sido herido durante el ataque. El coronel piensa que los corresponsales civiles no comprenden

¹⁸ Purple Heart: condecoración estadounidense concedida a heridos en combate.

que la guerra es un asunto serio.

Fuera, señalo a un NVA muerto que cuelga de la alambrada.

—La guerra es un asunto serio, hijo, y eso es nuestro producto nacional bruto.

Doy una patada al cadáver, desencadenando el pánico en los gusanos que ocupan las cuencas oculares vacías, la boca torcida en una mueca y cada agujero de bala en el pecho. «¿Bruto?».

Volatín se arrodilla para verlo mejor.

—Sí —dice—; baja confirmada.

Aparece un equipo de cámaras de la CBS, rodeado de abuelos que adoptan poses de marines de combate, fingiendo ser lo que son. Todos quieren que Walter Conkrite vaya a ver a sus hermanas. Con camisas blancas de manga corta, los cámaras de la CBS corren a fotografiar muertos en color.

Detengo a un sargento mayor.

—Jefe, queremos ir al combate.

El sargento está escribiendo en un papel amarillo posado sobre un tablero. No levanta la mirada, pero eleva el pulgar por encima del hombro.

—Al otro lado del río. La uno-cinco. Embarcad al lado del puente.

—¿La uno cinco? Perfecto. Gracias, jefazo.

El sargento se marcha, sin dejar de escribir en el papel amarillo. No presta atención a cuatro abuelos mugrientos que corren hacia el recinto, cada uno sosteniendo una esquina de un poncho. Sobre el poncho hay un marine muerto. Los abuelos piden a gritos un hombre de sanidad y cuando posan el poncho, muy suavemente, un chorro de sangre oscura se derrama sobre el suelo de hormigón.

Volatín y yo bajamos aprisa hasta el Río de Perfumes. Hablamos con un alférez de marina que tiene cara de niño y nos

consigue transporte en una cañonera que lleva refuerzos a los marines vietnamitas.

Al surcar el río, rozando el agua. Volatín pregunta:

—¿Vale algo esa gente?

Asiento.

—La mejor que tienen los *arvins*. Pero no son tan duros como los marines coreanos. Los coreanos son tan duros que tienen músculos hasta en la mierda. La brigada Dragón Azul. Estuve en una operación con ellos en Hoi An.

Un tiro desde la orilla. La bala pasa zumbando.

La tripulación de la cañonera abre fuego con una ametralladora del calibre 50 y un cañón del 40.

Volatín observa con ojos alegres los delgados tallos de agua que las balas levantan a lo largo de la orilla. Tiene el arma preparada, listo para el combate.

La Parcela Fresa, un amplio triángulo de tierra entre la Ciudadela y el Río de Perfumes, es un barrio tranquilo de Hue. Desembarcamos en ella y deambulamos con los marines vietnamitas hasta que vemos a un marine bajito con una escopeta de repetición costosa colgada a la espalda y una caja de raciones C al hombro. Digo:

—Eh, tío, ¿dónde está la uno-cinco?

El marine bajito se vuelve y sonrío. Digo:

—¿Te echamos un cable con eso?

—No, gracias, marine. ¿Sois de la uno-uno?

—No, señor —respondo. Los oficiales no llevan insignias de rango en campaña, pero los pringados aprenden a reconocer la graduación por su voz—. Buscamos la uno-cinco. Tengo un amiguito en el primer pelotón. Le llaman Vaquero. Lleva un sombrero de vaquero.

—Soy el jefe del pelotón de Vaquero. La brigada Lusthog está en la zona del pelotón, junto a la Ciudadela.

Echamos a andar con el marine bajito.

—Yo soy Chistoso, señor. El cabo Chistoso. Éste es Volatín. Trabajamos para Barras y estrellas.

—Yo me llamo Bayer. Robert M. Bayer, el tercero. Mi gente me llama Retaco, por razones obvias. ¿Venís a hacerle famoso a Vaquero?

Me río.

—Ni de coña.

El cielo gris se está despejando. La niebla blanca se aleja y expone Hue al sol.

La zona del primer pelotón está a la vista de los muros macizos de la Ciudadela. Mientras el pelotón espera que el ataque comience, la brigada Lusthog está de juerga.

Loco Earl nos señala con el índice a los tres.

—¡Provisiones! ¡Cojonudo! —Y luego—: Eh, tumbavacas, Chistoso en la costa.

Vaquero mira hacia arriba y sonrío. Sostiene una botella grande y marrón de meada de tigre: cerveza vietnamita.

—Bueno, sin coña. El Chistoso y el novato. *Lai dai*, colegas, sentaos a combatir, sentaos.

Volatín y yo nos sentamos en la tierra y Vaquero nos lanza sobre las rodillas fajos sueltos de piastras vietnamitas. Me río, sorprendido. Recojo los billetes de brillantes colores, billetes grandes, de grandes cifras. Vaquero nos pone en las manos botellas de meada de tigre.

—¡Eh, patrón! —grita Vaquero—. Lígame spaghettis y albóndigas, ¿vale? En todos los ranchos me zampo jamón con judías. Estoy hasta los cojones de esa basura.

El marine bajito abre una caja de raciones C, saca otra caja de cartón y se la pasa a Vaquero. Éste la coge y mira de reojo a la etiqueta.

—Cojonudo. Gracias, patrón.

Loco Earl lanza otro montón de piastras a mis rodillas.

Todos los hombres de la brigada tienen cantidad de pasta.

—Por fin nos han pagado, tío —dice Loco Earl—. ¿Me estáis oyendo, señores? Hemos sido mercenarios esclavos y ahora somos ricos. Tenemos un millón de piastras aquí, tíos. Sí, mogollón de tela.

Digo:

—Señor, este dinero, ¿de dónde...?

Retaco se encoge de hombros.

—¿Dinero? Yo no veo dinero.

Se quita el casco. Hay una barra negra vertical de una pulgada en la parte posterior del casco, indicando el rango de Retaco, y la leyenda: Mata a un comunista por Cristo. Enciende un cigarro.

—Como medio millón de piastras —dice—. Quizá mil dólares por hombre en dinero americano.

Vaquero dice:

—Tienes que escribir sobre nuestro teniente John Wayne. —Golpea a Retaco en el brazo—. Retaco es un pura sangre. Cuando la Marrana le nombró teniente era un simple cabo, un pingao como nosotros. Es muy bajito pero muy cabrón. —Vaquero echa la cabeza hacia atrás y da un gran sorbo de meada de tigre. Luego—: Hemos estado atacando esa terminal de ferrocarril. Allí estaba la caja de caudales. La hemos volado con un petardo de C-4. Los babosos se nos echaban encima con armas automáticas, B-40s, y hasta un puto mortero. El teniente ha hecho seis confirmadas. ¡Seis! Se cargó a esos melones como un asesino nato.

—Hay NVAs aquí —dice Loco Earl—. Muchos, mogollón.

—Afirmativo —dice Vaquero—. Y son tan duros como los instructores de ojos achinados. Son tipos muy motivados.

Loco Earl coge su botella por el cuello y la estrella contra una estatua caída de un cong gordo, sonriente y calvo.

—Esto no es una guerra, es una serie de escaramuzas superpuestas. Les liquidamos. Nos siguen antes de habernos perdido de vista y nos disparan al culo. Conozco a un tío de la uno-uno que mató a un viscoso y luego le ató un cartucho de C-4 y le hizo explotar en trizas invisibles porque cargártelos es una pérdida de tiempo: resucitan. Pero esos viscosos te cabrean tanto que tienes que disparar a algo, a cualquier cosa. Tío, la mitad de mis bajas confirmadas son civiles y la otra mitad búfalos. —Hace una pausa, eructa. Prolonga el eructo todo lo que puede—. Deberíais haber visto a Fiera cargándose a esos *arvins*. En cuanto nos metimos en el baile, los *arvins* empezaron a retroceder chillando y Fiera escupió y luego los cosió a balazos.

—Echo de menos a Stewey Traspiés —dice Alice, el gigante negro. Nos explica a Volatín y a mí—. Era nuestro capo antes de Stoke, el Superabuelo. Traspiés era muy nervioso. Nerviosísimo. O sea, era nervioso. La única manera de relajarse que tenía era lanzar granadas de mano. Siempre estaba reventando petardos en todas partes. Luego empezó a retenerlas hasta el último segundo. Así que un día tiró de la espita y se quedó plantado, mirando, venga a mirar al huevo verde oliva que tenía en la mano...

Loco Earl asiente, eructa.

—Yo era novato el día en que Traspiés explotó y Stoke, el Superabuelo, tomó el mando. Stoke me nombró jefe adjunto de brigada. Veía que yo no tenía ni idea de nada y todo ese rollo, pero dijo que le gustaba mi personalidad —Loco Earl da un trago de otra botella de cerveza— ¡Eh, Vaquero, coge

el caballo! ¡Rápido! ¡Mis ladillas están montando un rodeo!

Donlon, el radio, dice:

—Espero que nos quedemos aquí. El combate en la calle es pelea limpia. Aquí les vemos. Estamos a cubierto, tenemos provisiones y hasta algunos sitios donde hay trincheras sin cavar un agujero. Sin arrozales donde tienes que nadar en agua asquerosa. Sin hundir el pie. Sin jodida selva. Ni sanguijuelas que caen de los árboles.

Loco Earl tira al aire una botella de cerveza que traza un arco y se hace añicos contra un muro derruido.

—Afirmativo, pero volamos todos esos altares y templos y luego los babosos tienen cantidad de sitios donde esconderse y hay que sacarlos de la madriguera.

Todo el mundo está un poco curda. Loco Earl suelta una larga y detallada batallita sobre que las tribus de montagnards¹⁹ son en realidad vietcong prehistóricos.

—Dijimos que nuestras bombas les iban a devolver a la Edad de Piedra, y nosotros no mentimos.

Vaquero sugiere que los montagnards son realmente indios vietcong y que el secreto para ganar la guerra es entregar a cada abuelo un caballo. Entonces Victor Charlie tendría que patear mientras que los marines irían montados.

Loco Earl pasa el brazo por los hombros del hombre que está a su lado. El hombre tiene una redecilla de camuflaje que le cuelga encima de la cara, una cerveza en la mano, un montón de dinero en las rodillas.

—Éste es mi colega —dice Loco, apartando la maleza de la cara del hombre—. Esta fiesta es la suya. Es el invitado de honor. Hoy es su cumpleaños.

Volatín me mira, con la boca abierta. «Sargen...».

¹⁹ Pueblo montaraz que habita en la frontera entre Vietnam, Laos y el noreste de Camboya.

—No me llames sargen.

El hombre que está al lado de Loco Earl está muerto. Es un cabo norvietnamita, un chico asiático de buena presencia, unos diecisiete años y pelo muy corto, negro como tinta.

Loco Earl abraza al cabo norvietnamita. Hace una mueca.

—Le he echado a dormir. —Se lleva el índice a los labios y susurra—: Chsss. Está descansando.

Antes de que Volatín tenga tiempo de empezar a hacer preguntas, Fiera y otro marine se acercan trotando por la carretera. Entre los dos transportan una caja grande de cartón. Dejan la caja en el suelo y meten la mano dentro. Nos lanzan bolsas de plástico a cada uno de nosotros.

—¡Provisiones! ¡Provisiones! Golosinas al rojo vivo. ¡A lo grande!

Vaquero coge su bolsa y la rasga.

—¡Raciones extra! ¡Guapísimo!

Cojo mi bolsa y se la enseño a Volatín. Es un rancho cojonudo, Volatín. Los de tierra zampan esta mierda a montones. Añade agua y es comida de verdad.

El teniente Retaco dice:

—Vale, Fiera, ¿dónde has ligado ese rancho?

Fiera escupe. Abre la boca y enseña dientes cariados.

—La he robado.

—La he robado, señor.

—Sí, la he robado... señor.

—Eso es pillaje. Fusilan a la gente por eso.

—Se lo he robado a Tierra... señor.

—Guapísimo. Es parte de tu deber de marine hostigar a los cuerpos hermanos. Adelante.

Vaquero toca al marine que ha ayudado a Fiera a transportar

la caja.

—Éste es T. H. E. Piedra. Hazle famoso. Lleva esa piedra en el cuello para que cuando los babosos se lo carguen sepan quién es.

T. H. E. Piedra sonrío.

—Puto alcohólico. Ojalá dejaras de contar a la gente lo de mi piedra.

Tira hacia arriba de un cordón de cuero y nos enseña la piedra. Es cristal de cuarzo montado sobre latón.

Fiera apoya su metralleta M-60 contra una pared y se sienta, con las piernas cruzadas.

—Tío, casi me como un coño.

—Afirmativo —dice Piedra—. Fiera ha estado persiguiendo a una chavala cong con la polla fuera...

El teniente Retaco saca su cuchillo de la funda y corta un cacho de un cartucho de explosivo plástico C-4. Mete el pedazo en un pequeño hornillo que ha confeccionado practicando agujeros de aire en una lata vacía de ración C. Enciende una cerilla y prende el C-4. Llena otra lata con agua de su cantimplora y luego la sostiene encima de la llama azul.

—Fiera, ya sabes lo que te dije la semana pasada.

Un Phantom F-4 ruge arriba y descarga unos cuantos cohetes sobre la Ciudadela. Las explosiones estremecen el suelo.

Piedra mira a Fiera mientras explica:

—Era una cría, señor. Trece o catorce.

Fiera enseña los dientes, escupe.

—Si es bastante mayor para sangrar es bastante mayor para matar.

Retaco mira a Fiera, pero no dice nada. Saca una cuchara blanca de plástico del bolsillo de su camisa y la mete en la lata de agua hirviendo. Luego saca del bolsillo de la cadera

un paquete de cacao envuelto en papel de estaño, lo rasga y vierte el polvo marrón en la lata. Agarra la cuchara blanca de plástico y empieza a remover lentamente el chocolate caliente.

—Fiera, ¿me oyes? Te estoy hablando.

Fiera mira al teniente. Dice:

—Sólo estaba haciendo el chorra, teniente.

Retaco remueve su chocolate caliente. Yo digo:

—Fiera, ¿cómo es posible que te creas cojonudo?

Fiera me mira, sorprendido.

—Oye, cabronazo, ni te atrevas a hablarme. No eres un abuelo. ¿Quieres que te rompa la cara? ¿Buscas camorra?

Cojo mi M-16.

Fiera alarga la mano hacia su M-60.

Vaquero dice:

—Tío, si hay algo que no aguanto es la violencia. Si tienes que cargarte a Fiera, eso es guapísimo. A nadie le gusta Fiera. Ni siquiera a él, jodé. Pero tiene que ser con un arma de verdad, no con ese juguete 3VH6. —Desengancha una granada fragmentaria de su chaleco antibalas y me la lanza—. Toma. Usa esto.

Atrapo la granada. La tiro unas cuantas veces y la atrapo en el aire, mirando a Fiera.

—No, voy a agenciarme una M-60 y luego este cabronazo y yo vamos a tener un duelo...

Retaco interrumpe:

—Cierra el pico, Chistoso. Escucha bien, Fiera. Molestas a otra niña y yo me guardo esta barra de plata en el bolsillo y tú y yo llegamos a las manos.

Fiera rezonga, escupe, coge una botella de pis de tigre. Encaja un diente en el tapón de metal e impulsa hacia arriba la

botella. El tapón cae. Da un trago, luego me mira. Murmura: «Muñeco de mierda...». Da otro par de tragos y luego dice, muy alto:

—Vaquero, ¿te acuerdas de cuando Khe Sanh nos tendió aquella emboscada en forma de L y liquidamos a aquella brigada del NVA? ¿Te acuerdas de aquella perra cong que les mandaba? Era mucho más joven que la que he visto hoy. — Da otro trago—. Tampoco me tiré a aquélla. Pero vale. Vale. La borré del mapa a la mamona. —Eructa. Me mira y suelta una sonrisa despectiva—. Afirmativo, muñeco. La borré del mapa.

Alice me enseña un collar de huesecitos y trata de convencerme de que son huesos mágicos vudú de Nueva Orleans, pero a mí me parecen huesos secos de gallina.

—Somos... animales —digo.

Al cabo de unos minutos Loco Earl dice:

—Los abuelos no son animales. Hacemos nuestro trabajo y se acabó. Nos disparan y fallan, disparamos y les damos. Los babosos son abuelos como nosotros. Tienen a sus milis muñecos mandando en su país y nosotros a los nuestros mandando en el nuestro. Pero por lo menos los babosos son abuelos, igual que nosotros. Los vietcong no. Los vietcong son mamasans con carabinas oxidadas. Con los NVA, tío, nos entendemos. Nos matamos mutuamente, claro está, pero somos colegas. Somos duros. —Tira al suelo una botella vacía de cerveza y coge su escopeta de aire comprimido. Dispara a la botella y la bala rebota en el cristal con un débil ping—. Me encantan esos bastardos comunistas, tío. Me encantan. Los abuelos comprenden a los abuelos. Estamos viviendo días grandes, tío. Somos gigantes verdes que se pasean por el país con armas. La gente que hoy nos cargamos aquí son la mejor gente que vamos a conocer en nuestra vida. Cuando volvemos al Mundo vamos a echar de menos a esa gente a la que vale la pena disparar. Debería haber un gobierno para

abuelos. Los abuelos podrían arreglar el mundo. No he conocido ninguno que no me gustara, aparte de Fiera.

—Ni de coña —digo—. Sería demasiado. Es mejor que salvemos a Vietnam de la gente que vive aquí. Nos quieren, por supuesto; si no, los liquidamos. En cuanto les tienes cogidos por las pelotas lo demás viene solo.

Donlon dice:

—Bueno, somos ricos y tenemos mogollón de cerveza y mogollón de jamada. Lo único que nos falta es el número de Bob Hope. Venga, Chistoso.

Me levanto. La cerveza se me ha subido a la cabeza.

—Yo hago de Bob Hope.

Titubeo. Me toco la cara.

—Coño, no tengo la nariz bastante larga.

Risas débiles.

A cien metros de distancia una ametralladora pesada vomita una larga ráfaga. Le replican, dispersas, armas de fuego ligeras.

Hago imitaciones.

—Soy Bob Hope, amigos. Seguro que me recordáis todos. He salido en algunas películas de Bing Crosby. Bueno, he venido a Vietnam a haceros pasar el rato. La gente de allí no se preocupa de repatriaros para que no palméis, pero os manda cómicos para que por lo menos os muráis de risa. Así que sabéis ese del veterano de Vietnam que vuelve a casa y dice: «¡Mira, mami, sin manos!».

La brigada se ríe. Dicen: «¡Imita a John Wayne!».

Poniendo voz de John Wayne, cuento a la brigada un chiste:

—Paradme si lo sabéis. Había un marine típico, medio robot (raro, pero cierto), y cada movimiento parecía arrancado del

dolor, como de una piedra. Le habían machacado y destrozado el pellejo. Pero él se reía y decía: «Bueno, ya me han machacado antes». Y, efectivamente, tenía un corazón de oso. Le funcionaba semanas después de que los médicos lo habían diagnosticado roto. El corazón le pesaba media libra. Bombeaba cien mil galones de sangre caliente a través de cien mil millas de venas, y bombeaba fuerte, con tanta fuerza durante doce horas como para levantar un palmo del suelo un furgón de sesenta y cinco toneladas. Decía: el mundo no va a poder con un corazón tan fuerte, decía. De su pijama azul limpio colgaban muchas medallas. Era una historia ambulante, en el taller de reparaciones. El tío le echaba cojones y resistía bien. Una noche, en Japón, la vida se le escapó del cuerpo (negro) como un signo de interrogación. Si no pierdes la cabeza cuando otros están perdiendo la suya, quizá has analizado mal la situación. Paradme si lo sabéis...

Nadie dice nada.

—La guerra me está quitando el sentido del humor —digo. Me acuclillo.

Vaquero asiente.

—Ahí está. Lo único que hago es contar los días, nada más que contarlos. Cien días y un despertar y estaré a bordo del Pájaro Grande, volando de vuelta al Mundo, a casa, al país de las grandes cantinas, al estado de la Estrella Solitaria²⁰. Y llevaré medallas. Y no estaré jodido. No, cuando estás jodido te mandan a Japón. Vas a Japón y los médicos te dan la licencia total, a lo que queda de ti y todo ese rollo.

—Prefiero estar muerto —digo—. Contrata a los inválidos... hace gracia mirarlos.

Vaquero sonrío.

T. H. E. Piedra dice:

²⁰ The Lone Star State, es decir, Texas.

—Mi madre me escribe un montón de cartas hablando de lo valiente que es su chico. Piedra no es un chico; es una persona. —Bebe cerveza—. Sé que soy una persona porque sé que no existe Santa Claus. Sé que no existe el pato Donald. ¿Sabéis? En el Mundo creíamos que el futuro está siempre seguro en una cajita de oro en alguna parte. Bueno, yo viviré eternamente. Yo soy la Piedra.

Loco Earl gruñe.

—Eh, patrón, ¿qué tal si metemos un poco de hierba en tu escopeta y la fumamos por el cañón?

Retaco mueve la cabeza.

—No podemos, Loco. Nos vamos en seguida.

Donlon está hablando por el microteléfono.

—Señor, el oficial al mando quiere el seis.

Donlon pasa el micro a Retaco. El teniente habla con Delta Seis, el oficial al mando de la Delta uno-cinco.

—Chungo. Justo cuando estábamos pasándolo de puta madre —dice Loco Earl—. Justo cuando estábamos de escaqueo un rato...

El teniente Retaco se levanta y empieza a cargar su equipo.

—Andando, ricachones. En marcha. Loco, levanta a tu gente.

—Andando, andando.

Todos nos levantamos, menos el cabo del NVA que se queda sentado, con una cerveza en la mano, un montón de dinero en las rodillas y sus labios partidos que dibujan una mueca de muerte.

Alice se adelanta con un machete en la mano y un macuto de lona azul en la otra. Se arrodilla. De dos tajos corta los pies del cabo. Coge cada pie por el dedo gordo y los deja caer en la bolsa azul.

—Este tío era cojonudo. ¡Gran magia!

Los abuelos guardan botellas de cerveza, piastras, ratas y recuerdos robados en sus amplios bolsillos abultados, en macutos de campaña de la marina y en mochilas del NVA requisados de los abuelos enemigos que han matado. Los abuelos recogen sus armas.

Andando. Andando. Camino detrás de Vaquero. Volatín va detrás de mí.

Digo:

—Bueno, supongo que esa Ciudadela de mierda va a ser un rollo chungo. Podría ser peor. Por lo menos no es Parris Island.

Vaquero sonrío entre dientes. Dice:

—Ahí está.

Vemos los grandes muros de la Ciudadela. Con sus murallas zigzagueantes de nueve metros de alto y dos cuarenta de ancho, rodeada por un foso, la fortaleza parece un castillo anti-guo de un cuento de hadas acerca de dragones que custodian un tesoro, caballeros en blancos caballos y princesas en apuros. El castillo es de piedra negra contra un cielo frío y gris; sombras vivientes pueblan las torres oscuras.

La Ciudadela es en realidad una pequeña ciudad amurallada, construida por ingenieros franceses para proteger el hogar de Gia Long, emperador del imperio anamés. Cuando Hue era la capital imperial, la Ciudadela defendía al emperador, a la familia real y el antiguo tesoro de la Ciudad Prohibida de las incursiones de los piratas del mar del sur de China.

Somos muchachotes blancos de América, con cascos de acero y pesados chalecos antibalas, provistos de armas magníficas, que asedian un castillo de los tiempos modernos. El uno-cinco ha cambiado mucho desde los días en que fue el primer batallón en pisar la playa de Guadalcanal.

Pasan pájaros de metal, centelleantes, y cagan huevos de acero sobre todo el lugar. Phantom F-4 sueltan napalm, explosivos y *Willy Peter*: fósforo blanco. Nos expresamos con bombas; estamos escribiendo nuestra historia sobre bloques de piedra desmigados.

Dentro de la Ciudadela se alzan rosas negras de humo.

Trotamos en fila india por ambos lados de la carretera, a veinte metros de distancia entre un hombre y otro. Las líneas se disgregan y se tuercen cuando los fusiles se amartillan y los cerrojos alojan cartuchos en la recámara. Los seguros se abren con un chasquido. Los pulgares mueven los selectores hasta la posición de fuego automático. Los marines armados de M-14 calan la bayoneta.

Las metralletas comienzan a teclear la historia. Primero nuestras armas, después las suyas. Francotiradores sobre la muralla disparan una bala aquí y allí, apuntando hacia nosotros.

La guerra es un catálogo de sonidos. El oído dirige nuestros pasos.

Una bala penetra en una pared.

Alguien empieza a cantar:

MIC... KEY... MOUSE.

Las ametralladoras están intercambiando un fuego regular ahora, como viejos amigos en conversación. Ruidos sordos y secos puntúan el ritmo de las balas.

Los tiradores emboscados nos apuntan. Cada tiro se convierte en una palabra pronunciada por la muerte. La muerte nos está hablando. La muerte quiere contarnos un secreto divertido. Puede no gustarnos ella, pero a ella le gustamos. Victor Charlie es rudo, pero jamás miente. Las armas dicen la ver-

dad. Nunca dice: «Era una broma». La guerra es fea porque la verdad puede ser fea y la guerra es muy sincera.

Digo en alto:

—Tú y yo, Dios, ¿vale?

Transmito instrucciones selladas a mi propia Área Táctica de Responsabilidad, que se extiende hasta los perímetros de mi piel. Queridos pies, avanzad de puntillas entre los tulipanes. Huevos, quietos donde estáis. Piernas, no hagáis el John Wayne. Mi cuerpo es utilizable. Me propongo mantenerlo en el excelente estado en que me lo dieron.

En el silencio de nuestros corazones hablamos con nuestras armas, hombres lobo; nuestras armas responden.

Vaquero está escuchando mientras cuchicheo conmigo mismo.

—¿John Wayne? Eh, Chistoso tiene razón. Esto no es de verdad. Es una película de John Wayne. Chistoso puede ser Paul Newman. Yo hago un caballo.

—Sí.

Loco Earl dice:

—¿Puedo ser Gabby Hayes?

—¡Piedra puede hacer de piedra! —dice Donlon, el radio.

—Yo hago de Ann Margret —dice Alice.

—Y Fiera de búfalo rabioso —dice Stutten, capo del tercer piquete.

Los muros son asaltados por carcajadas de hombre lobo.

—¿Quiénes hacen de indios?

Los pequeños enemigos reclaman el papel; balas de ametralladora desgarran una pared, a estribor.

El teniente Retaco convoca a sus jefes de brigada con una señal de la mano; levanta la mano derecha y la gira. Tres jefes de brigada, entre ellos Loco Earl, trotan hacia él. Retaco les

habla, señala la muralla. Los jefes de brigada trotan de regreso hacia sus hombres para conferenciar con sus jefes de pi-
quete.

El teniente Retaco toca un silbato y todos echamos a correr perdiendo el culo. No queremos hacerlo. Todos tenemos mie-
do. Pero si te quedas atrás te quedas solo. Tus amigos corren; tú corres también. Ya no eres una persona. Ya no tienes que ser quien eres. Eres parte de un ataque, un objeto verde en una fila de objetos verdes, que corre hacia una brecha en la muralla de la Ciudadela, que corre entre un fuerte ruido y metal que estalla, que corre y corre y corre... no miras atrás.

Trotamos, hombres lobos con armas, jadeantes. Corremos como impacientes por adentrarnos en la oscuridad que se está abriendo para tragarnos. Algo salta y ya estamos más allá del punto sin retorno. Atravesamos la muralla rota. Corremos rápido y no vamos a parar. Nada puede pararnos.

El aire se desgarrar.

El suelo se mueve debajo de nuestros pies. El asfalto te aspira los pies como arena de una playa.

Balas trazadoras verdes rajan el cielo.

Balas barren la calle. El impacto de las balas es el sonido de una nidada de codornices que alza el vuelo. Y chispas. Sientes el choque de balas que perforan paredes. Lascas de piedra se te clavan en la cara.

La gente te dice lo que tienes que hacer.

Muévete, muévete, muévete. Si dejas de moverte, si dudas, se te para el corazón. Tus piernas son máquinas que te dan cuerda como un juguete mecánico. Si tus piernas dejan de moverse, el muelle tenso se para y caerás al suelo, un muñeco inmóvil.

Te sientes como si pudieras dar la vuelta al mundo corriendo. Ahora el asfalto es un trampolín y eres rápido y ágil, un gato verde de selva.

Sonidos. Cartón que se rasga. Colisiones de frente. Trenes que descarrilan. Muros que se derrumban sobre el mar.

Avispones de metal zumban arriba.

Imágenes: los ojos oscuros de cañones; los fríos ojos de cañones. Imágenes que parpadean y se borran, una pared, hombres diminutos, bloques de piedra desmigados.

Muévete, muévete, muévete...

Tus pies te suben... te suben... sobre el escombros de la pared... arriba... arriba... te está gustando... escalar, no eres humano, sino un animal, te sientes un dios... gritas: ¡MORIR! ¡MORIR! ¡MORIR, CABRONAZOS! ¡MORIR! ¡MORIR!

Los avispones intentan abalanzarse en tromba; tú los espantas.

Las botas trituran piedra en polvo. El equipo chasquea, resuena, repiquetea. La gente maldice.

—Oh, ostia.

Muévete.

Tu camisa de *boy scout* está empapada de sudor. El sudor salado te entra en los ojos y en los labios. Tu dedo índice derecho está sobre el gatillo de tu M-16. Ahí voy, te dice, ahí voy con un fusil lleno de balas. ¿Cuántas me quedan en el cargador? ¿Cuántos días hasta mi licencia? ¿Llevo demasiado equipo? ¿Dónde están? ¿Y dónde coño tengo los pies?

Una cara. La cara se mueve. Apuntas el arma. Tu M-16 automático vibra. La cara ha desaparecido.

Muévete.

Y entonces tus pies ya no pisan suelo y te preguntas qué te está ocurriendo. Tu cuerpo se relaja, luego se pone rígido. Oyes el sonido de un cuerpo humano en erupción, el feo sonido de un cuerpo humano que está siendo descuartizado por metal a gran velocidad. Las imágenes que parpadean delante

de tus ojos pasan a cámara lenta, como una película muda sobre una bobina defectuosa. El arma te vuela de las manos y de repente estás solo. Estás flotando. Arriba. Arriba. Un muro de sonido te está levantando. Las imágenes parpadean cada vez más aprisa y de pronto el carrito se parte y el muro de sonido se desploma de golpe; un sonido total, terrible. El suelo es enorme cuando caes. Te fundes con la tierra. Tu chaleco antibalas amortigua en gran medida el impacto. El casco se escapa de tu cabeza y rueda. Estás de espaldas, aplastado por el sonido. Piensas. ¿Esto es el cielo?

—¡SANIDAD! —dice alguien, a lo lejos—. ¡SANIDAD!

Estás de espaldas. Alrededor, unas botas bailan, aporreando, crujendo. Terrones y cascotes caen del cielo, te entran en la boca, en los ojos. Escupes piedra. Levantas una mano. Intentas decir a las botas que machacan: eh, no me piséis.

Tienes las palmas calientes. Tienes las piernas rotas. Con una de las manos te palpas la cara, los muslos, te tocas las tripas rotas en busca de cavidades tibias y mojadas.

Tu reacción ante la muerte es solamente una curiosidad muy intensificada.

En tu muerte eres un cartel de reclutamiento clavado en una pared negra:

**EI CUERPO DE MARINES CONSTRUYE HOMBRES:
CUERPO-MENTE-ESPÍRITU.**

Sientes que te fragmentas en tres pedazos... oyes voces extrañas...

—¿Qué pasa? —dice una voz, confusa y asustada—. ¿Qué pasa?

—¿Quién está ahí?

—¿Qué?

—¿Quién está ahí?

—Soy Mente. Tú eres...

—Afirmativo. Soy su Cuerpo. No me siento bien...

—Es totalmente absurdo —media una voz—. Eso es imposible.

—¿Quién ha dicho eso? —pregunta Mente—. ¿Has sido tú, Cuerpo?

—Lo he dicho yo, idiota. Puedes llamarme Espíritu.

Cuerpo sonrío con desprecio.

—No creo en ninguno de los dos.

Mente habla despacio:

—Procuremos ser lógicos. Nuestro hombre ha caído. Tenemos que organizamos.

Cuerpo gimotea.

—Oye, tíos, soy yo el que está tendido, no vosotros. No sabéis qué se siente.

Mente dice:

—Mira, subnormal, los tres estamos en el ajo. Si él casca, cascamos.

—¿Es él...? —Cuerpo no puede decir palabra—. Tengo que sobrevivir.

—No —declara Mente—. No necesariamente. Ellos juegan a este juego. No estoy seguro de que nos dejen intervenir.

Cuerpo está aterrado.

—¿Qué clase de juego?

—No lo sé seguro. Algo sobre reglas. Tienen cantidad de reglas.

—Este tío me está jodiendo —dice Espíritu—. Yo no vuelvo.

Mente dice:

—Tienes que volver.

—Al contrario —dice Espíritu—. Yo hago lo que quiero. Vosotros dos no tenéis ningún control sobre mí.

—Olvídale —dice Cuerpo.

Mente insiste.

—Pero Espíritu tiene que volver con nosotros.

—No. No le necesitamos.

Mente analiza la situación.

—Quizás Espíritu tiene un argumento válido. Quizá yo tampoco debería volver.

Cuerpo, frenético:

—¡No! POR FAVOR...

—Sí, en realidad, si no volviéramos no ganaríamos nada. Nuestras acciones no influirían en su juego, de todos modos. La pérdida de un hombre no cambiará el juego en un sentido o en otro. Además parece que perder hombres es el quid del juego. Tenemos que ser prácticos. Vamos, Cuerpo, volvemos.

Espíritu dice:

—Me echaréis de menos... algún día.

En tu muerte llamas al capellán Charlie. Conociste al capellán de la Armada cuando le hiciste una entrevista para un artículo que estabas escribiendo. El capellán Charlie era un mago aficionado. Entretenía con su magia a los marines en la enfermería, y administraba torniquetes espirituales a hombres que seguían con vida, pero inermes. A niños brutales y ateos les hablaba de que Dios es misericordioso, a pesar de las apariencias, de que a los Diez Mandamientos les falta detalle porque cuando estás escribiendo sobre tablas de piedra con relámpagos tienes que ser breve, de que el mundo libre derrotará al comunismo con la ayuda de Dios y unos cuantos mari-

nes, y de peces gratis. Un día un niño vietnamita amañó la bolsa negra de trucos del capellán Charlie. El capellán metió la mano dentro y sacó una brillante pelota de muerte...

Una mano te sujeta contra el suelo. Te preguntas si deberías hacer algo respecto a tus piernas rotas. Piensas que es posible que no tengas piernas. Te aplastan toneladas de agua oceánica, oscura, fría y poblada de monstruos. Intentas levantar la cabeza. Manos te sujetan. Forcejeas. Catapultas los brazos. Manos fuertes te palpan en busca de lesiones.

—Piernas...

En el suelo, a tu lado, hay un marine sin cabeza. Muestra A, anteriormente una persona, ahora ochenta kilos de carne fracturada. El marine sin cabeza está de espaldas. Le han extirpado de cuajo la cara. La cima de su cráneo ha sido arrancada, con el cerebro blando dentro. La mandíbula y los dientes inferiores están intactos. En las manos del marine decapitado hay una metralleta M-60, bloqueada para siempre por el *rigor mortis*. Tiene el dedo en el gatillo. Sus botas de lona están llenas de barro.

Miras el barro seco de las botas del marine sin cabeza y te quedas atónito al comprobar que sus pies se parezcan tanto a los tuyos.

Alargas la mano. Tocas la mano muerta.

Sientes un cosquilleo en el brazo.

De repente te encuentras muy cansado. Respiras fuerte después de tanto correr. Tu corazón late tan fuerte que parece que quiere huir de tu cuerpo. En el centro de tu corazón hay un orificio de bala con forma de estrella.

Unas manos te tocan. Manos suaves.

—Estás bien, chaval. No te apures. Soy Doc Jay. ¿Me oyes? Puedes confiar en mí, marine. Tengo manos mágicas.

—No —dices—. ¡No!

Intentas explicar a las manos que una parte de ti se ha perdido. Quieres que las manos busquen la parte que falta; no quieres quedarte sin ella. Pero no puedes hablar. Tu boca no funciona.

Duermes. Confías en las manos que te sujetan, que te están levantando.

—Eh, cuerpo a tierra, soldadito, nos mudamos.

—¿Qué?

Reconozco la habitación en que estoy. La recuerdo de una visita anterior a Hue. Estoy en el Palacio de la Paz Perfecta, en la Ciudad Prohibida.

Vaquero me pega en el brazo.

—Vale, Chistoso, deja de actuar. Sabemos que no estás muerto.

Me incorporo. Estoy en una camilla de lona.

—Ahí está. ¡Lo he conseguido! ¡Cojonudo! Mi primer corazón.

Volatín dice:

—¿Un Corazón Púrpura?

Vaquero se ríe.

—Un mal trago, muñeco. No hay corazón.

Me recorro con las manos.

—¿Dónde me han dado?

—Has estado horas sin conocimiento —dice Volatín—. Doc Jay dice que una B-40 te lanzó por los aires. Una granada propulsada por cohete. Pero sólo has sufrido conmoción cerebral. Algún otro tío se llevó la metralla.

—Bueno —digo—, eso suena a cosa de milis.

Fiera gruñe y escupe. Fiera escupe cantidad porque cree que

así parece un tipo duro.

A los milis nunca se los cargan. Sólo los que yo mando al otro barrio.

Donlon da un paso hacia Fiera. Donlon mira fijamente a Fiera. Empieza a decir algo, pero decide no hacerlo.

Volatín dice:

—Doc Jay te ha dado morfina. Intentaste noquearle.

—Ahí está —digo—. Hasta inconsciente tengo mala leche. Pero es muy buen rollo, esa morfina.

Vaquero se aprieta contra la nariz las gafas grises de la marina.

—Yo también me metería un pico. Ojalá pudiéramos fumar algo de hierba.

Yo digo:

—Eh, colega, ¿quién te está jodiendo?

Vaquero mueve la cabeza.

—Se han cargado a los seis —Vaquero saca un pañuelo rojo del bolsillo de atrás y se limpia la cara mugrienta—. El radio del pelotón cayó. Un palurdo de Alabama. No me acuerdo de su nombre. Un francotirador le dio en la rodilla. El patrón fue por él. Le cazó una granada. Una granada les cazó a los dos. Por lo menos... —Vaquero se vuelve y mira a Fiera—. Por lo menos es lo que dice Fiera, y él iba a la cabeza.

Sacudo la telaraña que cubre mi cabeza y recojo mi equipo.

—¿Dónde está mi juguete?

Vaquero me ofrece un fusil.

—El tuyo se jodió. Usa esto.

Me pasa una bolsa de lona que contiene media docena de cargadores.

Examino el arma.

—Este chisme es anticuado.

Vaquero se encoge de hombros.

—Se lo he ligado a un tanquista que palmó —Vaquero se rasca la cara—. Tengo un cuchillo nuevo. Donlon se ha agenciado la pistola de Retaco.

—¿Dónde está Loco?

Vaquero me lleva fuera y me enseña una larga hilera de bolsas de cadáveres y ponchos repletos de desechos humanos.

Miramos el cuerpo de Loco y Vaquero dice:

—Hizo de John Wayne. Al final se volvió loco. Disparó cojinetes contra una ametralladora amarilla. Los balines rebotaron en los artilleros enemigos. Tendrías que haberlo visto. Loco se reía como un chaval feliz. Luego la ametralladora lo despachó al otro barrio.

Asiento.

—¿Alguno más?

Vaquero verifica su arma, pasa el cerrojo para ver si se desliza suavemente.

—Piedra. Un francotirador. Le voló la cabeza. Ya te contaré. Ahora mismo hay algo que hacer. Tenemos que encontrar a ese tirador. Yo mismo me voy a cargar a ese baboso hijo de puta. Piedra ha sido el primero que ha cascado desde que mando la brigada. Soy el responsable de él.

Alice trota por la carretera.

—El francotirador sigue allí todavía. No se le ve, pero está.

Vaquero no dice nada: está mirando a la larga hilera de bolsas de cadáveres. Avanza unos pasos. Camino a su lado.

Retaco ya no parece un oficial. Está desnudo, de bruces sobre un poncho ensangrentado. Tiene la piel amarilla. Los ojos están secos en sus cuencas. Muerto, Retaco es simplemente otro cuerpo perforado.

Vaquero baja la mirada hacia Retaco. Se quita su Stetson manchado de barro.

Donlon se acerca a Retaco. Hay lágrimas en sus ojos. Manosea su pañuelo. Dice:

—Somos marines salvajes, señor.

Se marcha aprisa, manoseando el pañuelo.

Alice se acerca a la hilera de bolsas y asesta una patada al cadáver de Retaco.

—Tranquilo, colega.

La brigada desfila por delante.

Me arrodillo. Extiendo el poncho sobre el cuerpo pequeño de Retaco. Siento una gran necesidad de decirle algo al bulto de plástico verde con los pies humanos. Digo:

—Bueno, usted no ha llegado, señor, porque es bajito.

Pienso en lo que acabo de decir y sé que ha sido estúpido hacer un juego de palabras. Pero cualquier cosa que se pudiese decir a un oficial asesinado por uno de sus propios hombres tendría que ser bastante ridícula.

Volatín y yo trotamos para dar alcance a la brigada.

Pasamos por estanques de lotos fragantes, jardines cuidados, puentes que enlazan pagodas de estructura delicada.

Todo alrededor de los hermosos jardines, helicópteros invisibles quiebran la paz y el silencio como perros peleando en una iglesia.

Vaquero levanta la mano derecha. La brigada se detiene. Alice apunta con el índice a una calle de grandes mansiones.

Vaquero me mira a mí y luego mira a la brigada. Me lleva aparte. Avanzamos unos metros.

—Ese tirador nos atacó desde un cementerio enemigo. Unos tíos del uno-uno nos dijeron que habían encontrado lingotes de oro en el palacio del emperador. Cogieron todos los que

pudieron, y luego nosotros fuimos a coger el resto. —Se seca el sudor de los ojos—. Piedra iba delante. El francotirador le alcanzó en los pies. Después le remató. La brigada Hardass salió a recogerlo, uno a la vez. El baboso les voló a todos los pies. Estábamos escondidos detrás de las tumbas, esas tumbas viejas y redondas como montículos de béisbol, y había nueve abuelos al fondo de la calle —Vaquero saca un fular rojo del bolsillo de atrás y se seca la cara sudorosa—. Retaco no nos dejó ir a recogerlos. Se mordió las tripas, pero nos contuvo. Entonces el tirador empezó a volar dedos de las manos, de los pies, orejas, todo. Los tíos de la calle estaban llorando y suplicando y todos estábamos aullando como animales, pero Retaco nos contuvo. Entonces Fiera se levantó para ir por ellos y el patrón le agarró por el cuello y le pegó en la cara. Fiera se puso tan furioso que creí que nos mataba a todos. Pero antes de que pudiese hacer algo, el tirador empezó a meter bala en los tíos que estaban en la calle. No falló más que un par de tiros. Le voló la cabeza a Piedra y luego encajó una bala en la cabeza de todos los demás. Todos estaban gimiendo y rezando, y después hubo silencio y estaban todos muertos y nosotros también...

No sé qué decir.

Vaquero escupe, su cara es una piedra sudorosa.

—Después de retirarse el NVA, los milis enviaron a los Panteras Negras *arvins* para tomar la Ciudad Prohibida. Mierda. No quedó nada más que brigadas de retaguardia. Machacamos al NVA y ellos nos machacaron a nosotros, y luego los milis enviaron a los *arvins*. Retaco dijo que era su país, que nosotros sólo estábamos ayudando, dijo que elevaría la moral del pueblo vietnamita. Bueno, que se joda el pueblo vietnamita. Algunos abuelos de la dura y hambrienta compañía Hotel izaron una bandera americana. Como en Iwo Jima. Pero algunos oficiales muñecos les ordenaron arriarla. Los pringaos tuvieron que izar la asquerosa bandera vietnamita, que es

amarilla, el color más propio para esos gallinas de mierda. Nos están exterminando en esta ciudad. Y ni siquiera podemos izar una puta bandera. No aguanto este rollo, tío. Mi trabajo consiste en devolver a mi gente al Mundo en una pieza —Vaquero tose, escupe, se limpia la nariz con el dorso de la mano—. Bajo el fuego, son los mejores soldados del mundo. Lo único que les falta es que alguien les tire granadas de mano el resto de su vida... Esos tíos dependen de mí. No puedo mandar a mi gente a que cace a ese francotirador, Chistoso. Podría perder la brigada entera.

Espero hasta que estoy seguro de que Vaquero ha terminado de hablar y digo:

—A mí me suena a problema personal, Vaquero. No puedo decirte lo que tienes que hacer. Si yo fuese un ser humano en lugar de un marine, a lo mejor podría. —Me rasco el sobaco—. Tú eres el capo. Tú eres el sargento y tú das las órdenes. Tú tomas las decisiones. Yo nunca podría. No podría dirigir una brigada. Yo qué sé, colega. Simplemente no tengo huevos.

Vaquero lo piensa. Luego enseña los dientes.

—Tienes razón, Chisto. Caraculo. Tienes razón. Tengo que enrollarme por mi cuenta. Ojalá estuviese aquí el sargento Gerheim. Él sabría lo que hacer —Vaquero lo piensa. Enseña los dientes—. Mierda. —Regresa hacia la brigada—. Andando...

La brigada vacila. Loco Earl ha sido siempre el encargado de dar las instrucciones.

Fiera se levanta. Encaja su ametralladora M-60 en la cadera. No habla. Mira a las caras sucias de la brigada. Echa a andar.

La brigada recoge su equipo y se pone de pie.

Vaquero mueve la mano y Fiera encabeza la marcha.

Estamos decidiendo la mejor manera de registrar la calle casa por casa cuando oímos el traqueteo de un tanque.

Donlon dice:

—¡Eh, un tanque! Podemos llevarlo a...

—No —dice Vaquero—. ¡Chungo! No necesitamos ninguna ayuda.

—Afirmativo —dice Fiera.

—Un tanque podría liquidarlo por nosotros —digo—. Piénsalo, Vaquero.

Él se encoge de hombros.

—A por él, entonces.

Troto por la carretera al encuentro del tanque.

Rebaso montones de escombros que ayer eran casas y hoy son ladrillos, cascotes y madera astillada.

El tanque se detiene con una sacudida. La torreta gira. El gran cañón de noventa milímetros me tiene en su mira. Por un momento pienso que me va a hacer picadillo.

La mitad superior del jefe de tanque rubio asoma por la escotilla. El teniente lleva un chaleco antibalas y un casco de *rugby* verde oliva con un micrófono a la altura de sus labios. Es un centauro mecánico, mitad hombre, mitad tanque.

Señalo las mansiones y le explico lo del tirador emboscado, lo de que se ha cargado a nuestros tíos y todo ese rollo.

Vaquero se acerca y dice al teniente que «espere un minuto» y que luego empiece a demoler las mansiones, una tras otra.

El teniente rubio guarda silencio. Nos hace la señal de los pulgares hacia arriba.

Vaquero envía al cabo Stutten y a su piquete a rodear por detrás de la fila de mansiones.

Fiera instala su M-60 sobre una pared baja y abre fuego, ametrallando casas al azar. Cada quinto cartucho es una bala

trazadora.

El tanque rueda hasta la primera mansión.

Los demás trotamos por un callejón y cruzamos la carretera a doscientos metros calle abajo, al final de la calle de mansiones.

En el extremo opuesto de la calle se ha situado el tanque. Dispara una andanada de explosivos. La planta superior de la primera casa se derrumba. El techo se desploma.

Fiera continúa disparando desde su posición, cerca del tanque.

Vaquero trota hasta la primera casa de nuestro extremo de la calle. Avanza cautelosamente hasta la esquina trasera de la casa, asoma la cabeza. Espera a que el cabo Stutten lance la señal de humo verde indicando que sus tiradores están en posición de bloqueo.

Esperamos.

Cuando empieza a ascender humo verde desde una zanja de alcantarillado, detrás de la primera casa al fondo de la calle, Vaquero mueve la mano y todos abrimos fuego contra la primera casa en nuestro extremo de la calle. Uno por uno cruzamos corriendo la calle hasta la primera casa y nos reunimos con Vaquero.

Él mueve la mano desde la esquina y los tiradores del cabo Stutten abren fuego con sus armas en pleno dispositivo automático, proyectando cientos de balas de gran velocidad, con funda de cobre, contra la parte trasera de la primera casa en el extremo que ocupan de la calle.

Fiera continúa barriendo la fachada de todas las mansiones con su ametralladora negra de acero.

El tanque dispara una segunda andanada. Vuela la planta baja de la primera casa. El tanque avanza veinte metros, se detiene, dispara de nuevo. El segundo piso de la segunda casa

explota.

Vaquero nos guía al interior de la mansión de nuestro extremo de la calle. Dentro, saltamos como ranas de un rincón a otro. Vaquero abre una granada y la lanza al interior de una cocina. La detonación sacude toda la casa y nos ensordece los oídos.

Volatín da un paso adelante. Hace gestos a Vaquero, le señala con el pulgar el techo. Vaquero levanta la mano y forma un aro con el pulgar y el índice, «okey». Volatín abre una granada y la arroja por una escalera al segundo piso. La explosión desparrama el yeso sobre nuestras cabezas.

Fuera, calle arriba, el tanque abre fuego.

Vaquero me pega en el pecho con los nudillos. Luego les hace lo mismo a Volatín y a Alice. Apunta a Donlon con su índice derecho y luego apunta al suelo. Donlon asiente con un gesto de cabeza y en silencio empieza a indicar las posiciones que quiere que ocupen los hombres de la brigada.

Vaquero mueve la mano y le seguimos escaleras arriba.

Arriba, Alice rompe de una patada una ventana y todos saltamos al tejado.

El tanque está dos casas más allá. Dispara.

Dejamos en el tejado nuestro equipo y franqueamos de un salto la sima de un metro ochenta entre casas.

Vaquero se pone de pie sobre el tejado de la segunda casa y hace una señal al cabo Stutten, que hace un signo de respuesta con el poncho. Las balas del piquete de Stutten cesan de barrer la parte trasera de la casa en la que estamos.

Troto hasta la fachada y hago una seña con la mano a Fiera. Las balas de la ametralladora de Fiera cesan de hostigar la fachada de la casa.

El tanque dispara. El proyectil estalla. La metralla zumba por

encima de nosotros.

Convergemos hacia una claraboya. Lanzo una granada a través del cristal.

La granada explota en una habitación invisible de abajo. La onda explosiva destroza la claraboya.

Nos descolgamos por el agujero rectangular y caemos en una biblioteca. La metralla ha mutilado libros encuadernados en cuero. Cojo un librito de recuerdo. El autor es Jules Verne; el título está en francés. Guardo el libro en el bolsillo del muslo y meto la mano en la delantera de mi chaleco antibalas en busca de otra granada.

Recorremos la casa, sembrando de explosiones cada pasillo, cada habitación. Pero no encontramos al francotirador.

El tanque dispara al segundo piso de la casa de al lado.

Digo:

—Ni hablar.

Vaquero se encoge de hombros.

—Se ha cargado a Piedra.

Bajo unos peldaños de la escalera. Vaquero levanta la mano.

—Escucha.

La M-60 de Fiera está destripando el tejado que hay encima de nuestras cabezas. Digo:

—¿Está delirando Fiera? ¿Se ha vuelto loco?

Vaquero mueve la cabeza.

—No. Fiera es un cabrón, pero es un buen abuelo.

Volvemos corriendo a la biblioteca.

Arrastramos un pesado escritorio antiguo hasta la claraboya en ruinas y Vaquero se sube encima y se alza hasta el tejado.

El restallido de un fusil de francotirador taladra el compás sordo de la ametralladora de Fiera.

Vaquero cae de la claraboya. Alice, que también se ha subido al escritorio, agarra a Vaquero y le ayuda a tumbarse encima de la mesa.

Cojo una granada. Me subo a la mesa y me agarro al tejado con la mano izquierda. Suelto la espita. La espita hace finng y rueda por el tejado con un sonido metálico. Sujeto el sudoroso óvalo verde durante tres segundos y, aupándome, levanto la mano y lo lanzo hacia atrás, para que ruede por el tejado, directamente encima de nosotros. La granada estalla, desperdigando setecientos cincuenta piezas de alambre de acero por el tejado. El techo se raja. Alice abraza a Vaquero. De mi casco rebotan yeso y astillas.

Volatín se sube al escritorio y se aúpa hasta el techo.

Sorprendido, voy tras él.

El tanque dispara contra la planta baja de la casa de al lado.

Volatín y yo reptamos sobre el estómago por el tejado.

Detrás, Alice está levantando a Vaquero sobre su cabeza, como un luchador, y lo deposita suavemente en el tejado. Luego Alice trepa. Coge a Vaquero en sus brazos como si fuera un bebé enorme.

Doc Jay nos llama desde el tejado de la primera casa.

Alice saca una cuerda de tienda de campaña del bolsillo del muslo y la pasa por debajo de los brazos de Vaquero. Lanza el otro cabo de la cuerda a Doc Jay. Éste la sujeta firmemente y se la ata mientras Alice desciende a Vaquero por el hueco entre ambas casas. Doc Jay tira de la parte floja cuando Vaquero cae. Su cuerpo flácido se balancea y choca sordamente contra la pared, a los pies de Doc Jay. Doc aprieta los dientes e iza a Vaquero. Alice vuelve la mirada hacia mí, pero le hago una señal de que prosiga. Él salta a la primera casa.

Doc Jay reúne todo nuestro equipo. Alice carga a Vaquero sobre el hombro y empiezan a bajar.

Volatín se ha arrastrado hasta la cresta del tejado. Asoma la cabeza por encima.

Bang. Un silbido.

Repto hasta llegar junto a Volatín. Me asomo. Una delgada silueta negra se perfila detrás de una chimenea baja, en la esquina opuesta del tejado.

Oímos el estrépito increíble del tanque que rueda por la calle, abajo. Se detiene.

Fiera y el cabo Stutten cesan el tiroteo.

—Vámonos —digo. Aferró el hombro de Volatín—. El tanque puede cargarse a ese viscoso.

Volatín no me mira. Se aparta bruscamente.

Doy media vuelta y avanzo a gatas hasta el borde del tejado. Me pongo de pie y cuando estoy a punto de saltar al otro lado la casa explota a mis pies.

Caigo.

El francotirador se está moviendo.

Volatín salta por encima del pico del tejado y se desliza por la pendiente sobre el culo.

Intento levantarme. Pero todos mis huesos se han desplazado una pulgada hacia la izquierda.

De repente un pie se posa sobre mi pecho, sujetándome. El francotirador me mira, sorprendido. Ve que estoy indefenso, mira a Volatín, se dispone a saltar al otro tejado.

Volatín vuelve a escalar la pendiente y se desliza sobre el culo, a diez metros de nosotros.

Alargo la mano hacia mi metralleta.

El francotirador se vuelve hacia Volatín y eleva una carabina Simarov SKS.

El francotirador es el primer Victor Charlie a quien he visto sin que estuviese muerto, capturado o a lo lejos, muy lejos. Es

una niña, no tiene más de quince años, un esbelto ángel eurasiático de hermosos ojos oscuros que, al mismo tiempo, son los ojos duros de un marine. No mide más de un metro cincuenta. Tiene el pelo largo, negro y reluciente, sujeto por una cuerda de cuero atada en un lazo. Su camisa y pantalones cortos son caqui, de color mostaza y parecen nuevos. Colgado diagonalmente sobre el pecho, separando sus senos pequeños, lleva un tubo de tela lleno de pegajoso arroz rojizo. Sus sandalias B. F. Goodrich son de neumático viejo recortado. Alrededor de su minúscula cintura lleva un cinturón del que penden granadas de mano de fabricación casera, con asas huecas de madera, fabricadas a base de pólvora negra introducida en latas de coca-cola, y seis bolsas de lona que contienen cargadores circulares para el fusil de asalto AK-47 colgado a la espalda.

Bang. Volatín está disparando su M-16. Bang. Bang.

La muchacha baja el arma. Mira a Volatín. Me mira a mí. Intenta levantar su carabina.

Bang. Bang. Bang. Bang. Bang. Las balas tocan carne. Volatín está disparando. Las balas de Volatín están robando la vida de la francotiradora.

La muchacha cae desde el tejado.

El tanque dispara contra la planta baja que hay debajo de nosotros. La casa se estremece.

Me levanto. Me siento como la mierda de un hombre muerto. Camino hasta la fachada de la casa. Hago una señal al jefe rubio del tanque. El gira una ametralladora de calibre 50 y me apunta. Me muestro plenamente a la vista en el borde del tejado. Le indico un «vía libre».

El teniente rubio levanta los pulgares hacia arriba.

Abro una granada de humo verde y la dejo caer sobre el tejado.

Voy cojeando hasta la claraboya y me descuelgo dentro de la

biblioteca.

Volatín ya ha saltado dentro y baja corriendo la escalera regada de metralla.

Ya en la calle, observo al tanque que rueda hasta la última casa que se mantiene en pie. Indico de nuevo un «vía libre» y el teniente rubio me dedica otra sonrisa y otro gesto de pulgares, y luego el tanque dispara, destruyendo el piso de arriba. Dispara otra vez y destruye la planta baja.

El gran cuerpo mecánico del jefe del tanque ruge de contento y se aleja retumbando.

Vaquero trota a mi encuentro. Me pega en el brazo.

—¡Mira! —Se toca la oreja derecha, con cuidado—. ¡Mira! —Tiene un orificio limpio y redondo en la oreja derecha, y un rasguño semicircular en la cima de su oreja izquierda—. ¿Ves? ¡Un Corazón barato! La bala me ha entrado en el casco por detrás, ha dado toda la vuelta alrededor de la cabeza y luego ha salido y me ha herido en el brazo. —Levanta su antebrazo derecho, que ya está vendado—. ¿Has visto ese tanque? Un encanto.

Doc Jay alcanza a Vaquero, le agarra bruscamente, le derriba. Vaquero se sienta sobre un tocón astillado mientras Doc arranca la tira marrón cerosa de una compresa y se la enrolla alrededor de la cabeza ensangrentada de Vaquero.

Alice y yo damos la vuelta hasta la parte trasera de la casa.

Encontramos a Volatín pendiente de la francotiradora, bebiendo una botella de coca-cola. Hace una mueca. Dice: «Las cosas van mejor con una coca».

Fiera se acerca y Volatín dice:

—¡Miradla! ¡Miradla!

Todos observamos a la francotiradora. Está respirando con gran dificultad. Intestinos que parecen plástico coloreado

asoman a través de orificios de bala. La cara posterior de su pierna derecha y su nalga derecha están desgarradas. Aprieta los dientes y hace un sonido como el de un perro atropellado.

El cabo Stutzen conduce a su piquete hasta la muchacha.

—Mira eso —dice el cabo—. Es una chica. Está reventada.

—¡Miradla! —está diciendo Volatín. Da vueltas alrededor del amasijo gimiente de carne desgarrada—. ¡Miradla! ¿Soy malo? ¿Soy una amenaza? ¿Soy un quitavidas? ¿Un rompecorazones?

Alice se arrodilla, desata el cinturón de la francotiradora y se lo quita por debajo del cuerpo. La muchacha gime. Nos habla en francés. Alice arroja el cinturón ensangrentado a Volatín.

La francotiradora empieza a rezar en vietnamita.

Volatín pregunta:

—¿Qué está diciendo?

Me encojo de hombros.

—¿Qué más te da?

Fiera escupe.

—Va a anochecer. Más vale que volvamos a la zona de la compañía.

Digo:

—¿Qué hacemos con ésta?

—Que se joda —dice Fiera—. Que se pudra.

—No podemos dejarla aquí —digo.

Fiera da un paso de gigante hacia mí y acerca su cara a la mía.

—Oye, gilipollas, Vaquero ha caído. Te has quedado sin amigos, maricón. Yo mando esta brigada. He sido sargento de pelotón antes de que me degradaran. Y digo que la dejamos al cuidado de las ratas.

Volatín se está abrochando su cinturón del NVA. El cinturón tiene una hebilla de color plata pálido con una estrella grabada en el centro.

—Chistoso es sargento.

Fiera está sorprendido. Mira fijamente a Volatín y luego a mí. Luego:

—Menos coña conmigo. Estamos en campaña, mariconazo. Tú no eres un abuelo. Te faltan cojones. Quieres joderme, ¿eh? ¿Quieres camorra?

Digo:

—No mandaré esta brigada ni por un millón de dólares. Simplemente estoy diciendo que no podemos dejarla así.

—Me la suda —dice Fiera—. Si quieres, cárgatela.

—No —digo—. Yo no.

—Entonces en marcha. Andando... ya.

Miro a la chica. Gimotea. Trato de decidir qué querría yo si estuviera tendido, moribundo, malherido, rodeado de enemigos. Le miro a los ojos, intentando encontrar una respuesta. Ella me ve. Me reconoce; soy el que voy a rematarla. Compartimos una intimidad sangrienta. Mientras levanto el arma ella reza en francés. Bang. Una bala le entra por el ojo izquierdo y al salir le arranca la parte posterior de la cabeza.

La brigada guarda silencio.

Luego Alice gruñe, lanza una gran sonrisa.

—Tío, eres un duro. ¿Cómo así no eres un abuelo?

Vaquero y Doc Jay están detrás de mí.

Vaquero dice:

—Fiera, estoy en condiciones. Bien hecho, Chistoso. Eres un duro.

Fiera escupe. Da un paso, se arrodilla, saca su machete. De un enérgico tajo cercena la cabeza de la francotiradora. La

agarra por el largo pelo negro y la mantiene en alto. Se ríe y dice:

—Descansa en pedazos, perra. —Y se ríe otra vez. Gira sobre sus talones y nos acerca a la cara el cráneo ensangrentado—. ¿Duro? ¿Quién es el duro ahora? ¿Quién es el duro, cabrones?

Vaquero mira a Fiera y suspira.

—Chistoso es duro, Fiera. Tú eres sólo un salvaje.

Fiera hace una pausa, escupe, arroja la cabeza a una zanja. Vaquero dice:

—Vámonos. Misión cumplida.

Fiera recoge su ametralladora M-60, se la coloca en los hombros, viene contoneándose hacia mí. Sonríe.

—Mira, Retaco nunca vio la granada que se lo cargó, el puto judío. —Fiera desengancha una granada de mano de la parte delantera de su chaleco antibalas y la aprieta contra mi pecho... fuerte. Mira alrededor, luego me sonrío otra vez—. Mira se descojona de Fiera, cabrón. Nadie.

Engancho la granada en mi chaleco antibalas.

Alice coge el fusil de la francotiradora.

—¡Eh, un *souvenir* cojonudo!

Volatín está junto al cadáver decapitado de la chica. Apunta con su M-16 y dispara una larga ráfaga de fuego automático contra el cuerpo. Después dice:

—Es mía, Alice. —Le quita la carabina Simarov y la examina atentamente. Mira hacia abajo y admira su cinturón nuevo—. Yo le disparé primero, Chisto. Hubiera muerto de todas maneras. Es una baja confirmada para mí.

—Claro, Volatín —digo—. Tú te la has cargado.

—Sí. Me la he cargado yo —dice Volatín—. Yo le he limpiado el puto forro. —Mira otra vez su cartuchera del NVA.

Levanta la carabina Simarov—. ¡Ya verás cuando Talión vea esto!.

Alice está de rodillas al lado del cadáver. Con su machete le corta los pies. Los guarda en su macuto de lona azul. Corta de un tajo el dedo de la chica y saca su anillo de oro.

Esperamos mientras Volatín saca fotografías de la muerta y esperamos mientras Alice saca fotos de Volatín, que posa con su carabina Simarov apoyada en la cadera y el pie encima de los restos mutilados de la francotiradora enemiga.

Luego, cuando nos retiramos, Volatín ve un reflejo de su propia cara en los dientes mellados de una ventana destrozada, y ve una sonrisa nueva en su cara. Volatín se contempla largo tiempo y después deja caer la carabina y se aleja por la carretera, sin mirar atrás, sin responder a nuestras preguntas.

Vaquero mueve la mano y nos ponemos en marcha. Nadie dice nada de Volatín.

Llegamos a la Ciudad Prohibida y nos acomodamos para pernoctar.

Marco el calendario de novato de mi chaleco antibalas; faltan cincuenta y cinco días y un despertar en activo.

Más tarde, en la oscuridad, Volatín regresa.

El combate continúa alrededor durante toda la noche, brotes de violencia aquí y allá, un mortero, un juramento, un grito.

Dormimos como bebés.

El sol que se alza en Hue la mañana del 25 de febrero de 1968 ilumina una ciudad muerta. Marines de los Estados Unidos han liberado Hue por completo. Aquí, en el corazón de la antigua capital imperial de Vietnam, un altar viviente para el pueblo vietnamita de ambos bandos, marines verdes de la máquina verde han liberado un pretérito amado. Marines verdes han disparado a los huesos de antepasados sagra-

dos. Sabios, como Salomón, hemos reducido Hue a escombros con el fin de salvarla.

A la mañana siguiente la Delta Seis nos concede un descanso y pasamos el día a la caza de lingotes de oro en el palacio del emperador.

Entramos en el salón del trono de los antiguos emperadores. El trono es de color rojo sangre, tachonado de espejos incrustados.

Ojalá pudiera vivir en el palacio imperial. Brillantes piezas de porcelana tornan las paredes vividas. Componen el techo azulejos naranja. Hay dragones de piedra, urnas de cerámica, rectángulos de latón sobre el lomo de tortugas y muchos otros objetos hermosos de origen y función desconocidos, pero, evidentemente, de un gran valor, gran belleza y muy antiguos.

Salgo al magnífico jardín del emperador. Encuentro a Alice y a Volatín observando a unos cadáveres achicharrados. Es imposible determinar de qué ejército eran. El napalm deja menos que huesos. Digo:

—El aroma de carne asada es ciertamente un gusto adquirido.

Alice se ríe.

—Esto es una puta lástima. Este sitio es como un templo mágico, ¿verdad? A los viscosos les encanta este sitio. Destruirlo es como, no sé, como destruir la Casa Blanca. Con la diferencia de que a nadie le importa una mierda la Casa Blanca y este sitio es diez veces más viejo.

Me encojo de hombros.

—Es una locura —dice Alice—. Una puta majarada. Ojalá estuviera ahora en el Mundo.

—No, la majarada es estar allí —digo—. Lo real es esto, to-

do este mundo de mierda.

Vaquero se acerca más tarde y dice que el mando de la compañía Delta ha dado orden de reagruparse en la playa de la Parcela Fresa.

Nos vamos. Miramos a los escombros que hemos causado. Nos cansamos de mirarlos; son demasiados.

El atardecer.

Lo que queda de la compañía Delta, el Primer Regimiento, la Primera División de Marina, está esparcido por toda la playa, junto al Río de Perfumes. Los abuelos barbudos están durmiendo, cocinando el rancho, fanfarroneando, comparando el botín y recreando cada momento de la batalla, real e imaginario, cada hombre un héroe increíble.

La brigada Lusthog está diezmada. Hemos clavado demasiado tiempo nuestro nombre en las páginas de la historia. Surgen cantimploras. Hace demasiado calor para cocinar, y comemos raciones G frías.

Donlon se levanta, grita: «¡MIRAD!».

Quinientos metros al norte hay una isla en el Río de Perfumes. En la isla, un semicírculo de tanques converge sobre una colonia frenética de hormigas. Las hormigas arrojan sus pertrechos, se cuelgan a la espalda sus fusiles de asalto AK-47 y se lanzan al río. Las hormigas nadan por su vida.

Todos los tanques abren fuego con proyectiles de noventa milímetros y ametralladoras del calibre cincuenta.

Algunas hormigas se hunden.

Helicópteros Huey brotan zumbando de un horizonte del color del plomo y se precipitan para la matanza.

Las hormigas nadan más de prisa.

Los helicópteros perseguidores rizan el agua marrón con sus ametralladoras.

Las hormigas nadan, se sumergen o, en su pánico, se ahogan.
La compañía Delta se pone de pie.

Tres helis Huey se abaten en picado hasta unos pocos metros del río y los artilleros con casco ametrallan a las hormigas que se agitan en el agua, atrapadas en un huracán sincopado de aire calentado por las aspas giratorias, atrapadas en el agua mientras su vida roja mana por los orificios de las balas.

Sólo una hormiga alcanza la orilla del río. La hormiga abre fuego contra los helicópteros cuando se ciernen sobre el agua como monstruos hambrientos.

Alguien dice:

—¿Habéis visto? El tío tiene cojones.

Un aparato se aparta del festín de sangre y sobrevuela rozando el Río de Perfumes. El helicóptero cose a balazos la playa, alrededor de la hormiga.

La hormiga se retira corriendo de la playa.

El aparato regresa zumbando para alimentarse de las hormigas del agua.

La hormiga corre a la playa y abre fuego.

El helicóptero vira bruscamente y se acerca en vuelo bajo, escupiendo cohetes de su panza y tableteo de ametralladoras.

La hormiga se retira nuevamente de la playa.

El helicóptero está a mitad de su trayecto hacia las hormigas que están en el agua cuando la que está en la playa reaparece y abre fuego.

Esta vez el piloto de la nave vuela tan bajo como para decapitar a la hormiga Con los patines del helicóptero. El artillero dispara.

La hormiga dispara.

Balas de ametralladora abaten a la hormiga.

El helicóptero gira sobre ella para verificar si es una baja confirmada.

Mientras las balas de ametralladora perforan la arena mojada, la hormiga se levanta, apunta su diminuto fusil de asalto AK-47 y descarga un cargador de treinta proyectiles en pleno tiro automático.

El helicóptero Huey explota, se hiende como un huevo verde inflado. La carcasa destripada de aluminio y plexiglás da tumbos, suspendida en el aire, ardiendo y despidiendo una estela de humo negro. Y después cae.

El helicóptero en llamas choca contra el río y el agua se lo traga.

La hormiga no se mueve. Dispara otro cargador de tiro automático. La hormiga está disparando al cielo.

Cansados de disparar contra cadáveres flotantes, los otros dos helicópteros atacan.

La hormiga se retira de la playa.

Los helicópteros barren la playa y las dunas con todas las armas de que disponen. Trazan círculos y círculos como aves predatorias. Luego, agotada la munición o el combustible, zumban derecho hacia el horizonte y desaparecen.

La compañía Delta aplaude, vitorea y silba.

—¡Túmbalos! ¡Cojonudo! ¡Guapísimo! ¡Talión es un mariconazo!

Alice dice:

—Ese tío era un abuelo.

Mientras esperamos a que las lanchas vengan a transportarnos a la otra orilla del río, hablamos de que el tío del NVA era un tipo superduro y de que estaría bien que viniese a América y se casara con todas nuestras hermanas y de que todos esperamos que viva hasta los cien años porque el mun-

do habrá perdido algo cuando se muera.

A la mañana siguiente Volatín y yo tomamos las coordenadas geográficas de una tumba masiva de fantasmas verdes y vamos al emplazamiento para sacar las fotos de atrocidades que nos ha pedido el capitán Enero.

La fosa huele realmente mal; el olor de sangre, la pestilencia de gusanos, seres humanos descompuestos. Los *arvins* que cavan en el patio de una escuela llevan camisetas amarradas alrededor de la cara, pero las bajas causadas por la vomitona incontenible son numerosas.

Vemos cadáveres de civiles vietnamitas que han sido enterrados vivos, caras heladas en mitad de un grito, manos como zarpas, uñas ensangrentadas y endurecidas por tierra húmeda. Todos esos muertos están esbozando esa espantosa y amarga mueca de los que han oído el chiste, de los que han visto los secretos terribles de la tierra. Hay incluso el cadáver de un perro al que Victor Charlie no pudo separar de su amo.

No hay cadáveres con las manos atadas a la espalda. Los verdes, sin embargo, nos aseguran que han visto cadáveres así en otras partes. Entonces pido a los *arvins* un rollo de alambre y, aplastando los cuerpos rígidos con la rodilla, hasta que los huesos secos se cascan, amarro a una familia, escogida al azar entre la multitud: un hombre, su mujer, un niño, una niña y, por supuesto, su perro. Como toque final ato las patas del perro.

Mediodía en el Mando de Asistencia Militar-Vietnam. Nos despedimos de Vaquero y de la brigada Lusthog.

Vaquero ha encontrado a un cachorro vagabundo y lleva al animal huesudo dentro de la camisa. Me dice:

—Cuida el pellejo, colega. Corre el rumor de que van a destinar a la brigada a Khe Sanh, un área muy jodida. No te apures; nos apañaremos. Y a lo mejor allí tienen caballos. Y si

alguna vez te sientes con cojones de ser un auténtico marine, un abuelo, te vienes a hacernos una visita.

Acaricio al cachorro de Vaquero.

—Vete a saber. Pero cuídate, mierda. Tenemos una cita con tu hermana que no me quiero perder.

Volatín se despide de Alice y de los otros tíos de la brigada de Vaquero. Estrecha la mano de éste y acaricia al cachorro. Con mi mejor voz de John Wayne digo:

—Nos vemos, Fiera.

Fiera dice:

—No si yo te veo primero.

Volatín y yo recorremos la Nacional Uno, hacia el sur, rumbo a Phu Bai. Caminamos horas bajo un calor aplastante, a la busca de un transporte. Pero el sol es despiadado y no hay convoyes a la vista.

Nos sentamos a la sombra junto a la carretera.

—Hace calor —digo—. Mucho calor. Ojalá estuviera aquí aquella mamasan. Pagaría mogollón de pasta por una coca...

Volatín se levanta.

—No te apures. Te la traigo...

Empieza a Cruzar la carretera.

Empiezo a decir que sería una buena idea que nos quedásemos juntos. Hay todavía muchos del NVA extraviados por la zona. «Volatín...». Pero luego me acuerdo de que ha conseguido su primera baja confirmada: Volatín puede cuidar de sí mismo.

El suelo tiembla. ¿Un tanque? Levanto la vista, pero no veo nada en la carretera. Pero nada en el mundo suena tan fuerte como un tanque, nada produce el terrible fragor de metal que

hace un tanque. Me estremece los huesos. Me pongo en pie de un salto, con el arma dispuesta. Miro a un lado y otro de la carretera. Nada. Pero todo en derredor hay el clamor de hierro rodante y el olor de diesel.

Volatín está cruzando la carretera. No oye al tanque invisible. No siente el terremoto mecánico. Troto en pos de él. «¡Volatín!».

Él se vuelve. Esboza una sonrisita. Y entonces los dos lo vemos. El tanque es un objeto de metal pesado que surge de una sombra fría, un espectro sólido. El negro fantasma mecánico viene por nosotros, ectoplasma oscuro que rueda bajo el sol. El teniente rubio está en la escotilla de la torreta, mirando a la distancia.

Volatín se vuelve. Digo:

—No te muevas.

Pero Volatín me mira, con pánico en la cara.

Le agarro del hombro.

Volatín se zafa bruscamente y corre.

El tanque me apunta a mí. No me muevo.

El tanque vira, me omite, pasa por delante bramando como un gran dragón de hierro. El tanque atropella a Volatín y le aplasta debajo de sus bandas de acero. Y luego desaparece.

Volatín yace de espaldas en el suelo de tierra, un perro triturado que derrama sus vísceras. Volatín me mira del mismo modo que me miró aquel día en la cantina de la Colina Libertad, sobre la colina 327 de Da Nang. Sus ojos me están pidiendo una explicación.

El tanque le ha partido en dos justo por debajo de su cinturón nuevo del NVA. Sus intestinos son una cuerda rosa esparcida por el suelo. Está intentando metérselos, pero en vano. Sus tripas están mojadas y resbaladizas y no puede reinsertarlas. Trata de introducir sus intestinos desparramados en su torso

partido. Mientras lo intenta, se esfuerza intensamente en apartar la tierra de sus vísceras.

Volatín desiste de intentar salvarse y, en vez de eso, se limita a mirarme con la expresión que quizá apareciese en una persona que se despierta con un pájaro muerto en la boca.

Me arrodillo y recojo la Nikon. Digo:

—Le contaré a Talión lo del cinto y la carabina Simarov.

Quiero llorar, pero no puedo; soy demasiado duro.

Dejo de hablarle a Volatín porque está muerto. Hablar a los muertos no es una costumbre saludable para una persona viva, y últimamente he estado hablando mucho con gente muerta. Creo que he estado hablando con muertos desde que hice mi primera baja confirmada. Después de mi primera baja confirmada, hablar con cadáveres empieza a tener más sentido que hablar con gente que todavía no ha palmado.

En Vietnam ves cadáveres casi todos los días. Al principio procuras no fijarte en ellos. No quieres que la gente piense que eres curioso. Nadie quiere admitir que los cadáveres no son algo archivista; nadie quiere parecer un novato. Así que ves masas de jirones sucios. Y al cabo de un tiempo empiezas a darte cuenta de que las masas de jirones sucios tienen brazos y piernas y cabezas. Y caras.

La primera vez que vi un cadáver sentí ganas de vomitar, como en las películas. El cadáver era de un abuelo del NVA que murió en una gran bola naranja de napalm, cerca de Con Thien. El napalm dejó un desmigajado montón de cenizas en postura fetal. Tenía la boca abierta. Sus dedos carbonizados le tapaban los ojos.

La segunda vez que vi de verdad un cadáver me sentí trastornado. Era el cadáver de una anciana vietnamita cuyos dientes se habían vuelto negros después de toda una vida masticando arecas. La mujer había sido alcanzada por algo más grande que armas pequeñas de fuego. Había muerto en un

fuego cruzado entre marines ROK y abuelos del NVA en Hoi An. Parecía tan desamparada en la muerte, tan vulnerable...

Mi tercer cadáver fue un marine decapitado. Topé con él durante una operación en el valle de A Shau. Mi reacción fue curiosidad. Me pregunté qué habría sentido cuando las balas penetraban en su cuerpo, cuál fue su último pensamiento, cuál su último sonido en el momento del impacto. Me maravilló el poder definitivo de la muerte. Un muchachote norteamericano, tan vibrante y vigoroso, se había convertido en cuestión de segundos en un amasijo amarillo de carne inflexible. Y comprendí que mi propia arma podía convertir en eso a cualquier ser humano. Con mi fusil automático podía arrebatar la vida de cualquier enemigo simplemente con la más mínima presión de un dedo. Y al saberlo, tuve menos miedo.

El cuarto cadáver es el último que recuerdo. Todos los demás están difuminados, una montaña de muertos sin cara. Pero creo que el cuarto cadáver fue el del viejo papasan con cónico sombrero blanco que vi en la Nacional Uno. El viejo había sido atropellado por un camión de transporte mientras estaba en cuclillas cagando en la carretera. Lo único que recuerdo es que cuando pasamos por allí, las moscas se desbandaron del cadáver como esquirlas de metralla.

* * *

Hice mi primera baja confirmada con la India tres-cinco.

Estaba escribiendo un artículo sobre los abuelos de Rockpile que tenían que rastrear la Nacional Nueve en busca de minas todas las mañanas antes de que la carretera estuviese abierta al tráfico. Había un artillero gordo que insistía en ir delante con Un detector de metal. El artillero gordo quería proteger a Su gente. Creía que la suerte mataba a los imprudentes. Pisó una mina antitanque. Se supone que un hombre no pesa lo

suficiente para detonar una mina antitanque, pero el tío era bastante gordo.

La tierra erupcionó y hubo un bramido infernal que me sacudió los huesos. El artillero fue precipitado hacia el cielo azul y limpio, verde y redondo y descoyuntado como una muñeca rota. Miré al artillero elevarse en el aire y luego un muro de calor se me desplomó encima y choqué contra el suelo.

El artillero gordo descendió hacia la tierra.

Aunque la metralla me había punteado la cara y salpicado mi chaleco antibalas, no tenía miedo. Estaba muy tranquilo. Desde el momento en que explotó la mina supe que yo era un hombre muerto y no podía hacer nada.

A mi espalda un hombre estaba maldiciendo. El hombre era del cuerpo de sanidad de la Armada. Tenía la mano derecha partida y con la izquierda mantenía juntos los dedos cortados, y maldecía y pedía a gritos un sanitario.

Entonces comprendí que la «metralla» que había sentido había sido gravilla destrozada.

Abuelos de la brigada de seguridad se internaban a gatas en los matorrales, con las armas listas.

Todavía confuso acerca del por qué seguía vivo, me puse de pie y troté hacia el hoyito que la explosión había abierto en la carretera.

Dos abuelos estaban trotando a través de un prado hacia un lindero de árboles. Les seguí, con el dedo en el gatillo de mi M-16, ávido de descargar en las sombras dardos invisibles de destrucción.

Los dos abuelos y yo corrimos y corrimos hasta sobrepasar el lindero y acceder al borde de un extenso arrozal. Allí el artillero gordo estaba flotando boca arriba en el agua poco profunda, circundado de pedazos oscuros de abono casero.

Los abuelos extendieron un poncho debajo de él mientras yo

montaba guardia. Las dos piernas del artillero habían sido desgajadas a la altura de la pelvis. Vi que una de sus piernas gordas flotaba en el agua, cerca. La saqué del agua y la arrojé encima del cuerpo.

Todos asimos el poncho y empezamos a transportar la pesada carga hacia la carretera. Yo respiraba fuerte, y una negra furia me latía en el pecho. Observaba los árboles con la esperanza de detectar movimiento.

Y entonces surgió un hombre de la nada, un campesino menudo y anciano que era al mismo tiempo ridículo y digno. El campesino llevaba una azada al hombro y el obligatorio sombrero cónico blanco. Su pecho era huesudo y parecía viejísimo. Sus piernas robustas ostentaban cicatrices. El labriego no nos dijo nada. Se limitó a quedarse allí, junto al sendero, con renuevos de arroz en la mano, tranquilo y representándose en su mente la dura faena que debía realizar ese día.

El anciano sonrió. Vio a los niños frenéticos con su fardo pesado de muerte y nos compadeció. Sonrió para indicarnos que entendía nuestra aflicción. Entonces mi M-16 vibró y misiles de gran velocidad, con funda de cobre, atravesaron el cuerpo del anciano campesino como si fuera una bolsa de palos secos.

El viejo me miró. Al caer hacia adelante en el agua oscura su cara estaba serena y vi que comprendía.

Después de mi primera baja confirmada comencé a entender que no era necesario comprender. Uno se convierte en lo que hace. Las ideas de un momento las anulan los acontecimientos del siguiente. Y ninguna idea podría alterar nunca el hecho frío y negro de lo que yo había hecho. Me vi atrapado en una telaraña de oscuridad constrictora, y, como el anciano campesino, me sentí de repente muy tranquilo, igual que lo había estado cuando la mina explotó, pues no podía hacer nada. Me estaba definiendo a mí mismo con balas; la sangre había mancillado mi sueño yanqui de que todo tendría un fi-

nal feliz, y de que yo, cuando la guerra terminase, volvería a mi América natal con un uniforme blanco de seda y un arco iris de galones de campaña en el pecho, un héroe increíble, el Jesús militar.

Pienso largo tiempo en mi primera muerte. Al anoecer aparece un miembro del cuerpo de sanidad. Le explico que los marines nunca abandonan a sus muertos o heridos.

El hombre mira varias veces las pupilas de Volatín. «¿Qué?».

Me encojo de hombros. Digo:

—Talión es un mariconazo.

—¿Qué? —El tipo está confuso. Es un novato, evidentemente.

«Gracias por los recuerdos...», digo, porque no sé explicarle lo que siento. Eres un ametrallador que ha llegado al final de su último cartucho. Estás a la espera, mirando a través de la alambrada a los hombrecillos que atacan tu posición. Ves sus bayonetas diminutas de soldados de juguete y sus caras resueltas y sin ojos, pero eres un ametrallador que ha llegado al final de su último cartucho y no hay nada que hacer. Los hombrecillos van a crecer y crecer y crecer —iluminados por el fuego fluido y espectral de una bengala estrellada— y luego van a abalanzarse sobre ti y van a descuartizarte con cuchillos. Lo ves. Lo sabes. Pero eres un ametrallador que ha llegado al final de su último cartucho y nada puedes hacer por evitarlo. En su cólera distante los hombrecillos son tus hermanos y les amas más que a tus amigos. Así que esperas a que lleguen y sabes que les estarás esperando cuando lleguen porque ya no tienes otro sitio donde ir...

El hombre de sanidad está confuso. No comprende por qué estoy sonriendo.

—¿Estás bien, marine?

—Sí, seguro que es un novato.

Me alejo por la carretera. El sanitario me llama. No le hago caso.

A una milla del lugar del miedo levanto el pulgar.

Estoy sucio, sin afeitarse y derrengado.

Un *jeep* da un frenazo. «¡MARINE!».

Me vuelvo, creyendo que he encontrado un descanso, que he conseguido transporte.

Un coronel muñeco salta del vehículo, viene directamente hacia mí. «¡MARINE!».

Pienso: «¿Eres tú, John Wayne? ¿Soy yo? ¡Sí, sí, señor!».

—Cabo, ¿no sabes cómo se saluda?

—Sí, señor.

Saludo. Mantengo el saludo hasta que el muñeco se lleva la mano a su gorra almidonada de cuartel, y lo mantengo un par de segundos más antes de interrumpirlo bruscamente. Ahora el muñeco se ha identificado como un oficial ante cualquier francotirador enemigo en la zona.

—Cabo, ¿no sabes ponerte firme?

Inmediatamente empiezo a desear estar de nuevo en el zafarrancho. En las batallas no hay policía, solamente gente que quiere abatirte. En las batallas no hay muñecos. Los muñecos quieren matarte por dentro. Te dejan el cuerpo intacto porque lo único que quieren eliminarte son tus músculos.

Me pongo firme, balanceándome ligeramente bajo los veinticinco kilos de pertrechos que transporto.

El coronel muñeco tiene la clásica mandíbula de granito. Estoy seguro de que el Cuerpo de marines tiene un examen estricto en la escuela de cadetes de Quantico destinado a eliminar a todos los aspirantes que carecen de una mandíbula de

granito.

Su uniforme de campo está impecable, almidonado hasta la consistencia de una armadura verde. Ejecuta una Breve Pausa irreprochable, una técnica favorita de los dirigentes de hombres, encaminada a inocular en sus víctimas una inseguridad fatal. Como no deseo vulnerar la confianza en sí mismo que posee el coronel, respondo con mi mejor interpretación de Parris Island del sólo-soy-un-alistado-procuro-ser-humilde.

—Marine... —El coronel se mantiene más tieso que un huso. Esta postura es el Aire de Mando, que tiene por objeto intimidarme, a pesar de que soy 30 centímetros más alto y peso veinte kilos más que él. El coronel escudriña la cara inferior de mi barbilla—. Marine... —Le gusta la palabra—. ¿Qué llevas en el chaleco, marine?

—¿Señor?

El coronel muñeco se pone de puntillas. Por un momento temo que vaya a darme un mordisco en el cuello. Pero sólo quiere echarme el aliento. Su sonrisa es fría. Su piel, demasiado blanca. «Marine...».

—¿Señor?

—Te he hecho una pregunta.

—¿Se refiere a esta insignia de paz?

—¿Qué es eso?

—Un símbolo de paz, señor.

Espero pacientemente mientras el coronel trata de recordar el capítulo de su manual de academia sobre «Mantenimiento de relaciones interpersonales con subordinados».

Él coronel muñeco continúa echándome el aliento por toda la cara. Le huele el aliento a menta. Los oficiales del Cuerpo de marines no están autorizados a tener halitosis, olor corporal, granos de acné ni agujeros en la ropa interior. Los oficiales del Cuerpo de marines no están autorizados a tener nada que

no les hayan proporcionado.

El coronel pincha mi insignia con el dedo índice y me dedica una Mirada Fina bastante decente. Sus ojos azules chispean.

—Muy bien, hijo. Hazte el inocente. Pero yo sé lo que significa esta insignia.

—¡Sí, señor!

—Es una propaganda de prohibir-la-bomba. ¡Reconócelo!

—No, señor.

Estoy francamente dolorido. El hombre que inventó la posición de firmes evidentemente nunca llevó bagaje encima.

—¿Entonces qué significa?

—Es sólo un símbolo de paz, señor.

—¿Ah, sí?

Respira más rápido, muy cerca ahora, como si supiera oler las mentiras.

—Sí, coronel es sólo...

—¡MARINE!

—¡Sí, sí, SEÑOR!

—¡BORRA ESA SONRISA DE LA BOCA!

—¡Sí, sí, SEÑOR!

El coronel muñeco da vueltas alrededor de mí, me acecha.

—¿Tú te consideras un marine?

—Bueno...

—¿QUÉ?

Dedos cruzados, X enorme.

—Sí, señor.

—Ahora en serio, hijo... —El coronel inicia un excelente Acercamiento Paternal—. Simplemente dime quién te ha dado esa insignia. Puedes sincerarte. Puedes confiar en mí. Sólo

quiero ayudarte.

El coronel muñeco sonrío.

La sonrisa del coronel es divertida, así que yo también sonrío.

—¿De dónde has sacado esa insignia, marine? —El coronel parece dolido—. ¿No amas a tu patria, hijo?

—Bueno...

—¿Crees que los Estados Unidos deberían permitir a los vietnamitas invadir Vietnam por el simple hecho de que viven aquí? —El coronel hace esfuerzos por recobrar su compostura—. ¿Lo crees?

Mis hombros están a punto de caerse. Mis piernas se están durmiendo.

—No, señor. Nuestras bombas deberían devolverlos a la Edad de Piedra..., señor.

—Confiesa, cabo, confiesa que quieres la paz.

Le concedo una Breve Pausa.

—¿Quiere el coronel la paz..., señor?

El coronel vacila.

—Hijo, todos tenemos que conservar la cabeza hasta que esa locura de la paz se calme. Lo único que he pedido siempre de mis muchachos es que obedezcan mis órdenes como si obedecieran la palabra de Dios.

—¿Es eso negativo... señor?

El coronel muñeco trata de pensar cosas más inspiradas que decirme, pero las ha dicho todas. Así que dice:

—No puedes llevar esa insignia, marine. Va contra las ordenanzas. Quítatela inmediatamente o tendrás que comparecer ante tu jefe.

En algún lugar del cielo, donde las calles están custodiadas por marines, Jim Nabors, con su uniforme de Patoso, canta:

«Desde los pasos de Montezuma... hasta las costas de Trípoli...».

—¡MARINE!

—¡SÍ, SEÑOR!

—¡BORRA ESA SONRISA DE LA BOCA!

—¡SÍ, SÍ, SEÑOR!

—El comandante nos ha ordenado proteger la libertad permitiendo a los vietnamitas vivir como los americanos quieren que vivan. Mientras los americanos estén en Vietnam los vietnamitas tendrán el derecho de expresar sus convicciones políticas sin temor a represalias. O sea que te lo diré una vez más, marine, quítate esa insignia de la paz o te impondré un turno de servicio en la prisión naval de Portsmouth.

Me pongo firme.

El coronel conserva la calma.

—Voy a ocuparme de que recibas nuevas órdenes, cabo. Voy a exigir personalmente que tu oficial al mando te degrade a simple abuelo. Enséñame tu placa de identificación.

Saco mi placa y rasgo la cinta adhesiva verde que la recubre, y el coronel apunta mi nombre, graduación y número de serie en una libretita verde.

—Acompáñame, marine —dice el coronel muñeco guardándose la libretita verde en el bolsillo—. Quiero enseñarte algo.

Me acerco al *jeep*. El coronel hace una pausa para realzar el efecto dramático y luego arranca un poncho de una masa informe en el asiento de atrás. La masa es un cabo de marines en postura fetal. En el cuello del cabo hay orificios; muchos, cantidad.

El coronel esboza una sonrisa, desnuda sus colmillos de vampiro, da un paso hacia mí.

Le golpeo en el pecho con mi bayoneta de madera.

Se queda helado. Mira a la bayoneta. Mira al suelo, luego al cielo. De repente su reloj de pulsera se vuelve muy interesante.

—Yo... jum... No tengo tiempo que perder con este encuentro improductivo... ¡y córtate el pelo!

Saludo. El coronel muñeco me devuelve el saludo. Mantenemos torpemente la mano en alto mientras el coronel dice:

—Algún día, cabo, cuando seas un poco más viejo, te darás cuenta de lo ingenuo...

La voz se le quiebra en el «ingenuo».

Esbozo una sonrisita. Él baja los ojos.

Ambos saludos cesan elegantemente.

—Buen día, marine —dice el coronel. Luego, investido de la dignidad que le ha conferido el Congreso, el coronel desfila de vuelta a su Mighty Mite, embarca y se marcha con su cabo exangüe.

El *jeep* del coronel sale follado; después de toda esta cháchara ni siquiera me lleva.

—¡Sí, SEÑOR! —digo—. ¡ES UN BUEN DÍA, SEÑOR!

La guerra prosigue. Caen bombas. Pequeñas.

Una hora después frena un dos-y-medio.

Subo a la cabina con el conductor.

Durante el regreso traqueteante a Phu Bai, el conductor del dos-y-medio me habla de un sistema matemático que ha inventado para saltar la banca en Las Vegas en cuanto vuelva al Mundo.

Mientras el conductor habla, el sol se pone y pienso: cincuenta y cuatro días y un despertar.

Me quedan cuarenta y nueve días y un despertar en activo cuando el capitán Enero me entrega un pedazo de papel. El capitán Enero murmura que me desea buena suerte y luego se va a zampar aunque no sea la hora del rancho.

El papel me ordena presentarme como fusilero en la compañía Delta, el uno-cinco, actualmente con base en Khe Sanh, a un tiro de fusil de la zona desmilitarizada.

Me despido de Vagabundo Chile, de Daytona Dave y de Talión y les digo que me alegro de ser un abuelo porque ahora no tendré que escribir leyendas para fotos de atrocidades que ellos archivan ni decir más mentiras porque los milis no tienen nada más con que amenazarme.

—¿Qué me van a hacer? ¿Mandarme a Vietnam?

La Delta Seis le echa un cable a Vaquero y me destinan a la brigada de Vaquero como primer jefe de piquete de tiro —ayudante del jefe de brigada— hasta que tenga suficiente experiencia para dirigir mi propia brigada.

Ahí está.

Soy un abuelo.

ABUELOS

Mirad a un marine, una mera sombra y reminiscencia de humanidad, un hombre amortajado vivo y de pie, enterrado en armas con acompañamientos funerales...

Thoreau, Desobediencia civil

Retumbo de truenos.

Pasan flotando nubes sobre la luna blanca, nubes cómo grandes naves de metal. Aleteo de alas negras, caída de objetos gigantescos. Lámpara de arco en la lluvia monzónica; un ataque aéreo en la oscuridad. Una escuadrilla de bombarderos B-52 gira sobre Khe Sanh, diseminando huevos de hierro negro. Cada huevo pesa novecientos kilos. Cada huevo abre un agujero en la tierra fría, levanta un cráter en la telaraña constrictora de trincheras que hombrecillos voluntariosos han cavado a cien metros de nuestra alambrada. Negra y mojada, la tierra se eleva como la cubierta de un gran navío, se eleva hacia el zumbido de los pájaros de muerte.

Incluso en la furia del bombardeo aéreo dormimos, sombras en la tierra. Dormimos en hoyos que hemos cavado con herramientas de atrincheramiento. Los hoyos son pequeñas tumbas y contienen el húmedo e intenso olor de la tumba.

La lluvia monzónica es fría y espesa, y el viento la esparce por toda la zona. El viento es poderoso. El viento ruge, sisea, susurra seductoramente. El viento araña los refugios que hemos construido con ponchos, cuerdas de nilón y palos de bambú.

Las gotas de lluvia martillean mi poncho como guijarros cayendo sobre un tambor roto. Medio dormido, con la cara apretada contra mi equipo, escucho los sonidos del horror que impera por doquier, sepultado justo debajo de la superficie de la tierra. En mis sueños de sangre hago el amor con un esqueleto. Los huesos chasquean, la tierra se mueve, mis testículos explotan.

La metralla muerde mi refugio. Despierto. Escucho el zumbido decreciente de los B-52. Escucho la respiración de mi brigada de hermanos, hombres de pesadilla en la oscuridad.

Fuera de la alambrada un abuelo enemigo está chillando a aeroplanos invisibles que le han matado.

Trato de soñar algo hermoso... Mi abuela está sentada en una mecedora, en el pórtico de su casa, disparando a vietcongs que le han pisado las rosas. Bebe la sangre de un dragón de una botella negra de coca-cola mientras Goering, mi madre, con sus pechos blancos llenos me amamanta y empuja a Alemania hacia adelante, con palabras arrancadas de la chapa blindada de un tanque...

Duermo sobre acero, con la cara sobre una almohada de sangre. Clavo la bayoneta en el osito de peluche y ronco. Los malos sueños son lo que has comido. Así que duerme, madre.

El viento irrumpe bramando en mi refugio y arranca el poncho de su marco de bambú, rompiendo las cuerdas que lo sujetaban. La lluvia cae sobre mí como una ola glacial de agua negra.

Una voz iracunda llega del otro lado de la alambrada. Un sargento enemigo está diciendo palabras soeces que no comprendo. Un sargento enemigo ha tropezado con un hombre muerto en la oscuridad...

Patrulla nocturna.

En el cielo que precede al alba una estrellita de metal se transforma en nova; una salva de iluminación.

Tomando un desayuno temprano en el fango rojo de una trinchera en Khe Sanh. Ayer confeccioné un nuevo hornillo practicando orificios en una lata vacía de ración C. Dentro del hornillo, explosivos plásticos C-4 brillan como un pedazo de azufre. El jamón y las judías borbotean en otra lata verde oliva mientras mezclo y remuevo con una cuchara blanca de

plástico.

En el horizonte, balas trazadoras de color naranja puntean la noche. Puff, el Dragón Mágico, una ametralladora C-47, está vertiendo trescientos cartuchos por minuto en los sueños mojados de algún viscoso.

Pruebo el jamón y las judías. Calientes. Grasientos. Huele a mierda de cerdo. Con mi bayoneta saco del hornillo la lata entera. La deposito en el barro rojo. Equilibro mi taza sobre la llama y vierto dentro un paquete de cacao en polvo y media cantimplora de agua de manantial. Con un poco de agua, el chocolate caliente diluye el regusto amargo de las tabletas para el mal aliento.

Una rata vietcong ataca. Evidentemente, se propone poner mi desayuno bajo la influencia del comunismo.

Es una rata a la que conozco personalmente, así que le doy respiro y no le prendo fuego con combustible como mis colegas y yo hicimos con sus parientes. Estampo un pie contra el suelo y la rata se zambulle en una sombra.

A la luz de la bengala mis colegas de la brigada Lusthog de la Delta uno-cinco parecen lagartos pálidos. Mis colegas me miran con ojos duros. Les hago con el dedo el signo: jodeos. Sus ojos de lagarto vuelven a sus cartas de póker.

Desde su nueva posición estratégica, la rata vietcong me mira para afirmar sus principios.

La bengala tiembla, congela a Khe Sanh en un daguerrotipo descolorido. Mira toda la basura de la guerra moderna desperdigada por nuestra ciudadela polvorienta, mira cómo resisten los abuelos barbudos mientras el mundo gira y la gravedad engaña, mira los huesos de cemento de un antiguo puesto avanzado francés (patrullado ahora por el espectro de legionarios muertos y de noche por los jinetes mongoles de Genghis Khan), observa que los muros rotos del puesto son como dientes cariados, atisba más allá de la alambrada los mil

acres de paisaje lunar arrasado, siente el frío terror duro y su sosiego.

Durante los tres últimos meses, el terreno rocoso que circunda a Khe Sanh ha sido machacado con el mayor volumen de explosivos en la historia de la guerra. Unas cien mil toneladas de bombas y un amplio surtido de otras armas han devastado y arado la estéril tierra roja, pulverizado cantos rodados, astillado y mascado los tocones de árboles, horadado el suelo con cráteres lo bastante grandes para engullir tanques.

La bengala desciende colgada de un paracaídas miniatura, columpiándose y chirriando hasta que toca la alambrada y la iluminación se disuelve.

En la oscuridad formo parte de Khe Sanh; soy una célula viva de este lugar, este grano reventado de sacos de arena y alambre de espino sobre una meseta negra, cercada por el fin del mundo. Sé visceralmente que mi cuerpo es uno de los componentes de cartílagos, músculos y hueso de Khe Sanh, una pequeña comunidad norteamericana martilleada diariamente por piezas de artillería de ciento cincuenta y dos milímetros, disparadas desde cuevas situadas a once kilómetros de distancia, en la cordillera Co Roe de Laos, martilleada por quinientos proyectiles diarios, bombardeada, bombardeada y bombardeada con enloquecedora regularidad, un hormiguero debajo de una almádena.

Hoy me siento especialmente bien; queda poco. Veintidós días y un despertar en activo.

La rata vietcong se encoge sobre un sacó, a una pulgada de mi codo. Me inclino y pongo su ración de rancho en la punta de mi bota. La rata me observa con ojos negros de cristal. Las ratas son pequeñas pero listas. En cuanto se ha satisfecho merezco su confianza; salta del saco y entra en la trinchera. De un brinco se sube a la punta de mi bota. Cuando come infla los carrillos, Parece tan canalla...; es bonita.

Llaman para pasar lista.

La brigada traspasa la alambrada. No bromeamos con los centinelas soñolientos que montan guardia en búnkeres contruidos con sacos terreros, leños de la selva y láminas de chapa galvanizada. No prestamos atención a los cientos de abuelos tumbados por el perímetro, preparados para emprender la operación Oro. Somos la avanzadilla del batallón. No hacemos caso de las minas Claymore, las latas de coca-cola roídas por la herrumbre que, llenas de guijarros, cuelgan de los alambres, los triángulos rojos con MINAS y MIN inscritos en ellos, las trincheras repletas de basura, los redondeles rebosantes de excrementos sobrevolados de moscas, y los montones de latón de nuestros *howitzers*.

Esta vez no saludamos a Triste Charlie. Triste Charlie es una calavera, una calavera negra. Nuestro artillero, Fiera, la instaló sobre una estaca en la zona de muerte. Creemos que es la calavera de un abuelo enemigo alcanzado por el napalm fuera de nuestra alambrada. Triste Charlie todavía lleva mis viejas orejas negras de fieltro, que se están enmoheciendo un poco. Se las sujeté con alambre, por hacer una broma. Al pasar por delante, miro las cuencas oculares vacías. Espero a que emerja una araña blanca. La cara oscura y pelada de la muerte nos sonrío con sus dientes calcinados, su inflexible mueca de marfil. Triste Charlie siempre nos sonrío como si conociera un secreto divertido. Por supuesto que sabe más que nosotros.

Ya en la colina, helicópteros de aprovisionamiento descenden a tierra como saltamontes monstruosos mientras proyectiles de mortero despanzurran la alfombra de acero de la pista de aterrizaje.

Ponemos el seguro y cargamos.

Nuestra mente se concentra en nuestros pies.

Sobre la cepa de un árbol, en el interior de la arboleda, al-

guien ha clavado un listón de una caja de municiones con letras toscas que la niebla baja ha ennegrecido: TÚ QUE AQUÍ ENTRAS, DEJA TODA ESPERANZA. No nos reímos. Nuestros ojos miran fijos el sendero. Hemos visto el letrero cien veces y lo creemos.

Encontramos a unos tíos de la India tres-cinco que salen de sus emboscadas nocturnas. El rumor es que nadie se ha metido en el fregado. Ningún VC. Ningún NVA. Un signo guapo, todos convenimos. Decente, decimos y les preguntamos si ninguna de sus hermanas se abre de piernas. Ellos se ofrecen a invitarnos a cerveza si les prometemos mearla en los pantalones, y que escribamos sin falta si necesitamos ayuda.

El alba.

Llegamos al último puesto de escucha de dos hombres. Vaquero mueve la mano y Alice encabeza la marcha.

Alice es un coloso negro, un salvaje africano con un trapo sudoroso de seda verde de paracaídas atado en la cabeza: sin casco. Lleva un chaleco que se ha hecho con la piel de un tigre de Bengala que mató una noche en la colina 881. Luce un collar de huesos vudú; huesos de gallina de Nueva Orleans. Se llama a sí mismo «Alice» porque su álbum favorito es el Alice's Restaurant de Arlo Guthrie. Vaquero llama a Alice «El bucanero de medianoche» porque Alice lleva un anillo de oro en la oreja. Fiera llama a Alice «El as de piques», porque Alice inserta cartas de póker entre los dientes de sus bajas confirmadas. Y yo le llamo «Conejo de la selva», porque expresa la naturaleza verdaderamente salvaje de Alice.

Lleva colgado al hombro un macuto de lona azul. La bolsa está llena de pies fétidos de viscosos. Alice hace colección;

primero los mata y luego les corta los pies.

Vía libre, dice Alice con una señal de la mano. Lleva las manos protegidas por guantes de piel de cerdo. Se abre paso en el bosque con su machete.

Vaquero mueve la mano y avanzamos por el sendero en fila india.

Vaquero se aparta del sendero y se aprieta con el índice sus gafas grises propiedad de la marina. Con gafas grises Vaquero no parece un asesino. Parece un reportero de un periódico de instituto, cosa que fue, hace menos de un año.

Avanzar bajo la lluvia del bosque es como subir una escalera de mierda en una enorme sala verde edificada por ogros para el confinamiento de plantas monstruosas. El nacimiento y la muerte son aquí procesos interminables, en que la nueva vida se alimenta de los residuos decadentes de la antigua. La tierra negra es fría y húmeda, y la verdura desmedida está perlada de vaho, pero el aire es caliente y denso porque el dosel triple refrena la humedad. El dosel de ramas entrelazadas es tan espeso que el sol se filtra por él tan sólo en forma de flechas pálidas e infrecuentes como las de Jesucristo hablando con Dios en los cuadros de la escuela dominical.

Avanzamos al pie de montañas como los dientes negros de dragones. Recorremos un sendero de leñador, subiendo cuestas de manteca de cacahuete y salvando cantos rodados recubiertos de musgo, rumbo al horno verde de Dios, la tierras hostil del país indio.

Monte bajo espinoso araña nuestro uniforme sudoroso de campaña, nuestras cartucheras, mochilas de veintisiete kilos, chalecos antibalas Durolon de cinco kilos, cascos camuflados de casi kilo y medio y nuestros fusiles automáticos de acero y fibra de vidrio que pesan cerca de tres kilos. Sables flácidos de espadaña nos pinchan las manos y las mejillas. Las enredaderas nos ponen la zancadilla y nos tiran del tobillo. Las

correas de la mochila nos levantan ampollas en los hombros y agua salada discurre en serpentina por nuestro cuello y cara. Los insectos nos muerden la piel, las sanguijuelas beben nuestra sangre, las serpientes tratan de picarnos, y hasta los monos nos arrojan piedras.

Avanzamos, hombres lobos en la selva, sudando cerveza de 3 con 2 grados, prestos, diligentes y capaces de agarrar al taimado tío Ho por sus pelotas inescrutables y a no soltárselas nunca. Pero nuestro enemigo real es la selva. Dios creó esta selva para marines. A Dios le ponen cachondo los marines porque matamos todo lo que vemos. Él juega a su juego; nosotros al nuestro. Para mostrar nuestro agradecimiento por una atención tan omnipotente mantenemos el cielo repleto de nuevas almas.

Pasan las horas. Muchas, cantidad. Ya no sabemos qué hora es. En la selva no hay horas. Lo negro es verde; lo verde es negro; ni siquiera sabemos si es de día o de noche.

Vaquero va y viene a zancadas de la cabeza a la cola de la comitiva. Nos recuerda que mantengamos diez metros entre cada hombre. Frecuentemente hace un alto para consultar su brújula y su mapa de acetato.

Sentimos dolor. Lo despreciamos. Esperamos a que se vuelva monótono; sucede.

Nuestro novato suda, da traspiés y la impresión de que pudiera perderse buscando un sitio para cagar. Víctima del calor, sin duda. El novato come tabletas de sal como un crío que engulle caramelos blandos, luego da un sorbo de cacao de su cantimplora.

Monotonía. Todo es mismamente lo mismo: árboles, enredaderas como serpientes muertas, plantas frondosas. La igualdad nos deja a la deriva.

Los lagartos jódete nos saludan: «Jódete... jódete...». Una

cacatúa ríe, invisible, se ríe como si conociera un secretó divertido.

Ascendemos por barrancos rocosos y oigo al sargento de artillería Gerheim vociferando al soldado Leonard Pratt en Parris Island: La única manera de alcanzar un objetivo es dando un paso cada vez. Eso es todo. Simplemente un paso. Uno más. Uno más. Uno más.

Uno más.

Pensamos en las cosas que haremos al volver al Mundo, en las payasadas de instituto que hicimos antes de ser absorbidos por la Marrana, en el hambre y la sed, en el R & R en Hong Kong y Australia, en que nos estamos volviendo *junkies* de la coca-cola, en sacarnos de los dientes cáscaras de palomitas de maíz en el autocine en compañía de Mary Jane Coñopuerco, en las excusas que tendremos que inventar por no escribir a casa, y sobre todo y particularmente en el número de días que quedan en cada uno de nuestros calendarios de licencia.

Me quedan veintidós días y un despertar en activo.

Pensamos en las cosas que no son importantes para no pensar en el miedo; el miedo al dolor, a quedar lisiados, al estallido, a medias esperado, de una mina antipersonas o el impacto de la bala de un tirador emboscado, o a la soledad, que es, a la larga, más peligrosa y, en algunos sentidos, duele más. Concentramos nuestro pensamiento en el ayer, del que el sufrimiento y la soledad han sido tachados, y en el mañana, del que el dolor y la soledad han Sido convenientemente suprimidos, y, ante todo, concentramos el pensamiento en los pies, que han desarrollado una vida y un cerebro propios.

Alto. Alice levanta la mano derecha.

La brigada se detiene.

Vaquero ahueca los dedos de su mano derecha como si abarcara un pecho. ¿Una encerrona?

Alice se encoge de hombros. Calma, tío.

Nuestra supervivencia depende de nuestros reflejos y nuestra cordura como cebo de francotiradores. Los ojos de Alice pueden detectar trampas verdes de cuerda de tripa, púas que se disparan, émbolos diminutos, suelo poco firme, plantas aplastadas, restos de desechos de embalaje, y hasta los legendarios pozos *punji*. Los oídos de Alice pueden percibir silencios que no son naturales, el débil rumor de equipo, el ruido sordo de un proyectil de mortero que abandona el tubo o el chasquido de un cerrojo de fusil que se descorre. La experiencia y los instintos animales advierten a Alice cuando una celada pequeña y torpe ha sido tendida en el sendero para que sea detectada fácilmente y que la comitiva se desvíe y caiga en otra más terrible. Alice sabe que la mayoría de nuestras bajas son fruto de trampas, y que en Vietnam todas ellas han sido concebidas de modo que la víctima sea su propio verdugo. Sabe lo que le gusta hacer al enemigo, dónde prefiere tender emboscadas, dónde se esconden los francotiradores. Alice conoce las señales de advertencia que el enemigo deja a sus amigos: las tiras de tela negra, los triángulos de bambú, la disposición de piedras.

Alice entiende realmente a la raza astuta de hombres que luchan por la supervivencia en la selva: soldados duros, fantasmas extraños y diminutos, con entrañas de hierro, huevos de metal, coraje increíble y ni el más mínimo escrúpulo. Parecen pequeños, pero combaten alto, y sus balas son del mismo tamaño que las nuestras.

Muchos de los marines que eligen ir en cabeza tienen deseos de muerte; eso dicen las hablillas. Algunos tíos quieren ser

héroes, y si vas el primero y sigues con vida al final de la patrulla, entonces eres un héroe. Algunos tíos que lo hacen se odian tanto que no les importa lo que hacen ni les preocupa lo que les hagan. Pero Alice va delante porque se esfuerza en sobresalir. Claro que tengo miedo, me confesó una noche después de haber fumado una tonelada de hierba, pero procuro no mostrarlo. Lo que Alice necesita son esos momentos en que puede ver lo que él llama «el más allá».

Alice se queda inmóvil. Su mano derecha se cierra en un puño: Peligro.

Alice agudiza todos sus sentidos. Espera. Pájaros invisibles se desperdigan de árbol en árbol. Alice enseña los dientes, enfunda su machete, levanta hasta el hombro su lanzagrana-
das M-79. El *blooker* es como una escopeta de juguete, cómicamente pequeña.

Árboles antiguos se alzan en silencio, una catedral de jade, de columnas de caoba de sesenta metros de alto, con las raíces entrelazadas, las ramas entretejidas y escamosas lianas enroscadas en torno a troncos sólidos.

La adrenalina nos produce un cuelgue.

Alice se encoge de hombros, baja su arma, nos levanta los pulgares, como de costumbre, vía libre; como si dijera, soy un tío tan cachondo que hasta mis errores son correctos.

La diestra de Vaquero hiende de nuevo el aire, y todos colocamos el equipo en posturas menos dolorosas y nos ponemos en marcha, rezongando y jurando. Nuestros pensamientos retornan a los sueños húmedos de pezón erecto sobre Mary Jane Coñopuerco y la Puta Fantasía del Gran Regreso a la patria, a las parpadeantes películas en technicolor de sucesos que no acontecieron exactamente del modo que queremos recordarlos, a brillante acuarela de imágenes de esa grandiosa fecha del retorno con un círculo en rojo en nuestros calendarios de descuento; fechas distintas, pero con idéntico signifi-

cado: A casa.

Alice titubea. Alarga la mano enguantada y coge una enorme orquídea amarilla de un remolino de enredaderas. Poniéndose firme, inserta el tallo grueso y jugoso en una lazada de cuero de su chaleco, la piel del tigre de Bengala. En hileras de lazadas a través de la delantera del chaleco, cuelgan dos docenas de granadas M-79.

De su hombro pende el macuto de lona azul. La bolsa está tatuada con *graffitis*, autógrafos, dibujos obscenos y un marcador de palitos que computa las diecisiete bajas confirmadas de Alice. Sobre el macuto hay desdibujadas mayúsculas negras: *Lusthogs Delta 1/5. Comerciamos con la muerte y Sí, aunque atravieso él valle de la muerte, no temo el mal, porque el mal soy yo*, y, con letras recientes: NO DISPARES, VUELVO A CASA, y un casco sobre un par de botas.

Mientras avanza por el sendero estrecho, Alice tararea: *Hay de todo lo que quieras... en el restaurant de Alice...*

Vaquero se detiene, se vuelve, se quita de la cabeza un barroso Stetson gris perla.

—Descanso —dice.

* * *

Marines verdes en la máquina verde, nos sentamos al lado del sendero.

—Tengo que agenciarme la hebilla de un cinturón NVA —dice Donlon, nuestro radio—. De esas de plata, con una estrella. Volver a casa con algo decente o los civiles creerán que he sido un pico, tecleando en una máquina de escribir. Me queda poco: treinta y nueve días y un despertar.

—Eso no es poco —digo—. Veintidós días y un despertar. Cuéntalos.

—Eso no es poco —dice Fiera—. Alice tiene menos.

Alice se jacta:

—Doce días y un despertar de servicio, chicas. Contadlos. Yo soy un licenciado, está clarísimo. Jodé, lo soy hasta el punto de que cada vez que me pongo los calcetines me vendo los ojos.

Yo refunfuño.

—Eso no es bastante, Conejo. El Doc es cantidad de licenciado. Nueve días y un despertar. ¿No es eso, Doc?

Doc Jay está masticando un bocado de melocotones en lata.

—Voy a reengancharme.

Nadie dice nada. No le darán esa prórroga. Doc Jay lleva en Vietnam dos años, tratando heridas graves con una deficiente formación médica. Doc Jay quiere salvar a todos los heridos, incluso a los muertos en acción y enterrados hace meses. Todas las noches los marines muertos le suplican que vaya a sus tumbas. Hace una semana, el jefe de la compañía recogió una bola que estaba en un sendero. La bola le partió en dos. Doc Jay intentó recomponer al capitán con compasas. No resultó. Doc Jay empezó a lanzar risitas como un crío viendo dibujos animados.

—¡Yo también me reengancho! —dice el novato, empujando hacia la frente sus gafas de sol italianas—. ¿Y vosotros, tíos...?

—Que te follen, novato —dice Fiera, sin levantar la vista. Fiera sostiene en las rodillas su ametralladora M 60 y masajea con un trapo blanco el negro acero de vanadio—. No llevas de servicio una semana y ya tienes mogollón de costra. Todavía no has nacido, nuevo. Espera a que lleves un poco de tiempo, culo dulce, y entonces podrás hablar. Sí, un poco de puto tiempo.

—¡Gung ho! —digo, sonriendo.

Fiera dice:

—Que te jodan, Chistoso.

Empieza a desmontar la ametralladora.

Soplo a Fiera un beso. Fiera es un cerdo, no hay duda, pero es también grandote y chusmoso; inspira una cierta tolerancia.

—Chistoso piensa que tiene un rollo guapo —dice Fiera al novato—. Va a ir a Hollywood cuando vuelva al Mundo. Si antes no me lo cargo. Va a ser un puto Paul Newman. Los cojones —Fiera saca una baraja de cartas. Las cartas tienen las esquinas dobladas, están grasientas y muestran fotografías de putas de Tijuana. Las putas están manteniendo relaciones elocuentes con burros y perros grandes.

Fiera reparte cartas para él y para el novato.

El novato duda, y luego recoge sus cartas.

Fiera deshebillla su mochila y saca un cubilete de plástico de fichas de póker, rojas, blancas y azules. Las saca del cubilete y las coloca en el suelo delante del novato.

—¿De dónde eres, basura?

—De Texas, señor.

—Señor, los cojones. Esto no es Parris Island y yo no soy un puto oficial. Ni de coña. Ni siquiera soy ya el jefe adjunto de brigada. Ahora soy un abuelo, el rango más popular en el Cuerpo de marines. Tengo más putas operaciones, más bajas confirmadas y más tiempo aquí que ningún abuelo de esta brigada, contando a Vaquero —Fiera escupe y se rasca las cerdas oscuras de la barbilla—. Me cabreé con un coronel muñeco en la cantina de la Colina Libertad. Me degradó de sargento. Yo era un puto sargento de pelotón. Sin coña. Igual que en el Mundo. En Queens me di un garbeo en un Lincoln Continental. Bonito cacharro. El juez me dio a elegir entre la Marrana y una buena temporada en un hotel de rejas. Así que

me hice mercenario. Debería haber ido al trullo, novato. Menos ajeteo —Fiera amaga una sonrisa—. Así que no me llames «señor», tío. Resérvate esa mierda para muñecos como Chistoso.

Sonrío, burlón.

—Eh, Fiera, soy grande pero tengo nervio...

Fiera dice:

—Sí, ya sé que eres tan duro que les arrancas la cabeza a las galletas de un mordisco. —Se dirige a Vaquero—. Eh, tum-bavacas, tienen a tu hermanita en la Marrana. Aquí está sentada, un marine flaco en la máquina verde. —Volviéndose otra vez al novato—: El capo es también de Texas, gusanito. Lleva ese Stetson para que los babosos sepan que están tratando con un abogado de Texas.

Vaquero mastica.

—Juega al póker, Fiera.

Vaquero coge una unidad B-3, una latita que contiene galletas John Wayne, cacao y mermelada de piña. Abre la lata con un abrelatas plegable P-38 que lleva en la cadena de la placa de identificación.

—No pienso repetirlo.

Silencio.

—Vale, tío, no te pongas tan duro. ¿Qué me vas a hacer, mandarme a Vietnam? Tranquilo, Vaquero. Tú no eres John Wayne. Sólo comes sus galletas. Tú...

Donlon interrumpe:

—John Wayne. Qué muñeco. Ha sido un héroe de Hollywood toda su vida, pero nunca ha estado en ninguna guerra. Ese nenita no ha oído nunca un tiro con mala leche...

Fiera gruñe. «Voy con un dólar». Tira una ficha roja. Pone las cartas boca abajo en el suelo y sigue masajeando con un paño blanco su ametralladora desmontada.

—Más te vale no ser héroe, novato. Los milis se llevan la gloria; a los abuelos los matan. Como a Volatín. Se atrevió a un cuerpo a cuerpo con un tanque. Y a Loco Earl; disparando a los babosos con una escopeta de aire comprimido. El último novato que tuvimos se sentó encima de una mina su primer día en el campo. Sé fue derecho al carajo. Voló a seis buenos abuelos. Kia²¹ y mala potra, mami. La metralla me entró por la nariz... —Fiera se inclina hacia adelante y muestra la nariz al novato—. Lo peor fue que el gusanito me debía cinco verdes...

Alice escupe.

—¿Tienes que contarles batallitas?

Fiera no le hace caso y dice:

—Y luego Stoke, nuestro antiguo capo. Aunque era el Superabuelo. Tenía la mirada de mil metros. Cada vez que veía un marine muerto se echaba a reír. Pasó una temporada en una loquera y...

Alice se levanta.

—Ya basta de basura. Fiera. ¿Me has oído?

Fiera no alza los ojos. Dice:

—Menos mal que existe esa anemia de negros.

Alice se rasca el pecho.

—No hay racistas en una zorrera, Fiera. Te lo harás bien, novato. No te apures.

—Claro —dice Fiera—. Mírame a mí, eso es todo. Haz lo que yo haga, Esos tíos te dirán que soy un monstruo, pero soy el único abuelo de esta brigada que no tiene la cabeza en el culo. En este mundo de mierda, los monstruos sobreviven. Si matas por gusto, eres un sádico. Si matas por pasta, eres un mercenario. Si matas por las dos cosas, eres un marine.

²¹ Killed in action: Muerto en combate.

—Sí, señor —dice el novato, tirando dos fichas al bote.

—Estoy salido —digo—. Y ni siquiera tengo una mano a mano.

Fiera gruñe.

—Muy gracioso, Chisto. No lo capto. —Tira dos fichas, luego otras tres—. Voy con tres dólares. Quiero dos cartas.

—Yo tres —dice el novato—. Y no soy un héroe. Sólo quiero cumplir. Ya sabes, defender la libertad y...

—Me cago en la libertad —dice Fiera. Empieza a montar su M-60. Besa cada pieza antes de insertarla en su sitio—. Manda a la mierda esa idea, novato. ¿Tú crees que matamos viscosos por la libertad? Menos coña; esto es una carnicería. Tienes que abrir los ojos, novato. Por ti mismo. Si me van a volar los huevos por una palabra, prefiero mi propia palabra, que es *poontang*²². Sí, mejor que creas que nos cargamos rojos. Ellos se cargan a nuestros colegas y nosotros se lo hacemos pagar caro. Y Talión es un mariconazo.

—¿Para qué hablar de eso? —dice Donlon—. El *nam* puede matarme, pero no puede hacer que me importe. Lo único que quiero es volver entero al país de la Gran Cantina. Por mi cuenta.

—¿Por qué volver? —digo—. Aquí o allí, *Kif-Kif*. Mi casa es la de mi sargento, ¿verdad, Vaquero? —Me vuelvo y miro a Fiera—. Tú mira a Vaquero, novato. Él te dirá lo que tienes que hacer.

—Sí —dice Donlon, sacando un paquete de tabaco de la goma que le rodea el casco—. Vaquero se toma en serio ésta mierda.

Vaquero gruñe.

—Cumpló mi parte, tío, cuento mis días. —Sonríe— ¿Sabes lo que hacía en el Mundo? Después de la escuela, mangaba

²² Argot canadiense (de una expresión de origen chino): Copulación.

pasta de los parquímetros. La guardaba en una hucha roja, con forma de camioneta, y tenía una gorra azul con una insignia de plata encima. Me creía Superman. Ahora me conformo con un rancho y algunos caballos...

Fiera dice:

—Bueno, algunos coños huelen de puta pena, y Vietnam huele de puta pena, así que yo digo, que le den por culo. Y también a los milis que inventaron este rollo.

—Te oigo hablar —digo—. Te veo mover los labios, Pero todos despreciamos a los milis...

—Amén —dice Alice, ya en el sendero. Se espanta un mosquito de la cara—. Mucho hablar para luego no hacer nada.

Donlon me mira.

—¿Pero quién coño eres tú? ¿Mahatma Gandhi? —Donlon me apunta con el índice—. Eres capo del primer piquete, Chisto. Y por eso eres ayudante del jefe de brigada. Así que no eres distinto. Simplemente te gusta sentirte superior.

—Mierda.

—Yo no te cagaría, Chistoso. Eres mi cagada favorita.

—Jóde... te...

—Calla, Chisto —dice Vaquero—. La madre de alguien podría estar escondida en los arbustos y estás diciendo palabras feas. Que quede en familia, ¿vale?

—Sí. Afirmativo, Vaquero. —Miro a Donlon—. Si Vaquero me da la orden me como los mocos de la nariz de un muerto. No tengo cojones para pudrirme en Portsmouth. Lo admito. Pero no doy órdenes. Yo...

—Caca de la vaca —dice Donlon—. Tú y tu puta insignia de paz. ¿Por qué la llevas? Estás aquí, lo mismo que nosotros. No eres mejor que nosotros.

—Mira —digo, tratando de no perder los estribos—, quizá la Marrana pueda joderme, pero no voy a poner la mejilla.

Fiera me interrumpe:

—Todavía no tienes ni un pelo en el culo.

Mis labios están temblando.

—Vale, Fiera, puedes comerte la mierda que cago. Yo no he inventado este rollo, y me limito a interpretar mi papel. Es mala suerte ir de verde en la función, pero la guerra tiene que seguir. Si Dios hubiera querido que yo fuese un marine habría nacido con piel verde y arrugada. ¿Te enteras?

Nadie dice nada. Digo:

—Soy un simple pringao. Un cabo. No mando a nadie a que le vuelen los sesos. Sé que palmar aquí es una pérdida de tiempo.

Me levanto. Doy tres pasos hacia Fiera.

—Sé un gung ho, si quieres, Fiera. Da las órdenes. —Doy Otro paso—. ¡Pero yo no!

Nadie dice nada.

Finalmente el novato dice en voz baja: «Va un dólar».

Fiera me mira y después empieza a tirar sus fichas dentro del bote, una por una.

—Quiero... Voy... —Contando... contando—. Voy con cinco.

El novato se lo piensa.

—Quiero.

—¡La puta madre! —Fiera tuerce fuertemente las cartas hacia atrás, doblándolas—. ¡Chungo! Qué mala potra.

El novato dice:

—Tres jotas.

Tira las cartas y arrambla con el bote.

—Eh, Fiera —dice Donlon, riendo—, te han follao.

—Seguro que te marcabas un farol con el novato —dice Ali-

ce.

Yo digo:

—Has perdido, has perdido, ¿no, Fiera?

Fiera trata de aparentar calma.

—No podía achantarme, ¿no? Tenía más de cuatro dólares metidos. Creí que el novato se iba a achantar. La gente me suele tener miedo...

Donlon se ríe otra vez.

—Estás bien enrollado, nuevo. ¿Cómo te llamas?

—Parker —dice el novato, sonriendo—. Me llamo Parker. Henry. La gente me llama Hank.

El novato cuenta las fichas.

—Fiera, me debes nueve verdes y medio.

Fiera rezonga.

Yo digo, todavía de pie:

—Desplumado, ¿no, Fiera?

—¿Quién cojones te ha preguntado nada. Chisto? Eres tan gracioso como para ser chusquero.

—¿Sí? Bueno, cuando sea un civil de primera y tú seas un pingao gilipollas te pagaré una cerveza y luego te daré una patada en el culo.

Me siento.

Vaquero sonrío.

—Me pagarás otra a mí, Chistoso. Pero tendrás que esperar a que cumpla veintiuno.

Alguien se ríe muy fuerte más allá, en el sendero.

—Eh, basta de ruido —digo—. Yo hago todo el ruido de esta brigada.

El cabo Stutten, capo del tercer piquete, me hace la señal de meterme el dedo. Luego se vuelve hacia el tío que se ha reí-

do, un palurdo enclenque que se llama Harris, y le dice:

—Cierra esa boca, Harris.

Fiera dice:

—Sí, Harris, obedece al general Chistoso.

Yo digo:

—Estoy dispuesto a joderte vivo, puto simio...

—Cómete este pedo y asfíxiate, muñeco —Fiera escupe—. No sabes apencar con...

Y en eso ya estoy de pie, con mi cuchillo en la mano. Tengo saliva caliente en los labios y mientras mantengo el gran cuchillo de bosque a pulgadas de la cara de Fiera estoy gruñendo como un animal.

—Vale, hijo de perra, te voy a arrancar esos putos ojos...

Fiera me mira a mí, luego a la hoja de mi cuchillo, después a Vaquero. Su mano se mueve hacia su M-60.

Vaquero sigue comiendo.

—Guarda ese tajo, Chistoso. Ya sabes lo que pienso de esas chorradas. Átate los machos o...

—Que no, Vaquero. Qué va. El tío me está...

Vaquero se ajusta las gafas.

—No he pedido mandar una brigada en esta guerra de mierda... pero te voy a romper la espalda si me sigues vacilando...

Donlon silba.

—Vaquero...

—Cállate, Donlon —dice Vaquero.

Me sereno un poco y después deslizo el cuchillo en su funda de cuero.

—Sí, sí, supongo que la caminata me ha dado diarrea de la boca.

Vaquero se encoge de hombros.

—No pasa nada, Chistoso —Vaquero se levanta—. Vale, chicas, guardad la jamada. En marcha. Andando.

«Andando», se repite a lo largo del sendero.

Cargo penosamente los pertrechos.

—Eh, Fiera, en realidad no pensaba liquidarte. Es sólo que, bueno, ya sabes, soy un asesino entrenado. Échame un cable con la mochila...

Fiera se encoge de hombros y me ayuda a ponerme la mochila NVA. Luego le ayudo a ponerse la suya. Digo:

—¿Me pagas un té en Saigón? —Fiera hace una mueca de desprecio. Yo le soplo un beso—. No te apures, *maleen*, te quiero con locura.

Fiera escupe.

Vaquero mueve la mano y Alice se pone a la cabeza.

—Rómpete una pierna, Conejo —digo.

Alice me hace el gesto de meterme el dedo. Luego levanta el puño derecho y hace el signo de los Panteras. En el macuto de lona azul que Alice lleva a la espalda hay un aviso: Si puedes leer esto estás demasiado cerca.

Vaquero mueve la mano y la brigada emprende la marcha.

Mi equipo parece una bolsa de piedras, pesa más que antes.

Fiera dice a Parker, el novato:

—No me sigas tan cerca, nuevo. Si pisas una mina no quiero dañarla.

Parker retrocede.

Como tengo por costumbre, saludo a Fiera para que los francotiradores de la zona crean que es un oficial y le disparen a él en vez de a mí. Me he vuelto un poco paranoico desde que he pintado una diana en lo alto de mi casco.

Fiera me devuelve el saludo, luego escupe, luego sonrío.

—Eres muy gracioso, hijo de perra. Eres un verdadero cómico.

—Lo siento —digo.

Avanzamos, a la busca de algo que no queremos encontrar. Y avanzamos. Y cuando los huesos nos duelen tanto que la cabeza pierde contacto con el cuerpo, apresuramos la marcha, fantasmas verdes en la luz declinante.

Desde algún lugar, desde todas partes, un casi inaudible crac.

Un pájaro enloquece. Un pájaro chisporrotea arriba. Y una gran bandada cruza el dosel tupido.

Alice se pone rígido y escucha. Levanta la mano derecha y la cierra en un puño. Peligro.

Me desplomo de bruces. Tengo el cuerpo dolorido por las mil conmociones naturales que la carne ha heredado después de que cada fibra de cada músculo te está suplicando que te detengas, pero eliges superar tales objeciones mediante una fuerza de voluntad más fuerte que el músculo, y obligas a tus pies a dar un paso más, uno más, sólo uno más...

Vaquero lo piensa. Luego dice: «Al suelo».

Formas indecisas se aplastan contra el suelo conforme la orden de Vaquero recorre la fila por todo el sendero.

Digo a Vaquero:

—Colega, estaba esperando que un tirador me diese para tener la excusa de tirarme al suelo. O sea, me parece que no me va a gustar nada esta película...

Vaquero está observando a Alice.

—Corta el rollo, Chistoso.

Alice se arrodilla y examina los pocos metros de trocha que alcanza a ver antes de que se lo traguen plantas correosas, oscuras y verdes de la selva. Escruta también las copas de los

árboles durante largo tiempo. «No está bien, tío». Digo:

—Afirmativo, Vaquero. Todos los muelles me chillan: «¡Abandona el barco, abandona el barco!».

Vaquero no me hace caso, mantiene los ojos fijos en Alice.

—Tenemos que movernos, Bucanero.

Sólo quiebra el silencio el cric cric de una cantimplora cuyo tapón alguien desenrosca.

—Corre y espera. Corre y espera —Alice se seca el sudor de los ojos—. Lo único que quiero es volver a la colina para fumarme una tonelada de hierba. Oye, ¿estás seguro de que no hay peligro? Yo... espera... Oigo algo.

Silencio.

—Un pájaro —dice Vaquero—. O una rama que cae. O...

Alice mueve la cabeza.

—Quizá. O quizá un cerrojo de fusil...

La voz de Vaquero es severa:

—Estás paranoico. Bucanero. No hay babosos aquí. Por lo menos en quizá otros cuatro y cinco tramos. Tenemos que movernos o les daremos tiempo a preparar una emboscada. Tú lo sabes...

Donlon se acerca reptando hasta Vaquero, con el microteléfono en la oreja.

—Eh, Llanero Solitario, el viejo quiere que le demos nuestra posición.

—Vámonos, Bucanero. En serio.

Alice pone los ojos en blanco.

—Pies, moveros —Alice da un paso, duda—. Me acuerdo de cuando más me divertí.

Digo, con mi voz de John Wayne:

—Vietnam está dando mala fama a la guerra.

Rick Berg, que va a la cola de la brigada, grita:

—EH, VAQUERO. ¿VAMOS A AFINCARNOS?

Vaquero:

—Que todo el mundo cierre esa puta boca.

Alice se encoge de hombros, habla entre dientes, avanza otro paso.

—Vaquero, tío, quizá los soldados viejos nunca mueren, pero los jóvenes sí. No es fácil hacer de Errol Flynn negro, ¿me oyes? Si no me dan la Medalla de Honor del Congreso por toda esta majarada voy a mandar a L. B. J.²³ una foto ocho por diez de mi trasero negro, con unas letras detrás diciéndole lo que es...

Alice, el hombre a la cabeza, echa a andar. Entra: a paso ligero en un pequeño claro.

—O sea...

Bang.

El chasquido de una carabina Simarov SKS coloca brusca-mente a Alice en una rígida posición de firmes. Abre la boca. Se vuelve para decirnos algo. Sus ojos gritan.

Alice cae.

—¡AL SUELO!

Caer de bruces; ahora...

—Oh, no...

Tierra negra. Hojas muertas. «¡ALICE!».

—¿Qué...?

Humedad. Codos que sangran.

—¡BUCANERO!

Mirando sin ver, mirando...

²³ Lyndon Baines Johnson.

—Eh-oh... Ciudad de mierda...

Esperando. Esperando. «Eh, tío...».

Silencio.

Se me derriten las tripas.

—¡ALICE!

Alice no se mueve y yo me acurruco y trato de encogerme y siento como si me hubieran vuelto al revés el agujero del culo y pienso qué maravilla si el capellán Charlie me hubiera enseñado magia y entonces poder meterme hecho un ovillo dentro del culo y desaparecer, y pienso: Me alegro de que sea él y no yo.

—¡ALICE!

Alice, el hombre de cabeza, está tendido. Sus grandes manos negras están cerradas en torno a su muslo derecho. Alrededor de él, por el suelo, hay una docena de pies de viscosos.

Sangre.

—¡CARA AVIZOR!

Vaquero dice:

—Maldita sea.

Empuja su Stetson hacia atrás y se aprieta las gafas con el dedo índice:

—¡SANITARIO ARRIBA!

La orden de Vaquero es repetida a lo largo del sendero.

Doc Jay llega gateando como un oso con prisa.

Vaquero mueve la mano:

—Vamos, Doc.

Donlon agarra el tobillo de Vaquero, intenta pasarle el microteléfono.

—El coronel Travis a la escucha.

—Que se joda, Tom. Estoy ocupado.

Vaquero y Doc empiezan a arrastrarse.

Donlon dice por el micro:

—Muerte súbita seis, muerte súbita seis, aquí bayoneta *baby*.
¿Recibido? Corto.

Vaquero deja de reptar, grita, hacia atrás:

—Helicópteros. Y uno de evacuación.

Donlon habla por el micro, habla con el viejo. Interferencias. El micro cuelga de un garfio de alambre adosado a la cinta del casco de Donlon. El sonsonete de Donlon es como una oración aprendida hace mucho tiempo. Donlon calla, escucha a un insecto dentro del micrófono, después grita:

—El viejo dice: «Sólo tú puedes impedir incendios forestales».

Vaquero mira hacia atrás.

—¿Qué? ¿Qué coño quiere decir eso?

La radio crepita. Parásitos. «Ah... repite, repite. Corto». Parásitos. Donlon escucha, asintiendo. Luego: «Entendido. Atento, uno». Donlon grita:

—El viejo repite: «Sólo tú puedes impedir incendios forestales».

Vaquero vuelve arrastrándose hasta nuestra posición.

—Donlon, chico, si te estás descojonando de mí...

Donlon se encoge de hombros.

—Palabra de *scout*.

Digo:

—Vaquero, ¿estás absolutamente seguro de que el coronel pertenece a nuestro bando?

Fiera escupe.

—Ahí está. Es un galones, ¿no?

Donlon mueve la cabeza.

—Sin coña. El viejo está colgado, majara.

Refunfuño:

—La cordura está sobrestimada.

Vaquero dice:

—Dile solamente a ese mili hijo de puta que necesito unas hélices para...

Bang.

Una bala de fusil atraviesa la radio de Donlon. El impacto de la bala pone a Donlon patas arriba. Se debate como una tortuga volcada.

Avanzo sobre manos y rodillas. Agarro el cinturón de Donlon. Le arrastro hasta detrás de una roca.

Donlon traga aire.

—Eh, se agradece cantidad, tío...

Vaquero y Doc Jay están discutiendo. El primero dice:

—Alice está al descubierto. No podemos acercarnos.

El novato dice:

—¿Sólo es un soldado enemigo?

—Cierra la boca.

Fiera acomoda su ametralladora M-60 sobre un madero podrido y extiende una canana dorada sobre la lata C que ha amarrado al arma para que la cinta corra sin tropiezos.

Vaquero dice:

—Tengo que enviar un mensajero...

Bang.

Vaquero rueda.

—Estoy bien. Estoy bien.

—¡Le ha dado otra vez a Alice!

Alice se mueve, gime.

—Duele... duele.

Hay un orificio oscuro en la bota de lona del pie izquierdo de Alice. Él se ríe, enseña los dientes, los aprieta. «Me faltan sólo días...».

Fiera da un culatazo al madero podrido y abre fuego. Balas de ametralladora de gran velocidad taján, tronchan y rebotan a través del dosel selvático, clavándose en troncos con precisión rítmica, cortando hojas de ramas y matando pájaros.

El novato abre fuego con su M-16. El cabo Stutten lanza una M-79 y la granada explota, invisible en la oscuridad. Veo una sombra extraña en una rama y disparo una andanada de fusil. Pero es un espejismo. No hay nada a que disparar.

El novato abre una granada y la tira.

Vaquero grita en el crepitante estrépito:

—¡VALE, VALE, QUE TODO CRISTO PARE EL TIRO-TEO!

Todo el mundo deja de disparar; todo el mundo menos Fiera. Le pongo la mano en el hombro pero su arma sigue escupiendo chapa caliente y eslabones negros de metal hasta que la cinta se acaba.

—¡Tenemos que matar a ese chupapollas! —dice Fiera—. ¡Talión es un mariconazo!

—Sí.

—Sí.

—La ley de la selva, tío.

Fiera asesta un puñetazo al madero podrido.

—¡Le voy a volar la puta jeta!

—Sí.

—¡Matar a ese chupapollas!

Alice intenta reptar para ponerse a cubierto.

—¿Vaquero? ¿Colega?

Alice extiende su diestra enguantada.

Bang.

La mano de Alice se abate. La levanta de nuevo lentamente, Cuero en jirones. Y falta el índice derecho de Alice.

—Oh, no... no.

Alice chilla.

Doc Jay se levanta. Vaquero le agarra y tira de él. «¿Estás loco?». Pero Doc Jay se zafa. Desengancha de su cinturón el botiquín Grupo Uno y suelta el resto de su equipo.

Vaquero parece enfermo.

—No lo intentes, tío. Ese tirador no falla...

—Yo soy de sanidad —dice Doc Jay—. No tú.

Y antes de que Vaquero pueda reaccionar, Doc Jay está de pie y corriendo. Corre agachado, zigzagueando:

Bang.

Doc Jay da un traspié, cae.

El muslo izquierdo de Doc está desgarrado. Asoma un hueso mellado. El Doc intenta avanzar con su pierna sana.

Vaquero abre una granada de humo, la lanza.

—Tenemos que hacer algo...

La brigada se apretuja detrás de un canto rodado.

—Dispersaos —digo, sin demasiado entusiasmo El novato observa con ojos de loco y el arma presta. Los ojos sanguinolentos de Fiera escrutan la espesura buscando el centelleo de la boca de un arma, movimiento, cualquier signo de vida. El cabo Stutten y el resto de la brigada observan en silencio, a la espera de órdenes. Donlon está abrazando su radio difunta.

Doc Jay se pone en pie, se equilibra sobre su pierna sana. Se agacha y ase a Alice por debajo del sobaco, con su antebrazo,

e intenta levantarlo.

Bang.

Doc Jay se desploma. Ahora su bota izquierda es un grumo ensangrentado. Espera la última bala. Cuando ve que no llega se sienta e instala a Alice encima de sus rodillas. Doc rebusca en el botiquín, saca un Syrette, inyecta a Alice una dosis de morfina.

Doc Jay rasga con los dientes la cerosa envoltura marrón de tres compresas. Enrolla la venda en las heridas de Alice. Éste gime, dice algo que no oímos. Con el borde de la camisa seca el sudor de la frente de Alice, y luego saca un tubo de goma que usa para hacer torniquetes.

Bang.

La mano derecha de Doc Jay está destrozada. Intenta mover los dedos.

No puede.

Humo verde mana de la granada de humo de Vaquero, oscureciendo el claro.

Vaquero empieza a decirnos lo que hacer. Pero no se decide. Luego:

—Retrocedemos. Es una cagada, pero no hay más remedio. Ya lo vimos en Hue. Ese tirador nos está absorbiendo. Quiere a toda la brigada, uno por uno. Lo sabéis. Doc y Bucanero están jodidos; nosotros no. En marcha.

Nadie se mueve.

Vaquero se levanta.

—Vamos.

Todos sabemos que tiene razón. Es cruel, pero tiene razón.

—¡ADELANTE!

Sin aviso, el novato echa a correr hacia el claro. Dispara a ciegas. Corre a paso largo, con la gracia fluida de un carnívoro-

ro, un predador que ataca. Su barbilla gotea saliva. El novato quiere beber sangre caliente. Quiere carne humana que rasgar y devorar. Tiene los ojos rojos; sus ojos brillan en el mundo de sombras que nos rodea. Dispara a ciegas. No sabe qué coño está haciendo. Todavía no ha nacido.

Vaquero intenta zancadillearle cuando el novato trota por el sendero, pero él recobra el equilibrio y corre más aprisa, un hombre lobo que carga contra la casa de los muertos. Llega dando tumbos hasta Doc. Se gira. Sus ojos rojos sondean la espesura.

—Vamos, Doc. Yo te ayudo. Yo te llevo...

Bang.

Durante unos segundos pensamos que quizá el francotirador ha fallado por primera vez. Entonces el novato cae de rodillas, rezando, con la mano en la garganta. Vaquero dice:

—Vámonos.

—¿Irnos? Los cojones —dice Fiera—. Tú te vas, maricón.

Vaquero da un paso hacia Fiera, acerca su cara a la cara de Fiera, le mira directamente a los ojos.

—Fiera, ve delante.

Fiera se levanta, retira su ametralladora del madero y encaja la culata en su cadera, de forma que el cañón negro compone un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Los marines nunca abandonan a sus muertos o heridos, jefe de brigada, señor.

Vaquero mira airadamente a Fiera durante varias aspiraciones hondas y después me lleva aparte.

—Chistoso, asume el mando. Pon en marcha a esa gente. — Vaquero ve que Fiera está escuchando, y añade—: Ordena a Fiera que vaya delante.

Fiera escupe. Vaquero dice en voz baja:

—Nunca le vuelvas la espalda a Fiera. No le des la menor chance. Se cargó a Retaco.

Yo digo:

—¿Y qué pasa contigo, Vaquero? Quiero decir que si cascás, ¿quién me presenta a tu hermana?

Vaquero me mira. Su cara no tiene expresión.

—No tengo una hermana. Creí que lo sabías. —Vaquero mira a Doc, a Alice y al novato—. Fiera tiene razón. Tengo que intentarlo. El tirador os verá retroceder y...

—Eh, qué va. Que le den por el culo. No puedes hacer nada.

—Llévatelos, Chistoso. De uno en uno.

—Pero Vaquero, yo...

—Es cosa mía —dice él—. Cosa mía... —dice, como si las tripas le estuvieran asfixiando. Y después—. ¿Vale?

Yo vacilo.

—¿Vale, tío?

—Claro, Vaquero. Les llevaré a todos enteritos hasta la colina. Prometido.

Vaquero se relaja.

—Gracias, Chisto. —Sonríe abiertamente—. Pedazo de mierda.

Donlon grita: «¡MIRA!».

Doc Jay tiene al novato sobre las rodillas. La cara del novato está lívida. Doc está besando sus labios morados en un intento de insuflar vida en el cuerpo flácido. El novato se retuerce, da zarpazos en busca de aire. Doc Jay le sujeta, saca su cuchillo de monte, corta la garganta del novato. Entra aire silbante por la cruda incisión, forma burbujas rosas en la sangre del novato. El chico corcovea, resuella, tose. Doc Jay desparrama su botiquín, revuelve entre tablillas, vendas, esparadrapo blanco. Después, frenético, se vacía los bolsillos. Doc

lo tira todo hasta que encuentra un bolígrafo. Lo mira atentamente, mueve la mano hacia atrás para tirarlo, se detiene, lo mira otra vez, quita la capucha del bolígrafo e inserta el tallo largo en el agujero de la garganta del novato. Éste aspira aire, respira irregularmente a través del tubito de plástico. Doc Jay acuesta al novato en el suelo, suavemente.

Bang.

La oreja derecha de Doc está partida. Cautelosamente, Doc palpa el costado de su cabeza, toca carne mojada, rasgada.

Bang.

Una bala arranca la nariz de Doc Jay.

Bang.

Una bala atraviesa las mejillas de Doc. Tose, escupe dientes desarraigados y pedazos de encía.

Fiera gruñe, dispara su ametralladora contra el dosel vegetal.

—Llévatelos —dice Vaquero. Deja caer su Stetson y la escopeta de Retaco. Abre otra granada de humo, la lanza— Donlon regálame la pistola de Retaco.

Donlon le pasa la pistola y Vaquero sonrío. «Gracias colega». Y antes de que yo pueda decirle que una pistola no sirve para nada en la selva, Vaquero me da un golpe en el hombro, como un crío, y corre, trazando fintas tan bruscas como el sendero permite.

Esperamos.

Sé que debería estar espabilando a la brigada, pero yo también estoy hipnotizado.

De ninguna y de todas partes llega el sonido de una risa. Todos giramos el cuello para ver quién de nosotros tiene un corazón tan pétreo que se divierte en un mundo de mierda semejante.

El francotirador se está riendo de nosotros.

Tratamos de localizar su posición. Pero la fuente de la risa nos circunda. La risa parece irradiar del suelo de la selva, de los árboles de jade, de las plantas oscuras, del interior de nuestros propios cuerpos.

Cuando la risa oscura retira la sangre de mis venas veo algo. Mis ojos intentan centrarse en una sombra. El sudor cubre mis ojos, me empaña la visión. Y veo a Triste Charlie, una calavera negra, encaramada en una rama, y entonces comprendo que sólo un franco-tirador que no teme a la muerte revelaría su posición riendo...

Bizqueo. Esfuerzo la vista. La calavera que ríe se diluye en una sombra.

* * *

Hoy soy sargento de marines.

Me río y me río. La brigada está paralizada de miedo porque el francotirador se está riendo conmigo. El francotirador y yo reímos juntos y sabemos que tarde o temprano la brigada también acabará riéndose.

Tarde o temprano la brigada se rendirá al diseño negro de la selva. Vivimos conforme a la ley de la selva, que consiste en que entran más marines que los que salen. Ahí está. Nadie nos pregunta por qué estamos sonriendo, ya que a nadie le interesa saberlo. Lo feo que los civiles eligen ver en la guerra se centra en las tripas derramadas. Ver claramente a los seres humanos, eso es lo feo. Transportar la muerte en la sonrisa, eso es lo feo. Fea es la cara de Víctor Charlie, la informe cara negra de la muerte que toca a cada uno de tus hermanos con el toque limpio de la justicia.

Los que hemos sobrevivido al descuento de días volaremos de regreso a América en el Gran Pájaro. Pero el hogar ya no

estará allí y nosotros tampoco estaremos allí. La guerra se ha alojado en Cada pliegue de nuestro cerebro, un insecto negro que nos parasita.

La selva está silenciosa ahora. El francotirador ha dejado de reírse.

La brigada guarda silencio, a la espera de órdenes. Pronto no tendrá miedo. El lado oscuro aflorará y ellos serán como yo; serán marines.

Una vez marine, marine para siempre.

Vaquero llega trastabillando al claro.

—Nos vamos —digo, más a Fiera que a nadie. Fiera me hace caso omiso; observa a Vaquero. Bang. Pierna derecha Bang. Pierna izquierda.

Bang. La bala descose los pantalones de Vaquero en la entrepierna. «No...». Vaquero se palpa los huevos. Se caga encima.

Fiera da un paso.

Antes de que pueda hacer un movimiento para detenerle, una detonación de pistola en el claro.

Luego: Bang.

Donlon: «¡HA MATADO A DOC Y AL NOVATO!».

Vaquero se sacude para mantenerse consciente. Después remata a Alice de un tiro en la nuca.

Bang. Una bala de calibre cuarenta y cinco vuela la cara de Alice. Alice se estremece como electrocutado.

Vaquero alza la pistola y aprieta el cañón enorme contra la sien derecha.

Bang.

La pistola cae.

El francotirador ha perforado de un balazo el centro de la mano derecha de Vaquero.

La brigada se apretuja de nuevo detrás del canto rodado. Yo examino las caras sucias de todos mis niños barbudos: Fiera, Donlon, el cabo Stutten, Harris, Berg, Manitas, el Chico de Brooklyn, Hardy, Liccardi, y Papi D. A.

—Stutten, retira a tu gente.

El cabo Stutten mira a Fiera, da un paso hacia él.

Fiera inspecciona su M-60. Tiene la cara mojada de lágrimas, una cara salvaje de vikingo, roja de cólera.

—Vamos por Vaquero, dando al tirador muchos blancos...

Me interpongo en el camino de Fiera.

Fiera levanta su arma. Mantiene su M-60 a la altura de la cintura. Tiene los ojos rojos. Gruñe desde muy dentro de la garganta.

—Esto es una película de Hollywood, Chistoso. Apártate o te vuelvo la cabeza...

Miro a los ojos de Fiera. Miro a los ojos de un asesino. Lo dice en serio. Sé que habla en serio. Le vuelvo la espalda.

Fiera va a liquidarme. El cañón de su M-60 me toca la espalda.

La brigada guarda silencio, a la espera de órdenes.

Levanto mi fusil y apunto a la cara de Vaquero. Vaquero parece lastimero y está aterrado. Está paralizado por el desamparo y por la conmoción que se está adueñando de él. Apenas le reconozco.

Le miro. Él mira a mi fusil. Grita:

—NUNCA ME HAS GUSTADO, CHISTOSO. NUNCA HE CREÍDO QUE ERAS GRACIOSO...

Bang. Miro por el tubo corto de metal y observo la bala que penetra en el ojo izquierdo de Vaquero. Mi bala le horada la

cuenca del ojo, irrumpe a través de cavidades de senos llenos de fluido, atraviesa membranas, nervios, arterias, tejido muscular, diminutos vasos sanguíneos que alimentan un kilo de masa gris, blanda como mantequilla y de alto contenido proteínico, donde las células cerebrales dispuestas como joyas en un hermoso reloj albergan cada pensamiento y recuerdo y sueño de un adulto varón Homo sapiens.

Mi bala sale por el hueso occipital, extirpa coágulos de carne velluda, desgarrada y empapada de sesos, y se hunde en las raíces de un árbol.

Silencio. Fiera baja su M-60.

Fiera, Donlon, el cabo Stutten, Harris y los otros tíos de la brigada no hablan. Todo el mundo se relaja. Todo el mundo odia mis agallas, pero saben que tengo razón. Soy su sargento; ellos son mis hombres. Vaquero cayó víctima del fuego de un francotirador, dirán, pero nunca volverán a verme; yo seré invisible.

—En marcha —digo, y la brigada obedece. Levantan mochilas. Chasquidos y chirridos del equipo. Un gruñido, y la brigada Lusthog está lista para la marcha.

Examino sus caras. Luego digo:

—Tío, oh, tío, Vaquero parece las sobras de una barbacoa. Claro que no tengo nada contra los muertos ¡Jodé, algunos de mis mejores amigos están muertos!

Silencio. Todos me miran. Nunca me he sentido tan vivo.

Desplazan sus pertrechos hacia posturas más cómodas.

Esperan una orden. Recojo el Stetson de Vaquero.

Muevo la mano y la brigada emprende la marcha, el retroceso por el sendero.

Nadie habla. Estamos demasiado fatigados para hablar, bromear, insultarnos. El día ha sido demasiado caluroso, la caminata excesivamente larga. Hemos asustado a un buen mon-

tón de plantas Víctor Charlie de la selva y estamos derrengados.

Semper fi, mam y papi, *Semper fi*, mis hijos hombres lobos. Talión es un mariconazo.

Nos envolvemos en fantasías de color pastel y de dibujos diversos y tachamos con una X otro día de nuestro calendario de descontadores. Albergamos la esperanza de lujos imaginarios: duchas calientes, cerveza fría, un toque de coca-cola (porque todo va mejor con coca-cola), filetes jugosos, correo de casa, y un momento de intimidad para meneártela, inspirados por fotos descoloridas de cónyuges amorosas y novias allí en el Mundo.

Las duchas serán frías y la cerveza, si hay, será caliente. No habrá filetes. Ni cocas. El correo, si hay alguno, no vendrá de mujeres amadas. El correo de casa dirá: *Escribe más a menudo ten cuidado si crees que la cosa allí está fea compré aquel coche de segunda mano qué boletín de notas mamá está sacando fotos nada bueno en la tele no escribas cartas deprimentes entonces quizá me mandes cincuenta dólares muebles nuevos en el comedor con un telefonazo compadre ella está embarazada ten mucho cuidado escribe más a menudo* y así continuamente hasta que sientes que acabas de recibir una carta de ruptura *Lo siento, John*, pero, del maldito Mundo.

Retrocedemos por el sendero.

Al llegar a la colina, Triste Charlie, nuestro hermano, se reirá una vez más de nosotros; Triste Charlie, por lo menos, nos recibirá con una sonrisa.

Fijando de nuevo el pensamiento en los pies, concentramos toda nuestra energía en dar el paso siguiente, ese paso más, sólo otro paso... Hacemos un gran esfuerzo para no pensar en nada importante, un gran esfuerzo para no pensar que no hay escaqueo y que es largo el trayecto de regreso.

Ahí está.

Muevo la mano y Fiera abre la marcha.





JERRY GUSTAVE HASFORD (28 de noviembre de 1947, Russellville, Alabama - 29 de enero de 1993, Egina, Grecia), conocido como «Gustav Hasford» fue un novelista, periodista y poeta estadounidense. Su novela semiautobiográfica *Un chaleco de acero* (1979) fue la base de la película *Full Metal Jacket* (1987).

También fue un veterano del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, que sirvió durante la Guerra de Vietnam.